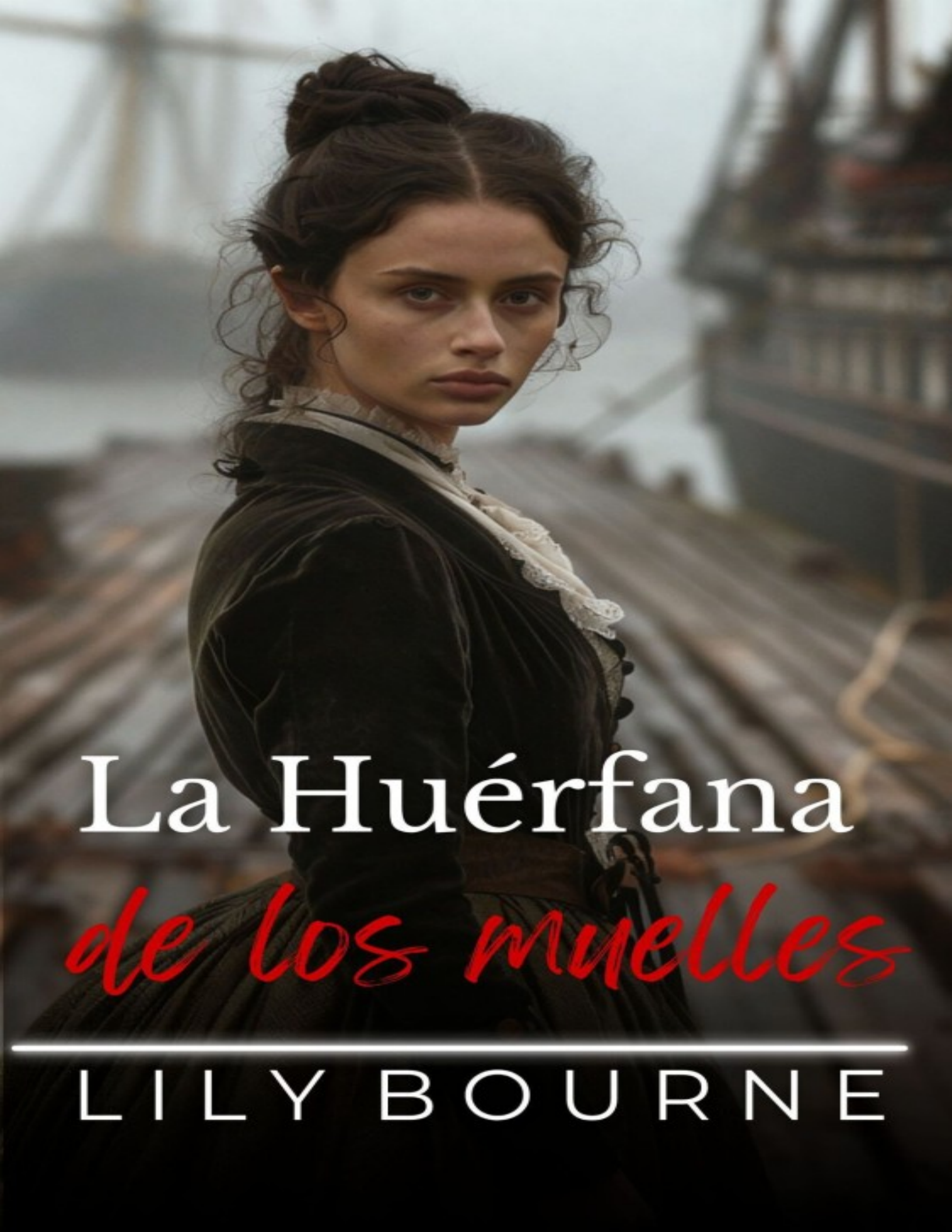




La Huérfana *de los muelles*

LILY BOURNE

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Dockland Orphan

Autor: Lily Bourne

Fecha de publicación original: Mayo, 2025

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

LA HUÉRFANA DE LOS MUELLES



LILY BOURNE

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Mantente en contacto](#)

[También de Lily Bourne](#)

CAPÍTULO 1



Nell Warrington permanecía al borde de los muelles de Limehouse, contemplando cómo el sol matutino se abría paso entre la niebla que cubría el Támesis. El río brillaba a retazos donde la bruma comenzaba a disiparse, y respiró hondo; el penetrante olor a pescado le picó en la nariz. Dejó que el aire frío le despejara la mente, agradecida por aquel momento de soledad antes de que comenzaran las inevitables confrontaciones del día.

El *Elizabeth*, buque insignia de la Warrington Shipping Company y bautizado en honor a su difunta madre, estaba amarrado junto al muelle, con la tripulación ocupada descargando el último cargamento procedente de Calcuta. Nell contempló la escena con serena autoridad. Su padre habría impuesto su presencia en aquellos muelles; ella esperaba lograr lo mismo, a pesar de su menuda estatura.

El capataz se acercó con la gorra entre las manos; su alegría forzada apenas ocultaba el disgusto que le producía ver a una mujer al mando de semejante empresa.

—Eso es todo, señorita Warrington —dijo, señalando con un amplio gesto las mercancías apiladas—. Todo descargado y en orden.

Ella le dedicó una sonrisa superficial mientras su mirada recorría metódicamente las cajas apiladas en el muelle. Consultó el albarán

que tenía en la mano y frunció el ceño.

—¿Ah, sí? —respondió con frialdad—. Me parece que falta una caja. La número cuarenta y siete.

El capataz lanzó una mirada inquieta hacia un grupo de estibadores que holgazaneaban cerca y puso los ojos en blanco en muda súplica. Un par de hombres se rieron entre dientes.

—No lo creo, señorita —dijo, aunque su voz carecía de convicción—. Quizá haya habido alguna confusión con el manifiesto.

Sin decir otra palabra, Nell se recogió las faldas y subió por la pasarela hasta los oscuros recovecos de la bodega de carga. En un rincón sombrío, medio oculta bajo una lona, encontró la caja que faltaba. Llamó al capataz a bordo y la señaló.

—Parece que tiene problemas con la aritmética esta mañana, señor capataz —dijo—. Descargue eso para que pueda firmar el papeleo y usted pueda ocuparse de sus asuntos.

Giró sobre sus talones y descendió por la pasarela, con las faldas ondeando tras ella. Los murmullos a su espalda arreciaron mientras atravesaba los muelles; las voces de los hombres rezumaban quejas y burlas.

Pero su compostura no flaqueó. Había soportado cosas mucho peores en los nueve meses transcurridos desde que su padre partiera a la India por negocios. Los susurros en los salones solían ser más crueles que cualquier cosa que aquellos hombres rudos pudieran idear.

Solo al llegar a la oficina naviera se permitió un momento de respiro. El reloj de la pared dio las ocho; un comienzo temprano, pero necesario si quería mantener todo bajo control.

Recogió los libros de contabilidad, se los puso bajo el brazo y subió las escaleras hasta el despacho de su padre, una habitación que había dejado prácticamente intacta desde su apresurada partida a la India. La puerta se abrió con un chirrido, revelando el santuario masculino con sus libros encuadernados en cuero y el persistente aroma a tabaco de pipa. Aunque ella había añadido sus propios toques modestos —un pequeño jarrón con flores, una silla más cómoda—, aquel seguía siendo, sin lugar a dudas, el dominio de él.

Al igual que el negocio en sí, al menos a ojos de la sociedad. Pero hasta su regreso, ella se aseguraría de que la Warrington Shipping prosperara.

Se dejó caer en la silla y colocó la pila de libros de contabilidad sobre el escritorio, derribando sin querer una fotografía enmarcada. La recogió con cuidado y sus dedos recorrieron los rostros del retrato. Su padre parecía notablemente más joven entonces, más despreocupado, con el brazo rodeando orgulloso la cintura de su madre. Él siempre había comentado cuánto se parecía Nell a ella, y el parecido era asombroso: el mismo cabello castaño intenso, la misma estatura menuda, y esa misma inclinación orgullosa de la barbilla que la hacía parecer de tres metros a pesar de su tamaño.

A menudo se había preguntado por qué su padre parecía tan diferente ahora. Durante años, no había sabido identificar qué era. Pero ahora lo comprendía con dolorosa claridad. Era la ausencia de luz en sus ojos, la tristeza que se había instalado en ellos para siempre. La culpa volvió a invadirla. Su madre había muerto al traerla al mundo, y aunque él nunca había hablado de ello directamente, estaba claro que aquel día lo había destrozado. Nell había pasado gran parte de su vida intentando convencerlo de que el sacrificio había valido la pena.

Con un suspiro, se sacudió el recuerdo y volvió al presente para revisar el correo de la mañana. Otra carta de un acreedor, con el pago vencido desde hacía dos semanas. Habían sido aquellas deudas crecientes las que habían llevado a su padre a aceptar el puesto temporal con la Compañía de las Indias Orientales, apenas nueve meses antes. Hombre de principios, había detestado la Compañía, a la que consideraba corrupta y egoísta. Pero había aceptado el puesto de todos modos, con la esperanza de que finalmente saldara las considerables deudas de la familia.

Ahora, Nell se preguntaba qué le costaría realmente aquel sacrificio.

Apoyó la cabeza entre las manos; el peso del legado de su padre la aplastaba. «*No le falles ahora*», pensó. «*No pierdas todo aquello por lo que trabajó*».

Acababa de volver a examinar los libros de contabilidad, en busca desesperada de alguna salida a su situación, cuando un golpe seco en la puerta interrumpió sus pensamientos. Antes de que tuviera tiempo de responder, la puerta se abrió de par en par.

Un hombre alto entró en la habitación con presencia imponente. De hombros anchos y con una cicatriz irregular en la mejilla, exudaba amenaza. Sobresaltada por la intrusión, Nell se levantó de un salto de la silla.

—¿Puedo ayudarle? Este es un despacho privado. La oficina naviera está abajo.

Él avanzó hacia el interior de la habitación.

—Sé perfectamente dónde estoy. Señorita Warrington, ¿verdad?

Ella vaciló un instante, pero irguió la espalda y alzó la barbilla.

—Entonces se lo preguntaré de nuevo, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

Él soltó una risa grave, carente de humor.

—No suelen llamarme «señor» en mi oficio, señorita.

—¿De verdad? —dijo ella con calma—. ¿Y cuál sería ese oficio?

—Represento a una compañía que su padre conoce muy bien —dijo, dando otro paso hacia ella. Había un destello en sus ojos que la puso en alerta—. Una compañía a la que le debe una suma considerable.

Las mejillas de Nell se tiñeron de rubor. Alargó la mano hacia la pluma.

—Entonces estoy convencida de que podemos llegar a algún acuerdo satisfactorio con sus empleadores, señor...?

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso —dijo con frialdad, sin ofrecer su nombre.

—Vamos —dijo ella, esforzándose por mantener la calma—. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo que satisfaga a todas las partes...

Pero antes de que pudiera terminar, él cruzó la habitación con una rapidez alarmante. En un instante, estaba detrás del escritorio; la agarró por el cuello y la estampó contra la pared.

—Oh, no, señorita —dijo con sorna—. No intente usar sus artimañas femeninas conmigo.

Luchando por respirar bajo aquel agarre aplastante, Nell logró jadear:

—Señor... me malinterpreta. Me refería a un acuerdo financiero.

—Su padre ya incumplió el último acuerdo financiero —gruñó—. Por suerte para usted, estoy aquí para darle una última advertencia. Los pagos deben estar al corriente antes de fin de mes. De lo contrario, volveré, y no seré tan cortés la próxima vez.

Cuando aflojó el agarre y ella tomó una dolorosa bocanada de aire, él la golpeó dos veces en las costillas con brutal eficiencia. Se quedó sin aliento y se desplomó en el suelo, tosiendo violentamente.

Permaneció allí, acurrucada detrás del escritorio, con una mano en el costado magullado, hasta que oyó cerrarse de golpe la puerta de la oficina y los pesados pasos del hombre bajando las escaleras. Solo entonces se permitió un único sollozo ahogado.

A través de la ventana, oía los sonidos habituales de los muelles, que seguían como siempre. Hombres gritando, carga que trasladaban de un lado a otro, el silbato lejano de un vapor.

Como los demás en los muelles, Nell sabía que tenía que seguir adelante como si nada hubiera pasado. Los negocios como de costumbre. Se obligó a ponerse de pie, se sacudió la ropa e inspeccionó el daño. Un gran moretón furioso ya florecía en las costillas, y varios cortes le marcaban el costado donde los pesados anillos del hombre se le habían clavado en la piel. La sangre había goteado y empapado la blusa.

Se inclinó sobre el escritorio para sostenerse y obligó a su mente a funcionar a pesar del dolor. Pensó en visitar al médico de la familia, el anciano Dr. Fitzgerald, quien sin duda la trataría con cuidado. Pero no podía confiar en que ocultara aquellas lesiones a su padre. No del todo. Recordó que, hacía algún tiempo, un grupo de estibadores se había visto envuelto en una pelea que querían mantener en secreto, y uno de ellos había buscado tratamiento en el barrio chino. Los boticarios de allí tenían fama de discretos.

Agarró una de las bufandas de su padre del perchero y se la enrolló alrededor de las costillas, haciendo una mueca con cada movimiento. Luego se puso el gabán de él, con la esperanza de que

ocultara la sangre que manchaba el corpiño. Respiró hondo, se recompuso y salió de la oficina con pasos ligeramente irregulares.

Un estibador se acercó a toda prisa, con un cajón bajo el brazo.

—Señorita Warrington, hay algo que requiere su atención, si tiene un momento.

—Lo siento —dijo entre dientes—. Me reclaman para un asunto urgente. Volveré en breve.

Ignoró su respuesta murmurada, segura de que correría a contárselo a los demás, alimentando el montón de rumores que no dejaba de crecer. Pero no podía preocuparse por eso ahora. Se abrió camino tan rápido como pudo por las sinuosas calles de Londres, en dirección al barrio chino.

La calle era un estrecho laberinto de olores a hierbas y faroles de colores, bordeada de pequeñas boticas con los escaparates llenos de frascos de vidrio, raíces secas y paquetes de papel doblado. Las fue pasando despacio, mirando en el interior de cada una en busca de alguien que pudiera ofrecerle tanto habilidad como discreción.

Cerca del final de la calle, se detuvo. Aquella última tienda tenía una mujer detrás del mostrador: era la única regentada por una mujer que había visto. Intrigada, Nell cojeó hasta la puerta y la empujó; una campanilla tintineó suavemente en lo alto.

La mujer detrás del mostrador levantó la vista de sus frascos y arqueó una ceja. El resto del rostro permaneció impasible. Era baja y de huesos finos, probablemente de la edad de Nell, con el cabello negro y brillante trenzado con esmero a la espalda. Mientras Nell deambulaba entre los estantes fingiendo interés, observó a la mujer moverse: tranquila, metódica, eficiente. Parecía no haber prestado mucha atención a la recién llegada, hasta que esta dio un paso adelante y lanzó un grito cuando el dolor le atravesó la pierna y le subió hasta las costillas.

Se desplomó en el suelo, jadeante.

La mujer estuvo a su lado en un instante y le pasó un brazo bajo el codo para ayudarla a levantarse.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Puedo ayudarla?

—Estoy bien —dijo Nell mientras recuperaba la compostura.

—¿Está segura? —preguntó la mujer, y dirigió una mirada elocuente al suelo, donde un pequeño charco de sangre había empezado a formarse.

Intercambiaron una mirada cómplice. Sin mediar palabra, la mujer la guió por la tienda hasta una pequeña trastienda.

—Por favor, siéntese. Aquí nadie nos molestará. Me llamo Mei Ling.

Nell vaciló.

—No se preocupe —dijo Mei Ling con suavidad—. No necesito saber el suyo.

Mei Ling no dijo nada más; simplemente tomó el abrigo de Nell y le desenrolló con cuidado la bufanda que llevaba en torno a las costillas. Con serena competencia, comenzó a limpiar las heridas y a aplicar tinturas en los cortes y moretones que ahora se extendían como una nube de tormenta por el costado.

Cuando terminó, dio un paso atrás.

—Creo que se pondrá bien. Déjeme prepararle algo para que se lleve a casa.

Desapareció en la tienda y regresó momentos después con un paquete de polvos mezclados.

—¿Trabaja en los muelles? —preguntó como quien no quiere la cosa.

Nell levantó la cabeza bruscamente, alarmada.

—No se preocupe —dijo Mei Ling con una sonrisa afable—. No la conozco. Pero puedo oler el río en su abrigo. Y eso —señaló con la cabeza el costado magullado de Nell— parece obra de alguien con la mano pesada.

Nell bajó la mirada, sin decir nada.

Mei Ling le tendió el paquete.

—Mezcle esto con agua y aplíquelo en las heridas cada pocos días.

Cuando Nell lo tomó, la boticaria añadió en voz más baja:

—Siempre hay maneras de mantenerse a flote, ¿sabe? Si una sabe a quién acudir.

Sonrió con calma y no añadió nada más.

Cuando Nell salió de la tienda, se sintió extrañamente inquieta, pero también reconfortada. Era como si Mei Ling hubiera visto algo en ella que otros no veían. Aquella sensación la acompañó, aunque no sabía explicarla.

De vuelta en los muelles, se quedó junto a la ventana de la oficina, contemplando el Támesis, con el abrigo bien ceñido en torno a las costillas doloridas.

—No te preocupes, papá —susurró—. Encontraré otra manera. No traicionaré tus principios.

CAPÍTULO 2



Los muelles bullían de vida mientras el mensajero se abría paso entre la multitud de estibadores atareados. Serpenteó con cuidado entre ellos, esquivando redes de carga que se balanceaban y tratando de no tropezar con las cuerdas enrolladas esparcidas por los adoquines irregulares.

Le habían llegado rumores sobre la carta que llevaba. Susurros intercambiados en voz baja junto a cajas de madera y jarras de cerveza rebosantes de espuma. Notaba perfectamente los varios pares de ojos que seguían su avance mientras se dirigía con paso decidido hacia la Oficina de Warrington Shipping. Si los rumores eran ciertos, no sería la señorita Warrington quien pagaría el precio, no realmente. Serían las familias de los marineros. Siempre era así. La muchacha y su padre, tieso como un palo, seguirían adelante. El resto sufriría.

Llamó a la puerta de la oficina y entró. El mostrador de la entrada estaba vacío, pero oyó pasos que bajaban del piso de arriba, acompañados de una leve inspiración con cada escalón.

—Bajo en un momento —llegó una voz tensa desde arriba.

Un momento después, Nell apareció en lo alto de las escaleras, sujetando con cuidado el dobladillo de la falda mientras se apretaba discretamente un codo contra el costado. Sus movimientos eran pausados, la respiración contenida. Al llegar al último escalón, apoyó

el pie derecho con cautela en el suelo, como si quisiera comprobar su firmeza.

—Buenos días —dijo, con un tono admirablemente sereno pese al evidente malestar—. ¿Es el correo?

El joven asintió mientras rebuscaba en su bolsa.

—Sí, señorita. Entrega especial de la oficina del capitán del puerto. Me dijeron que la trajera lo antes posible.

Un destello de inquietud cruzó el rostro de Nell. «¿Y ahora qué?», pensó.

Cogió el sobre del mostrador, pero se detuvo al ver que el mensajero seguía allí plantado, observándola con abierta curiosidad.

—Gracias —dijo con sequedad—. Eso es todo.

Él vaciló, claramente reacio a marcharse sin presenciar su reacción, pero acabó retirándose hacia la puerta con evidente decepción. Al abrirla, Nell vislumbró una pequeña multitud congregada justo afuera. Todas las cabezas giraron al unísono, fingiendo no mirar mientras se esforzaban por verla.

«Ya me ocuparé de eso después», pensó, y cerró la puerta tras él.

Abrió un cajón del pulido mostrador, sacó el viejo abrecartas de marfil de su padre y rasgó con cuidado el sobre por el borde. Dentro había un pliego doblado, correspondencia corriente, pero le temblaban las manos al desplegarlo.

Señorita Warrington,

Lamentamos profundamente comunicarle que el buque «Eleanor» de Warrington Shipping Company se ha perdido en el mar.

El último contacto registrado tuvo lugar justo antes de pasar el Cabo de Buena Esperanza, hace unas dos semanas.

Con el más hondo pesar, debemos informarle de que no parece haber supervivientes de este trágico suceso. Se han recuperado dos cajas dañadas de los restos hallados cerca de la costa, con el contenido prácticamente irrecuperable.

Quedo a su disposición, con mis más sinceras condolencias,

*Su seguro servidor, Edward Wilberforce Capitán del Puerto Local
Cabo de Buena Esperanza*

Nell se desplomó en el suelo, el aire escapándosele del pecho de un modo ya angustiosamente familiar. La sensación era idéntica al momento en que el puño del cobrador de deudas se le había hundido en las costillas. Solo que este golpe era más profundo, más frío e infinitamente más devastador.

Esto no puede estar pasando. No ahora. No después de todo lo demás.

El «*Eleanor*» había desaparecido. Eso significaba que la otrora orgullosa flota de la compañía quedaba reducida a apenas tres buques, y con ello, cualquier esperanza de cumplir con las crecientes obligaciones financieras se alejaba aún más.

A través de un velo de lágrimas contenidas, Nell contempló la carta, deseando que las palabras se reordenaran en algún mensaje menos catastrófico. Pero la tinta negra permanecía cruelmente inmutable, testimonio de otro golpe demoledor para el apellido Warrington.

Una vez más, Nell se levantó del suelo y se irguió cuan alta era, pese al dolor persistente en el costado. Ahora comprendía con sombría certeza por qué se había congregado la multitud expectante ante la puerta de la oficina.

Se secó los ojos con el borde del pañuelo, respiró hondo y abrió la puerta a un mar de rostros expectantes. El capataz dio un paso al frente.

—¿Es cierto, señorita Warrington? —preguntó con voz inusualmente suave.

Recorrió con la mirada la multitud congregada, el corazón en un puño al reconocer los rostros de varias esposas, ahora viudas, de la tripulación perdida en el mar. La señora Barton con sus tres hijos pequeños aferrados a las faldas; la anciana señora Hayward, cuyo hijo había sido el carpintero del barco; la joven Emily Fletcher, de apenas dieciocho años, casada solo dos semanas antes de que el *Eleanor* zarpara.

—Me temo que es cierto —dijo, con una voz más firme de lo que ella misma se sentía—. Hemos recibido muy malas noticias. Ha llegado un informe del capitán del puerto en el Cabo de Buena Esperanza. Se han recuperado restos del *Eleanor*.

Alzó la vista y sostuvo sus miradas con serena determinación.

—Lamento informarles de que, hasta el momento, no hay supervivientes.

Brotó un grito, crudo y desgarrador. Dos de las mujeres se abrazaron, sollozando sin control, mientras una tercera se dejaba caer de rodillas sobre los ásperos adoquines. Un silencio plomizo cayó sobre los hombres, con los rostros graves y cenicientos.

—Lamento profundamente tener que darles esta terrible noticia —continuó Nell, esforzándose por mantener la compostura—. Por supuesto, la compañía hará todo lo que esté en su mano para apoyar a las familias en duelo.

El capataz, tras lanzar una mirada inquieta a algunos de los otros estibadores, añadió:

—Mejor que se ponga en contacto con la compañía de seguros cuanto antes, señorita. Estas familias van a necesitar con qué salir adelante, con el invierno encima y eso.

Nell se volvió hacia él con el rostro sereno, aunque por dentro se le retorcían las entrañas de pavor. «Por favor, que esa sea una deuda que Papá saldó», pensó.

—Sí, por supuesto —dijo con presteza—. Disculpen, me ocuparé de todo de inmediato. Me pondré en contacto con cada familia en breve. Mientras tanto, como muestra de respeto, la compañía suspenderá la actividad por hoy.

Un murmullo sordo recorrió la multitud.

—Pagado, por supuesto —añadió, confiando una vez más en no estar haciendo promesas que no pudiera cumplir.

El capataz murmuró a un colega, lo bastante alto para que ella lo oyera:

—Ya estaría bien que nos pagaran primero el trabajo de la semana pasada...

Nell se volvió hacia él bruscamente.

—Todo está bajo control, señor Larkin. Por favor, no se preocupe. Aunque nada, en verdad, podía estar más lejos de la realidad.

Mientras la sombría multitud se dispersaba, cerró la puerta tras de sí y se apoyó pesadamente contra ella, recuperando el aliento mientras un dolor agudo le atravesaba las costillas magulladas.

Armándose de valor, subió las escaleras tan rápido como sus lesiones se lo permitieron y se dejó caer en la silla de su padre.

«¿Dónde habría guardado los documentos del seguro?», se preguntó, examinando las estanterías de la oficina donde él solía guardar la correspondencia importante. Pero las familiares cajas de caoba no contenían nada.

Entonces sus ojos se posaron en una pequeña llave de latón que yacía en una bandeja poco profunda sobre el escritorio. La recogió y la giró entre sus dedos. Apartó la silla, se agachó junto al escritorio con una mueca de dolor y examinó metódicamente cada cajón.

Ninguno había estado cerrado con llave. Hasta ahora.

Divisó un estrecho panel en la parte inferior, casi invisible a menos que uno supiera buscarlo. Probó la llave y sintió que el mecanismo giraba con un clic satisfactorio. Un compartimento oculto se abrió de golpe.

Dentro había un delgado fajo de documentos doblados. Los sacó con manos temblorosas, los colocó sobre el escritorio y empezó a revisarlos, esperando desesperadamente encontrar alivio, aunque temía lo que pudiera descubrir.

Su corazón se hundía con cada segundo que pasaba.

Eran cartas de acreedores. Docenas de ellas. Autoridades portuarias, contables, propietarios, cada pergamino sellado con tinta roja. «Impagado. Vencido. Aviso final».

La desesperación le subió por la garganta como bilis. La situación era mucho peor de lo que había imaginado.

Entonces llegó la peor revelación de todas: un grupo de cartas de Cohen & Cohen Aseguradores Marítimos. Cinco o seis demandas cada vez más firmes por pagos vencidos, que culminaban en un aviso final: la póliza había sido anulada. Su padre había dejado de pagar las primas durante más de seis meses. El *Eleanor*, y los hombres que navegaban en él, no habían estado asegurados cuando sobrevino el desastre.

«No...», pensó, mientras el aliento escapaba de su cuerpo.

Su padre siempre había cuidado profundamente de su gente. ¿Cómo había podido permitir que ocurriera esta catástrofe? Más de veinte familias se enfrentaban ahora a perderlo todo. No solo a sus

amados esposos, padres e hijos, sino también cualquier protección económica que pudiera haberlas mantenido alejadas del asilo de pobres.

La acumulación de semanas de presión, pérdida y miedo se abatió sobre ella como una ola gigante. Se desplomó sobre el escritorio y sollozó sin control, incapaz de ver ninguna salida.

«¿Cómo voy a poder arreglar esto?», pensó con desesperación. «Perderemos la compañía... la reputación de nuestra familia... y todos nos despreciarán por ello. Con toda razón».

No supo cuánto tiempo permaneció allí, pero cuando levantó la cabeza y se secó las lágrimas, la luz de la luna ya se había derramado sobre el suelo de la oficina. Había dormido a ratos, con un sueño inquieto, acurrucada en su dolor.

Entonces se quedó helada.

Pasos.

Casi imperceptibles. Alguien subía las escaleras con sigilo deliberado.

Apartó la silla en silencio, con el corazón martilleándole en los oídos. A pesar de sus lesiones, se movió con rapidez y agarró uno de los robustos paraguas de su padre del perchero. Se levantó del asiento tan silenciosamente como pudo, cruzó la habitación y se pegó a la pared junto a la puerta, con el paraguas en alto, lista para golpear.

Los pasos se acercaron. El pomo de latón giró con una lentitud agonizante.

Un aroma llegó hasta ella, tenue pero curiosamente familiar. A hierbas. Calmante. No lograba identificarlo del todo, aunque despertaba algún recuerdo distante.

Cuando la puerta se abrió, levantó el paraguas en alto, preparada para la aparición de una figura amenazante e imponente.

Pero la persona que entró era considerablemente más pequeña de lo que había anticipado. A la pálida luz de la luna, Nell observó el brillo distintivo de una larga y lustrosa trenza negra que caía elegantemente por la espalda de la visitante.

Dejó escapar un suspiro audible de alivio mientras el paraguas vacilaba en su mano.

Mei Ling entró y se giró justo a tiempo para ver el paraguas en el aire y el rostro de Nell, pálido y crispado por la tensión.

—Vaya —exclamó Mei Ling, y levantó un pequeño puño instintivamente en postura defensiva.

Pero la visión de Nell, lista para la batalla con un arma tan incongruente, era demasiado. Se deshizo en carcajadas que resonaron en la oficina bañada por la luna.

—Veo que a pesar de sus lesiones, sigue siendo formidable, señorita Warrington —dijo con un inglés perfecto, aunque con el más leve rastro de acento—. Aunque me atrevería a decir que un paraguas resultaría bastante ineficaz contra un asaltante de verdad.

El alivio la inundó y Nell estalló en carcajadas; la primera vez que lo hacía en meses, se dio cuenta. El sonido le parecía casi extraño. Devolvió el paraguas al perchero, regresó a su asiento detrás del escritorio y se sentó con una ligera mueca de dolor.

—Por favor, tome asiento —le dijo a Mei Ling—. ¿Qué la trae aquí a estas horas?

Mei Ling sonrió, metió la mano en su bolso de seda y sacó varios pequeños paquetes de hierbas y polvos.

—Pensé que podría necesitar más de esto, para sus heridas —dijo con suavidad—. No quería venir durante el día y levantar sospechas.

—Gracias —dijo Nell con calidez—. Es muy amable de su parte.

Mei Ling colocó los paquetes sobre el escritorio y observó a Nell con aire pensativo; sus ojos oscuros y perceptivos no pasaron por alto la apariencia desaliñada de Nell ni el enrojecimiento revelador alrededor de sus ojos.

—Espero que no piense que me estoy entrometiendo —comenzó, eligiendo las palabras con cuidado—, pero... ¿está todo bien?

Por instinto, Nell respondió:

—Sí, por supuesto. Las preocupaciones habituales del negocio, ya sabe cómo es.

Un silencio se extendió entre ellas, lleno del suave murmullo de la noche al otro lado de la ventana.

—Espero que sepa —dijo Mei Ling con voz queda— que puede estar segura de mi discreción. Y... como yo misma sé muy bien, las

mujeres que deben sobrevivir en un mundo de hombres a veces pueden beneficiarse enormemente de un oído comprensivo.

Sonrió levemente.

—Eso es todo lo que ofrezco.

Nell dejó escapar un suspiro quedo de resignación.

—Veo que las noticias sobre el *Eleanor* ya están circulando.

—Me temo que sí —dijo Mei Ling con expresión compasiva—. Las noticias viajan rápido por el puerto. ¿Es por eso por lo que sigue aquí tan tarde?

Como una ola que se estrellaba sobre ella, Nell sintió el peso de meses de silencio y tensión. Había algo en la mirada de Mei Ling — firme, discreta, comprensiva— que la hacía sentirse lo suficientemente segura, en ese momento, para sincerarse.

—Me temo que el negocio está en apuros —confesó—. Mi padre llevaba mucho tiempo luchando contra los acreedores antes de aceptar esa comisión con la Compañía de las Indias Orientales. Los detestaba, pero lo hizo para intentar que volviéramos a mantenernos a flote.

Hizo una pausa y añadió en voz más baja:

—Pero ahora, al encontrar esos papeles, veo que lleva meses haciendo malabares con las deudas... decidiendo a quién pagar y a quién dar largas. Y el seguro... tuvo que dejar de pagarlo. El *Eleanor* no estaba asegurado cuando ocurrió la tragedia. Todas esas pobres familias...

Su voz titubeó un instante.

—No tengo ni idea de qué les diré cuando vengan a reclamar lo que les corresponde.

Mei Ling asintió despacio, con expresión pensativa. Nell notaba que le daba vueltas a algo.

—Sabes —dijo al fin—, hay otras formas de ganar dinero cuando una tiene barcos a su disposición.

Nell frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Hay ciertos envíos —dijo Mei Ling con cautela— que requieren discreción. Paquetes pequeños. Muy rentables. Hay que cumplir ciertas condiciones, por supuesto, pero si el sistema está

meticulosamente organizado y se ejecuta con precisión, el riesgo es mínimo.

—Supongo que lo que sugieres es ilegal —dijo Nell sin rodeos—. Lo que significa que siempre hay riesgo.

—Es cierto —admitió Mei Ling—. No puedo garantizar que no haya dificultades. Pero la mercancía de la que hablo lleva décadas llegando de China a las costas británicas. Una vez que llega a puerto sin contratiempos, cuento con una sofisticada red de distribución ya establecida. Te llevarías una parte. Beneficios considerables que resolverían tus apuros económicos de inmediato. Y los nombres detrás de la red están... bien conectados.

—Te refieres al opio —dijo Nell en un hilo de voz.

Mei Ling asintió levemente, casi de forma imperceptible.

—No podría —dijo Nell con firmeza—. Lo siento. Ahora más que nunca entiendo que a veces hay que ganar dinero como se pueda, pero mi padre es un hombre de principios. Le horrorizaría que llevase el negocio por ese camino. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo —dijo Mei Ling—. Por favor, perdóname si te he ofendido. Veo que estás en un aprieto y solo quería ofrecer una posible solución.

—De verdad, no me has ofendido —dijo Nell con sinceridad, y alargó la mano para tocar brevemente la de Mei Ling—. Te agradezco la ayuda y la oferta, pero simplemente no puedo aceptar.

—Por supuesto.

Mei Ling se levantó para marcharse.

—Entonces permíteme dejarte estos remedios de hierbas. El paquete verde contiene una cataplasma para los moretones. Aplícatela tibia, dos veces al día. El paquete rojo contiene una infusión que aliviará el dolor y te ayudará a dormir. Y, por favor, no dudes en acudir a mí si vuelves a tener problemas. O si simplemente necesitas a alguien que te escuche.

Tan silenciosamente como había aparecido, Mei Ling desapareció escaleras abajo, y sus pasos se desvanecieron en el silencio de la noche.

Nell permaneció sentada en la oscuridad, a solas con sus pensamientos una vez más. Reunió los documentos con manos

temblorosas y los devolvió a su escondite. El día siguiente traería nuevos desafíos: las familias en duelo que vendrían a reclamar compensación, los acreedores rondando como buitres y la amenaza del regreso de aquel cobrador de deudas con la cicatriz.

Pero por esta noche se permitiría el pequeño consuelo de los remedios de Mei Ling y, quizás, unas horas de respiro de la abrumadora carga que ahora soportaba.

Nell recogió sus cosas, cerró la oficina con llave y bajó las escaleras con cautela. Aseguró la puerta exterior tras de sí y salió a la noche londinense, densa de niebla. El muelle estaba inquietantemente silencioso, salvo por el suave chapoteo rítmico del Támesis contra los amarres y el débil murmullo de voces quedas. En algún lugar cercano, una voluta de humo de tabaco flotaba en el aire; había estibadores holgazaneando entre los cajones, jugando a las cartas y bebiendo ginebra, sin prisa aparente por volver con sus esposas.

Mientras se guardaba la llave de la oficina en el bolsillo, Nell miró hacia el almacén para comprobar que los trabajadores hubieran recordado cerrar. Vio el candado bien sujeto en el exterior de las pesadas puertas de madera y estaba a punto de volverse, satisfecha, cuando algo extraño la hizo detenerse.

Observó la puerta del almacén con más atención, el ceño fruncido.

Algo iba mal.

No supo identificarlo al principio, pero entonces lo vio: un débil resplandor anaranjado que se filtraba por la rendija bajo la puerta. Con el ceño fruncido, dio unos pasos cautelosos hacia delante. Cuanto más se acercaba, más lo sentía: el calor que irradiaba la madera. El olor a tabaco había desaparecido, sustituido por algo más penetrante, más alarmante. Humo. No el aroma agradable de pipas o cigarrillos, sino el hedor acre de madera y mercancía en llamas.

Nell se apresuró hacia delante con creciente inquietud. La puerta crepitaba débilmente.

Alargó la mano hacia el candado, pero la retiró de inmediato con un grito agudo de dolor. Estaba abrasador, y le había quemado las yemas de los dedos.

Fuego.

Se le cayó el alma a los pies.

—¡Socorro! ¡Por favor, alguien, rápido!

Algunos estibadores levantaron la vista de su círculo improvisado de cajas volcadas. Uno de ellos entrecerró los ojos entre la niebla.

—¿Señorita Warrington? ¿Qué hace todavía aquí? ¿Qué ocurre?

—¡El almacén! —gritó con voz apremiante—. ¡Está ardiendo!

Al percibir la gravedad de su tono, varios hombres abandonaron la partida de cartas y corrieron hacia ella. Uno apoyó la mano en la puerta del almacén.

—Tiene razón, señorita. Está ardiendo.

—Apártese, por favor, señorita Warrington —dijo otro con sorprendente autoridad, mientras llamaba a sus compañeros—. Los muchachos y yo nos ocuparemos.

Un trabajador fornido llegó corriendo con un hacha pesada al hombro, el rostro tenso de determinación. Con unos cuantos golpes potentes y certeros, arrancó el candado de su soporte, y entre todos abrieron las enormes puertas de un tirón, con considerable esfuerzo.

Una oleada de fuego brotó hacia el exterior, vomitando humo negro y chispas al cielo. La ceniza y el hollín se arremolinaron entre la niebla como tinta en el agua.

—¡Tommy, muchacho! —gritó uno de los hombres mayores.

Un chico adolescente se levantó de un salto de detrás de las cajas.

—¡Corre a la estación, trae a los bomberos! ¡Volando!

—¡Sí, papá! —gritó el chico, y salió disparado hacia la noche.

Nell solo pudo quedarse allí mirando, con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas magulladas y el calor apretándole la piel, mientras calculaba mentalmente el contenido del almacén. Cajas de té, telas de lino, porcelana fina... ya podía ver sus restos carbonizados. *¿Cuánto costará indemnizar a los propietarios? ¿Cuánto más podremos aguantar?*

Las puertas estaban abiertas de par en par, y varios trabajadores intrépidos intentaban valientemente sofocar las llamas que avanzaban con grandes lonas empapadas a toda prisa en agua de los barriles cercanos. Cuando Nell se acercó, con el humo

quemándole los ojos, algo llamó su atención: algo clavado deliberadamente en el interior de la puerta del almacén, justo por encima de las llamas.

Una sola carta.

La jota de picas.

Alargó la mano y la arrancó, guardándola en el bolsillo del abrigo sin pensarlo. No sabía bien por qué, pero algo le decía que era importante.

Los minutos se hicieron eternos mientras el fuego rugía. Cuando la brigada llegó por fin, trabajaron sin descanso para apagar las llamas. A primera hora de la mañana, el fuego estaba extinguido y el cielo tenía un tono gris pálido y humeante.

Nell permaneció en medio de las ruinas humeantes, contemplando los restos ennegrecidos y empapados de las mercancías que un día habían sido valiosas. Tenía el vestido manchado de hollín, el cabello se le había escapado de las horquillas y el agotamiento le marcaba profundas líneas alrededor de los ojos. Esta última catástrofe parecía casi deliberadamente calculada para hundir a la compañía sin remedio.

Un estibador bondadoso, uno de los hombres mayores que había conocido a su padre durante muchos años, se acercó y le puso una mano en el hombro con delicadeza.

—Señorita... los muchachos y yo recogeremos lo que podamos. ¿Por qué no se va a casa y descansa como es debido? Nosotros nos encargamos de todo.

Ella alzó la vista hacia él, con el rostro manchado de ceniza y marcado por el agotamiento.

—Gracias, señor Perkins —dijo en voz baja, recordando su nombre por las frecuentes menciones de su padre—. Es usted muy amable.

—Le conseguiré un carruaje, señorita.

Y por una vez, Nell se dejó tratar como una dama que necesitaba protección en aquel mundo despiadado de hombres. Su habitual independencia feroz cedió momentáneamente ante la necesidad.

Se acomodó en el asiento con un gemido de fatiga y dejó que el vaivén del carruaje la llevara hacia casa.

Mientras el coche traqueteaba por las calles de Londres, que iban despertando poco a poco, sacó la carta del bolsillo y la examinó a la luz creciente. La jota de picas, el bribón, le devolvió la mirada con sus ojos pintados y enigmáticos. Alguien había prendido fuego a su almacén deliberadamente; de eso estaba segura. La pregunta que ahora la atormentaba era sencilla: ¿quién de entre los enemigos de su padre había señalado a la Warrington Shipping Company para destruirla?

CAPÍTULO 3



*T*ras apenas pegar ojo, Nell se levantó temprano y llegó a los muelles antes que la mayoría de los trabajadores. El acre olor a humo aún flotaba en el aire mientras se abría paso entre los restos carbonizados del pequeño almacén que había ardido durante la noche.

Fieles a su palabra, los hombres habían hecho un trabajo minucioso limpiando lo peor, aunque las ventanas manchadas de hollín y la capa de ceniza sobre las tablas del suelo contaban toda la historia. Pasó la mano enguantada por una de las vigas ennegrecidas mientras sus pensamientos volaban a años atrás, cuando su padre había ampliado el negocio y añadido el almacén al astillero.

Entonces solo era una niña, pero recordaba el orgullo en la voz de su padre mientras la guiaba por el almacén, mostrándole lo que él llamaba «el futuro de Warrington & Company». Incluso le había permitido ayudar a los trabajadores: teñir las vigas y pintar el letrero dorado que antaño colgaba orgulloso sobre las puertas.

—Lo siento, papá —susurró, con el aliento visible en el aire frío de la mañana—. Arreglaré esto. Te lo prometo.

Uno de los trabajadores que se acercaba la sacó de su ensoñación, con un tono cargado de reticencia.

—Si me permite, señorita, el inspector está aquí —dijo, cambiando el peso de un pie a otro con incomodidad.

—¿El inspector? —preguntó sorprendida.

—Sí, señorita. El inspector Hart —respondió poniendo los ojos en blanco.

—Y no se le escapa una —añadió otro hombre desde atrás—. Ese tiene fama de olfatear problemas.

Nell suspiró mientras se ajustaba la ropa. Enfrentarse a la ley no era precisamente como esperaba empezar el día.

—Muy bien —dijo, armándose de valor mientras avanzaba entre los restos carbonizados.

Al salir del edificio, divisó a un hombre alto y bien vestido que se dirigía hacia ella con paso decidido. Sus ojos penetrantes se movían de un lado a otro, como si catalogara cada detalle.

—Y usted debe de ser la señorita Warrington —dijo, tendiéndole la mano—. Inspector Elijah Hart.

Ahora que lo tenía delante, vio que le sacaba más de una cabeza. Aun así, alzó la barbilla y le sostuvo la mirada sin vacilar. Se limpió discretamente la palma en la falda y le estrechó la mano. El contacto la sobresaltó. Hacía meses que no sentía la cercanía de otra persona. Desde que había abrazado a su padre antes de que partiera hacia la India.

—Tengo entendido que ha tenido algunos problemas —dijo el inspector, soltándole la mano y sacando una pequeña libreta del bolsillo del chaleco.

—Bueno, yo no lo llamaría exactamente problemas, inspector —respondió ella, con la voz más firme de lo que se sentía por dentro—. Parece que hemos sufrido un desafortunado accidente en uno de nuestros almacenes.

—¿Un accidente, dice? —repitió él, clavando en ella una mirada tan intensa que la hizo lamentar no haberse arreglado mejor esa mañana.

—Eso creo, sí —respondió con calma, apartándose un mechón rebelde de cabello castaño que se le había escapado del moño.

—No obstante, será mejor que eche un vistazo a la zona dañada.

—Por supuesto. Sígame.

Recorrieron el almacén mientras Hart examinaba los daños, hurgaba en las vigas ennegrecidas y removía la ceniza con la punta de la bota pulida.

—Sus hombres limpiaron deprisa —observó, arqueando ligeramente una ceja mientras garabateaba algo en la libreta.

—Sí —respondió Nell, sin saber cómo interpretar su tono—. Todavía tenemos un negocio que sacar adelante, inspector. Los clientes de mi padre esperan sus entregas, con incendio o sin él.

—Mmm. Ya veo. ¿Y usted cree que el incendio fue accidental?

—Me temo que no lo sé, inspector —respondió ella, observándolo con atención—. ¿No es eso precisamente lo que usted debe determinar?

Él esbozó una sonrisa tensa que no le llegó a los ojos.

—En efecto, señorita Warrington. Pero, en mi experiencia, incendios como este rara vez son casuales. Alguien suele tener un motivo, o algo que ganar.

—Una teoría muy interesante —dijo Nell con frialdad, aunque el corazón se le aceleró—. Aunque no alcanzo a imaginar quién querría atacar a Warrington & Company.

—¿No puede? —preguntó él, arqueando de nuevo la ceja. Ese gesto empezaba a sacarla de quicio—. Tengo entendido que su padre ha dejado la compañía en... digamos, circunstancias precarias.

Antes de que pudiera responder, doblaron una esquina cerca de la parte trasera del almacén justo cuando dos estibadores, ajenos a su presencia, discutían acaloradamente. Sus voces resonaban contra las paredes tiznadas.

—Bueno, cualquiera podría descuidarse con las lámparas estos días —dijo uno acaloradamente, clavando un dedo en el pecho de su compañero—. Sobre todo con lo que llevas bebiendo últimamente.

—¿Yo? ¡Qué va! —protestó el otro—. Necesito que este lugar funcione tanto como tú. No puedo permitirme perder otra semana de jornal con cinco bocas que alimentar en casa.

—Algunos dicen que la señorita necesita desesperadamente el dinero del seguro —siseó el primer hombre, bajando la voz a un susurro conspiratorio—. Con el banco que viene a cobrar el mes que viene.

Nell carraspeó bruscamente, con las mejillas encendidas de indignación. Los hombres se dieron la vuelta, los rostros pálidos bajo la mugre, al darse cuenta de que los habían oído.

—Creo que se les necesita en los muelles —dijo con sequedad, la mirada dura—. El Merrimack debería llegar en menos de una hora.

Pero ya era tarde. El inspector Hart lo había oído todo.

Se volvió hacia ella con expresión indescifrable, aunque calculadora.

—¿Podríamos pasar a su oficina, señorita Warrington? —preguntó con calma—. Solo para realizar una revisión rutinaria de su documentación, ya sabe. Pólizas de seguro, libros de cuentas... cosas así.

A Nell el corazón le latía con fuerza contra el corsé. No podía negarse. Negarse solo aumentaría sus sospechas. Y, sin embargo, sabía lo que él encontraría en esos libros de cuentas. Las deudas crecientes. Los préstamos que había pedido su padre. Las medidas desesperadas que ella misma había estado sopesando.

—Por supuesto, inspector —dijo, alzando la barbilla una vez más y sosteniéndole la mirada con compostura forzada—. Sígame.

El repiqueteo de sus pasos resonó en la escalera de madera mientras Nell guiaba al inspector Hart hasta la oficina. Cruzó la habitación con paso cauteloso, apoyando brevemente una mano en el escritorio al pasar tras él.

—Por favor —dijo, señalando la silla de enfrente.

Hart no se sentó. En lugar de eso, recorrió el espacio con calma, examinando el entorno con ojo avezado. Su mirada se deslizó por los libros de contabilidad gastados, las hileras de correspondencia, la vela medio consumida en el alféizar.

—Imagino que este es el despacho de su padre —dijo con voz seca, aunque no desagradable.

—Así es —respondió Nell—. Lo he dejado tal y como estaba.

—Una presencia imponente, imagino.

Nell esbozó una leve sonrisa.

—Podría decirse.

Se acercó a la ventana y echó un vistazo al patio.

—Tengo entendido que ahora está en la India. Y que la dejó aquí al frente.

A ella le molestó la forma de decirlo.

—No me *dejó*. Fue a buscar una oportunidad para la empresa. Yo simplemente continué con el trabajo que me confió.

Hart se volvió y enarcó una ceja.

—Ya veo. ¿Y cómo le ha ido mientras tanto?

—Me las arreglo.

La mirada de Hart se detuvo en ella un instante más de lo necesario. Luego se acercó al escritorio.

—¿Puedo ver sus libros? Registros de envíos, pólizas de seguros. Puro trámite, por supuesto.

—Por supuesto.

Nell se volvió para buscarlos. Se movía con rigidez, con la inconfundible cautela de quien sufre dolor. Al estirarse para alcanzar un libro de contabilidad del estante superior, vaciló un instante, hizo una mueca y contuvo el aliento.

Hart se dio cuenta.

Al principio no dijo nada; la observaba con atención agudizada. Luego, en voz baja:

—Está herida.

Nell se quedó inmóvil, todavía de espaldas a él.

—No es nada.

Él esperó.

—He visto lesiones ocultas bajo ropa elegante. Eso no se lo ha hecho una caja al caerse.

Nell se volvió, con el rostro sereno pero la mirada dura.

—Como ya le he dicho, inspector, no es asunto suyo.

Un silencio se extendió entre ambos. Él asintió una vez, despacio.

—Muy bien.

Mientras ella dejaba los libros de contabilidad sobre el escritorio, Hart se acercó, abrió las cubiertas y examinó el contenido en silencio.

—Ha asumido una carga pesada, señorita Warrington —dijo al fin, mientras deslizaba un dedo por una columna de cifras—. La

mayoría de las mujeres habrían vendido la empresa y se habrían conformado con una herencia cómoda.

—No soy como la mayoría de las mujeres —respondió con frialdad.

—Eso veo.

La miró de soslayo.

—Es más dura de lo que aparenta.

De pronto, el tictac del reloj de pared pareció más fuerte.

Hart volvió la atención al libro de contabilidad, pero no sin que ella alcanzara a ver cómo algo se suavizaba en su expresión.

—Ha estado lidiando con acreedores —señaló mientras golpeaba una página con el dedo—. Pagos atrasados... algunos bastante cuantiosos.

—Sí —respondió Nell sin más.

—Y, sin embargo, no hay ninguna reclamación presentada por el incendio.

—Ahora mismo no tenemos seguro.

—Ya veo —dijo Hart, hojeando hasta el final del libro—. Cohen & Cohen les retiró la cobertura hace seis meses.

Ella no dijo nada. Tenía la mandíbula apretada.

—¿Sabe cuál es la pena por presentar una reclamación falsa?

—No he presentado nada —espetó—. Y no pienso hacerlo.

—Su lealtad es admirable —dijo él al fin—, pero quizá se sentiría menos sola si dejara de defender cada ladrillo de este lugar como si fuera sagrado.

—Este *lugar* es todo lo que tengo —dijo en voz baja—. Y mientras no haya construido algo que merezca la pena perder, inspector, no se atreva a decirme cómo sacarlo adelante.

Hart parpadeó, casi como si hubiera recibido un golpe, y asintió secamente. Un destello de respeto brilló en su mirada.

—Ya veo —dijo—. Bien. Ha colaborado, señorita Warrington. Le agradezco su franqueza.

Ella inclinó levemente la cabeza.

Hart se apartó del escritorio y se sacudió una mota de hollín del puño.

—Una última pregunta, señorita Warrington.

—¿Sí?

—¿Tiene enemigos?

Ella vaciló.

—No. Que yo sepa, no.

—Curioso —dijo Hart con voz grave—. Los incendios rara vez se producen por accidente. Y alguien quiso enviar un mensaje.

Ella guardó silencio.

Se dirigió hacia la puerta, pero se volvió una última vez.

—Si alguien le ha... hecho daño —dijo, ahora con un tono más suave—, debería denunciarlo.

Nell alzó la barbilla.

—Gracias, inspector. Pero sé cuidarme sola.

Él le sostuvo la mirada.

—La creo.

Sus labios se curvaron levemente, sin llegar a formar una sonrisa.

—Buenos días, señorita Warrington.

Y con eso se marchó, y la dejó sola en el silencio de su oficina, sin saber si acababa de superar una prueba o de suspenderla.

Distraída, metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó el naípe. Le dio vueltas entre los dedos. Aunque el inspector Hart había dejado claras sus sospechas, había algo en él, algo que no sabía definir, que la impulsaba a confiar en él.

Se preguntó si debería haberle hablado del naípe. Quizá había visto algo parecido antes, algo que pudiera arrojar luz sobre el incendio. Pero mencionarlo habría atraído más atención sobre el fuego, el negocio y sobre ella misma.

Aun así... la idea de volver a ver al inspector Hart resultaba, por algún motivo, emocionante.

Al final, decidió que el riesgo era demasiado grande.

Deslizó la tarjeta en el compartimento oculto del escritorio, giró la pequeña llave de latón con un clic quedo y volvió a guardársela en el bolsillo.

Se levantó, cruzó hasta la ventana del otro extremo de la oficina y miró hacia los muelles. A lo lejos, divisó a Hart alejándose a grandes zancadas, con el abrigo ondeando al viento.

Justo entonces, él se detuvo.

Se dio la vuelta.

Por un brevísimo instante, alzó la mirada directamente hacia su ventana.

Luego siguió caminando.

Nell se apartó del cristal, inquieta. Parecía que ahora tendría que añadir al inspector a la lista, cada vez más larga, de sus preocupaciones.

CAPÍTULO 4



La luz de la mañana caía pálida sobre Limehouse, se deslizaba por los adoquines y se reflejaba en los charcos que había dejado la lluvia de la noche anterior. Una niebla gris se cernía sobre el Támesis, ocultaba la orilla opuesta y confería a la escena un aire fantasmal que encajaba con el estado de ánimo de Nell. Estaba junto al atracadero oriental, con las mangas remangadas, supervisando la carga de las últimas cajas de té en un carro que aguardaba. Los moretones le dolían con el frío, pero mantenía la mandíbula apretada y la voz firme. No podía permitirse el lujo de bajar la guardia, no hoy. Ni ningún día, últimamente.

—¡Cuidado con eso! —gritó cuando uno de los chicos lanzó una caja con demasiada fuerza sobre la pila. Esta se tambaleó peligrosamente, a punto de echar por tierra todo el trabajo de la mañana, pero luego se enderezó. El muchacho se sonrojó y murmuró una disculpa.

Se dio la vuelta antes de que su rostro la delatara; el cansancio estaba grabado en cada arruga prematura, y el peso de las decisiones aún sin tomar le oprimía los hombros.

Mientras contemplaba la grisura del día, una figura llamó su atención, destacando por la brillante seda azul pavo real que parecía iluminar los muelles a su paso. Se mantenía apartada del ruido y la mugre de los estibadores, como si el caos no se atreviera a tocarla.

—Solo pasaba por aquí —dijo Mei Ling al reunirse con Nell en el muelle.

—¿Ah, sí? —dijo Nell, con una leve sonrisa que no le iluminó la mirada—. ¿Por Limehouse? ¿A las siete de la mañana?

—Me enteré de que el inspector te hizo una visita.

—Las noticias vuelan —suspiró Nell mientras se ceñía el chal.

—Está claro que sospecha. —Los ojos de Mei se desviaron hacia la pared chamuscada del almacén—. Volverá. Siempre vuelven cuando huelen a quemado.

Nell, consciente de las miradas curiosas y los oídos atentos de los estibadores —algunos de los cuales habían dejado de fingir que trabajaban para quedarse embobados mirando a la elegante mujer china—, se dirigió hacia la oficina.

—Hablemos dentro —murmuró—. Seguro que puedo ofrecerte una taza de té, aunque no será de la calidad a la que estás acostumbrada.

Arriba, las mujeres se sentaron a ambos lados del escritorio y bebieron de las tazas humeantes.

—Entonces, ¿de verdad solo pasabas por aquí? —preguntó Nell. Dejó la taza y clavó en su visitante una mirada penetrante.

—Bueno, solo quería comprobar que todavía tenías los dos ojos y todos los dedos —bromeó, aunque había preocupación en su voz.

—Y —añadió, mirándola directamente a los ojos— para decirte que mi oferta sigue en pie.

Nell se quedó mirando el río. La marea subía, lenta, espesa y marrón; el agua se revolvía igual que las preocupaciones en su mente. Suspiró hondo.

—No puedo —dijo sin mirar a Mei Ling—. Volverá pronto. Mi padre. Y si alguna vez se enterara... —Se le cerró la garganta—. No lo entendería. Pensaría que le he fallado.

—No le has fallado a nadie —dijo Mei en voz baja—. Pero se te está acabando el tiempo para demostrarlo. Tus acreedores no esperarán eternamente.

—Tengo que encontrar otra manera.

Mei inclinó la cabeza en un asentimiento casi imperceptible. No insistió.

En lugar de eso, dijo: —Deberías descansar. Pareces haberte peleado con un muro de ladrillos.

—Perdí —murmuró Nell tocándose las costillas.

Una sonrisa fugaz asomó a los labios de Mei. —Avísame si cambias de opinión.

Se levantó del escritorio y se marchó, dejando a Nell a solas con sus pensamientos.

Nell abrió el libro de cuentas que tenía delante; las columnas de tinta roja le bailaban ante los ojos cansados mientras empezaba a repasar mentalmente las alternativas que le quedaban, cada una más desesperada que la anterior.

Justo cuando Nell se acomodaba con sus libros de cuentas, resignada a pasarse el día revisando y corrigiendo cifras que se negaban a cuadrar por mucho que las manipulara, alguien llamó con timidez a la puerta de abajo.

Se le encogió el estómago. Últimamente, las visitas a la oficina naviera rara vez traían buenas noticias. Con un suspiro, dejó la pluma en su soporte, se levantó y se alisó las faldas.

Bajó las escaleras con cuidado y abrió la puerta. En el umbral había una mujer menuda con ropa raída. Un niño aún más pequeño se aferraba a sus faldas descoloridas, medio escondido tras la tela, con los ojos muy abiertos y recelosos en su carita delgada.

—Hola —dijo Nell con suavidad, fijándose en los codos zurcidos del chal y en los desgarros cuidadosamente remendados del vestido—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Lamento mucho molestarla, señorita Warrington —respondió la mujer, retorciendo la tela de la falda entre manos temblorosas. Tenía los nudillos rojos y agrietados, con las marcas inconfundibles del trabajo de lavandera—. Me llamo Sally Glover. Soy la esposa de Bobby Glover... era marinero en el *Eleanor*.

El rostro de Nell se tensó mientras luchaba por mantener una expresión neutra. Asintió, se hizo a un lado y se recompuso.

—Por favor, pase, señora Glover —dijo mientras las hacía entrar—. ¿Le apetece subir a mi oficina? ¿Puedo ofrecerle un té? ¿Quizá al niño le gustaría una galleta?

La mujer parpadeó, claramente sorprendida por la cortesía.

—No, gracias, señorita. De todos modos, estaré bien —respondió la señora Glover, aunque los ojos del niño se iluminaron con esperanza ante la mención de la galleta.

—Entonces, por favor, sígame.

En la oficina, Nell se sentó tras el escritorio de su padre, mientras la señora Glover permanecía de pie en el umbral, inquieta y sin saber qué hacer con las manos.

—Por favor, señora Glover, siéntese —dijo Nell con suavidad, señalando la silla de enfrente—. Y su hijo también. —Sacó un pequeño taburete de debajo del escritorio para el niño.

—Gracias, señorita —respondió la mujer, sentándose en el borde de la silla como si temiera ensuciarla. Mantenía la postura rígida, las manos fuertemente entrelazadas en el regazo. El niño se encaramó al taburete y balanceó los pies nerviosamente sin tocar el suelo.

—Antes que nada, quiero decirle cuánto lamento su pérdida —dijo Nell—. Le estoy muy agradecida por el servicio de su marido. No puedo ni imaginar lo que debe estar sintiendo.

—Gracias, señorita —murmuró la Sra. Glover, con los ojos fijos en el suelo—. Es usted muy amable. Mi Bobby siempre decía que su padre era un gran hombre, y que lo respetaba mucho. Decía que el Sr. Warrington trataba a sus hombres con justicia, no como otros capitanes de los muelles.

Nell inclinó la cabeza, sin atreverse a hablar. Su padre era muchas cosas, algunas admirables, otras no tanto, pero lo cierto es que se preocupaba por su tripulación.

La mujer volvió a guardar silencio, visiblemente incapaz de abordar el motivo de su visita.

—¿En qué puedo ayudarla, Sra. Glover? —preguntó Nell con delicadeza.

—Bueno, señorita... —comenzó la mujer, retorciendo la gastada alianza de oro en su dedo—. Es solo que... aún no hemos recibido la compensación que nos prometieron después de que el Eleanor se hundiera, y me preguntaba cuándo podría llegar. —Su voz se fue apagando con cada palabra—. La ayuda parroquial no es suficiente, ¿comprende?

A Nell se le encogió el corazón. Sabía, por supuesto, que probablemente la mujer había venido por eso, pero una parte de ella había albergado otra esperanza. Los desesperados intentos de su padre por mantener el negocio a flote lo habían llevado a recortar gastos, y las consecuencias estaban ahora sentadas frente a ella, con ojos hambrientos.

—Lamento tener que preguntar, señorita —continuó la mujer, mirando al niño a su lado—. Es solo que... tengo tres más en casa, y todos tienen hambre. El pequeño Thomas es el mayor, acaba de cumplir ocho años. —El niño se irguió ligeramente al oír mencionar su edad, y un destello de orgullo cruzó sus rasgos demacrados.

—Por supuesto —dijo Nell rápidamente, esforzándose por mantener la voz firme—. Lo comprendo perfectamente. Me temo que el papeleo se está... retrasando en la oficina de seguros. Suelen comprobarlo todo dos y tres veces antes de liberar los fondos, ¿sabe?

Los hombros de la Sra. Glover se hundieron, y la breve esperanza que había brillado en sus ojos se apagó.

—Sí, señorita —dijo con un hilo de voz.

Se levantó a medias, claramente con intención de marcharse, pero se detuvo para reunir valor.

—Lo siento, señorita Warrington. Siento muchísimo traerle esto a su puerta. No somos mendigos. Bobby se revolvería en su tumba en el fondo del mar si me oyera pedir caridad. Pero tenemos hambre. Y cuando mis hijos lloran por la noche porque no tienen qué comer, me temo que no soy demasiado orgullosa para suplicar.

A Nell se le hizo un nudo en la garganta mientras observaba cómo la dignidad de la mujer luchaba contra su desesperación.

—Por favor, no se disculpe, Sra. Glover —dijo con dulzura—. No hay ninguna vergüenza en cuidar de sus hijos.

La culpa le revolvió el estómago. ¿Cuántas familias habían quedado en esta situación por las decisiones financieras de su padre? ¿Cuántos aldabonazos tendría que responder antes de que todo esto terminara?

Le temblaron ligeramente las manos mientras abría el cajón del escritorio y sacaba la caja del dinero. Contó lo poco que había

dentro. Billetes y monedas, escasos pero suficientes, y los metió en un sobre.

—Por favor, acepte esto de momento —dijo Nell, poniéndose de pie y ofreciéndoselo—. Es todo lo que tengo aquí en la oficina... tendré que ir al banco a por más. Pero espero que sea suficiente para alimentar a su familia hasta que se resuelva el papeleo.

La Sra. Glover aceptó el sobre y se puso de pie, con la voz quebrada.

—Gracias, señorita. Le estamos muy agradecidos. No esperaba... es decir, esperaba...

Miró al pequeño a su lado, cuyos ojos muy abiertos estaban rodeados por las inconfundibles ojeras del hambre y el insomnio.

—Papá dijo que usted era toda una señora —dijo el niño de repente, con voz queda pero clara—. Dijo que a veces venía a los muelles y siempre sabía los nombres de los marineros.

Nell sintió que se le humedecían los ojos y contuvo las lágrimas a duras penas.

—Tu papá era un buen hombre, Thomas —respondió, metiendo la mano en la lata que había sobre el escritorio y sacando un caramelo de cebada, que le ofreció—. Y muy valiente.

El niño aceptó el dulce como si le hubieran dado el mayor de los tesoros.

—No tiene importancia —dijo Nell a la Sra. Glover, que seguía balbuceando agradecimientos—. Y por favor, si necesita algo más antes de que llegue el dinero del seguro, no dude en volver.

—Gracias, señorita Warrington —repitió la mujer, apretando el sobre contra su pecho como si temiera que fuera a desvanecerse—. Que Dios la bendiga.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Nell se dejó caer pesadamente en la silla, luchando contra la oleada de desesperación que amenazaba con engullirla.

¿Cuántas familias más? ¿Cuántos aldabonazos más?

El pánico se agitó en su pecho, reptando como una marea creciente. Se levantó bruscamente y cogió el abrigo del perchero.

Tengo que hacer algo.

Vislumbró su reflejo en el pequeño espejo sobre la chimenea. Respiró hondo para calmarse, se alisó el cabello, se recolocó las horquillas de perlas y se abrochó el abrigo.

Para ir al banco hay que tener aspecto respetable, pensó con amargura mientras salía a la calle a buscar un carruaje.

El vestíbulo del banco en Lime Street siempre olía a cera y a petulancia. Los suelos de mármol relucían bajo la luz de gas, reflejando los rostros severos de hombres que medían el valor humano en columnas y cifras. Nell permanecía de pie ante el mostrador, con la espalda recta y las manos tan apretadas que las uñas le habían dejado medias lunas en las palmas.

El Sr. Hadley se tomó su tiempo. Nunca tenía prisa, y menos aún tratándose de ella. Sus dedos manchados de tinta hojeaban lentamente las cuentas de su padre, con la boca fruncida como si los libros de contabilidad lo ofendieran personalmente. Cada página que pasaba era un gesto deliberado, medido, un pequeño recordatorio de quién tenía el poder en aquel intercambio.

—Es irregular —dijo por fin, sin levantar la vista.

Nell luchó contra el impulso de inclinarse y cerrarle el libro de un golpe.

—Lleva tratando con mi padre casi veinte años —dijo en cambio, con la voz controlada.

—En efecto. El Sr. Warrington fue hasta hace poco siempre puntual y meticuloso en sus asuntos comerciales. Pero como sin duda sabrá, las circunstancias han... cambiado.

Nell tragó saliva.

—Le pido una prórroga de la línea de crédito. Solo seis semanas. Hemos tenido... un contratiempo.

Chasqueó la lengua y por fin la miró a los ojos. —El Eleanor.

—Sí.

—Una tragedia, sin duda. Veintiséis almas perdidas, si los informes son exactos. Pero las desgracias no cambian las normas. El banco no puede conceder más crédito sin garantías suficientes.

A Nell se le tensó la mandíbula.

—Tengo cargamentos en camino desde Calcuta y Singapur. Puedo devolver...

—Puede hacer promesas —la interrumpió Hadley—. Ya ha hipotecado el almacén, y el seguro no cubrirá la pérdida en su totalidad, suponiendo que llegue a pagar. Apenas le queda nada que ofrecer como garantía.

Nell notó que el calor le subía por el cuello.

—Los tripulantes que murieron... sus familias lo han perdido todo. Les di lo que pude de mi propio bolsillo. Si tan solo me concediera...

El rostro de Hadley adoptó una expresión vagamente compasiva. Como quien mira a un perro herido antes de sacrificarlo.

—Es usted admirable, señorita Warrington. De verdad. Pero las emociones no cuadran las cuentas. Quizá haya llegado el momento de plantearse abandonar el negocio. Vender lo que queda mientras aún tenga valor. Una mujer como usted... estoy seguro de que encontraría alguna labor benéfica más acorde con sus aptitudes. La enseñanza, quizá. O como dama de compañía.

Las palabras le cayeron como bofetadas. Le ardía la garganta. Se obligó a asentir una sola vez, como si él simplemente le hubiera comentado el tiempo que hacía.

—Ya veo.

—Puedo recomendarle un abogado especializado en liquidaciones de patrimonio —ofreció, con excesivo entusiasmo—. El Sr. Finch, de Threadneedle Street, es muy eficiente en estos asuntos. Podría tenerlo todo resuelto en quince días.

Quince días. Dos semanas para dismantelar generaciones de orgullo y ambición de los Warrington. Dos semanas para rendirse.

Se dio la vuelta y se marchó sin decir una palabra más.

Fuera, el cielo se había abierto y una lluvia constante y fría empapaba las calles. Se ciñó el chal y echó a andar a ciegas; sus botas chapoteaban en los charcos.

La humillación le quemaba, pero bajo ella latía algo peor. Una especie de incredulidad atónita. «*Déjalo estar*». Así, sin más. Vender todo lo que su padre había construido, todo aquello por lo que ella se había dejado la piel para mantenerlo a flote, ¿y para qué? ¿Una palmadita en la cabeza? ¿Un puesto en algún registro parroquial repartiendo mantas?

Pasó junto a las tiendas y la gente que seguía con sus quehaceres como si el mundo no estuviera a punto de acabarse. Una institutriz que guiaba a dos niños pequeños bajo el aguacero. Una vendedora de flores, encogida y miserable bajo un toldo, con las flores mustias por la humedad. Todas con un propósito, con un lugar adonde ir. Ninguna cargaba con el peso de veintiséis marineros muertos y sus hijos hambrientos.

Tenía las mejillas húmedas, y no solo por la lluvia, mientras se las secaba con el dorso de la mano enguantada.

Cuando se detuvo, estaba en pleno Whitechapel y llevaba las faldas empapadas hasta las rodillas.

«Piensa», se dijo. «Encuentra otra salida».

Pero el banco la había rechazado. La compañía de seguros la había rechazado. Las familias de los marineros volverían pronto a preguntar, a esperar, a suplicar. No tenía nada que darles. Nada que empeñar ni que prometer.

El Eleanor se había perdido. Su padre estaba al otro lado del mundo. Y ella estaba sola.

Se quedó bajo el alero de una tienda de costura cerrada, con los puños apretados entre los pliegues del chal. La única luz cercana parpadeaba tras la ventana escarchada de la botica de la esquina. La botica de Mei Ling. ¿Cómo había acabado allí?

Se quedó mirándola largo rato.

Entonces echó a andar, con una decisión tomada en algún lugar más allá del pensamiento consciente.

Le temblaba la mano al agarrar el picaporte. La puerta crujió al abrirse. Una bocanada de calor salió a su encuentro. Luz de lámpara y el reconfortante aroma a hierbas, jengibre y especias exóticas que no sabía nombrar.

Mei levantó la vista del mostrador. Estaba embotellando tinturas con calma y mano firme. Vestía de forma más sencilla que aquella mañana: en lugar del azul pavo real, una práctica seda negra bordada con sutiles hilos plateados. Su mirada se encontró con la de Nell sin asomo de sorpresa, como si la hubiera estado esperando.

Nell entró, cerró la puerta a su espalda y dijo en voz baja, con tono neutro:

—Un envío. Nada más.

Mei dejó el cuentagotas, se secó las manos con un paño y estudió el rostro de Nell: el aspecto calado hasta los huesos, la postura rígida, la desesperación que no lograba ocultar del todo.

—Entonces empecemos.

CAPÍTULO 5



Era una mañana de silencio inquietante cuando Nell se apresuró por las calles hacia la botica. El clamor habitual de Londres — los gritos de los vendedores ambulantes, las ruedas de los carruajes sobre los adoquines, el bullicio constante del comercio— parecía amortiguado, como si la ciudad misma contuviera el aliento. Había decidido no usar carruaje para garantizar la máxima discreción, una decisión de la que ahora se arrepentía con los pies doliéndole dentro de las botas.

Al llegar al estrecho edificio encajado entre un estanco y una casa de empeños, se deslizó por el callejón lateral y golpeó suavemente la verja de madera tres veces, tal como Mei Ling le había indicado.

La lluvia corría en riachuelos por las cunetas y desdibujaba los contornos de la ciudad. Nell se ajustó la capucha sobre el rostro, consciente de que incluso a esa hora temprana podía haber ojos observando desde las ventanas cubiertas por cortinas.

Tras un momento, la verja se abrió con un crujido y apareció Mei Ling, que le indicó en silencio que la siguiera a través del pequeño patio ajardinado donde crecían hierbas medicinales en hileras ordenadas, hasta la trastienda de la botica.

Dentro, el aire cálido olía a raíz de jengibre y a algo más oscuro, algo químico, metálico.

Los estantes estaban repletos de frascos. Ruibarbo en polvo, alcanfor, valeriana, y al fondo, una caja descansaba sobre el mostrador. Pequeña. Sellada. Anodina, y sin embargo el foco de toda la habitación.

Mei la estudió con atención mientras ella permanecía allí de pie, con el chal goteando por la lluvia de la madrugada y formando un pequeño charco en el suelo de madera pulida.

—¿Has venido andando? —preguntó Mei, con un deje de sorpresa en la voz.

Nell asintió y se quitó los guantes empapados.

—Me pareció lo mejor. Los cocheros recuerdan las caras, sobre todo a horas intempestivas.

—Vas aprendiendo —dijo Mei Ling, y arqueó una ceja con aprobación. Se acercó a una pequeña jarra de latón y sirvió té humeante en dos tazas delicadas sin asas—. Bebe. Estás temblando.

Nell aceptó la taza agradecida; el calor le fue devolviendo la sensibilidad a los dedos entumecidos. El té era amargo pero reconfortante, nada que ver con el brebaje endulzado que se servía en los salones ingleses.

—Vayamos al grano. Recibirás cuatro cajones —dijo con voz neutra—. Ya están a bordo del *Changzhi*. Zarpó de Amoy hace doce días. Debería llegar a Limehouse en uno o dos días, salvo retrasos.

Nell se acercó al mostrador; el corazón le latía con más fuerza a cada paso.

—¿Qué contienen?

—Té. Seda. Medicinas.

Mei levantó la tapa de la caja pequeña. Dentro, cuidadosamente envuelto en paja, había un único paquete. Pequeño, cuadrado, del color del ámbar sin pulir.

—Y esto.

Nell se quedó mirándolo. No parecía nada. Un bulto de cera prensada y lino. Podría ser incienso. O hierbas. O veneno.

Mei lo deslizó hacia ella.

—Lo enviamos desde Fujian en pequeñas cantidades, oculto en cajones de doble fondo. Tu trabajo es recibirlo con discreción,

encaminarlo al muelle correcto y asegurarte de que nadie más lo vea. Eso es todo.

Nell parpadeó; aún intentaba comprender cómo habían llegado las cosas a ese punto. Hacía un mes, era la respetable hija de un comerciante naviero. Ahora estaba en una botica china antes del amanecer, accediendo a contrabandear opio.

—Llegará como parte del cargamento habitual de tu padre —continuó Mei—. Marcado con el sello de tu casa. El mismo papel. La misma cuerda. Todo por encima de cualquier sospecha.

Nell alargó la mano y cogió el paquete. Pesaba más de lo que aparentaba.

Lo giró entre las manos mientras el pulgar le rozaba la costura.

—¿Y si alguien lo inspecciona?

—No lo harán.

La expresión de Mei no se alteró.

—Pero si lo hacen...

Su mano se desplazó hacia un pequeño cajón bajo el mostrador. Lo abrió y extrajo un fino pliego de papel color marfil. Doblado en su interior había un sello de cera estampado con una huella de mano roja.

—Si llega a eso —dijo Mei, y lo depositó con suavidad en la palma de Nell—, muéstrales esto. No des explicaciones. Deja que lo vean.

Nell frunció el ceño.

—¿Qué significa?

—Que estás bajo protección. Que esto es asunto de la Mano de Jade.

La miró directamente a los ojos.

—Y que a cualquiera que interfiera le resultaría... poco aconsejable.

Nell tragó saliva. Dobló de nuevo el papel y lo guardó en el bolsillo interior del abrigo.

—¿Y después de que llegue?

—Un hombre lo recogerá en las veinticuatro horas siguientes. No necesitas saber su nombre. Solo que es puntual y discreto.

Nell exhaló y se apartó del mostrador.

—Así que solo soy una escala en el camino.

Mei no sonrió, pero sus ojos recorrieron a Nell como si evaluara si estaba a la altura.

—Eres un puerto necesario. Y ya has aceptado.

Nell asintió una sola vez. El abrigo aún le goteaba sobre el suelo; el suave repiqueteo del agua contra la madera era el único sonido en la habitación.

—Te pagarán en cuanto el cargamento salga de Limehouse —añadió Mei—. Sin retrasos. Sin complicaciones. Lo suficiente para cubrir la indemnización a las familias de tus marineros, y sobrará algo para mantener el negocio a flote un tiempo más.

Fuera, el viento había arreciado y hacía vibrar los cristales. Nell imaginó el *Changzhi* surcando aguas grises como un barco fantasma, con su cargamento dormido en la bodega.

—Si te atrapan —dijo Mei, con la voz de pronto más suave—, niégalo todo. Di que no sabías nada de lo que había oculto. Me aseguraré de que no quede ninguna prueba que te vincule con nosotros.

Nell alzó la vista de golpe.

—¿Se supone que eso debe consolarme?

Los labios de Mei se curvaron en un amago de sonrisa.

—Se supone que es práctico. Como tú, señorita Warrington.

Dos días después, Nell temblaba en el muelle oriental mientras el *Chang Zai* se deslizaba hacia el puerto bajo un cielo gris pizarra. Un viento cortante soplaba desde el Támesis, le azotaba las mejillas y le entumecía los dedos incluso a través de los guantes. Había prescindido del desayuno; tenía el estómago demasiado encogido por la ansiedad como para tolerar siquiera té y tostadas.

Había ordenado que toda la tripulación estuviera presente para la descarga. Cada cajón debía salir del barco y entrar en el almacén de la forma más eficiente y discreta posible. Sin errores. Sin llamar la atención. Los hombres se habían mostrado sorprendidos por su insistencia, pero obedecieron sin rechistar cuando mencionó una bonificación por el trabajo rápido.

Plantada al pie de la pasarela, sujetaba el manifiesto y revisaba cada caja con meticuloso cuidado, tachándolas una por una. Sus

ojos recorrían sin cesar la carga en busca de las cuatro cajas que llevarían un pequeño punto rojo casi invisible en la esquina de la etiqueta de envío. De momento, nada.

Un estibador se acercó sin prisa, silbando ruidosamente, y el sonido estridente le crispó aún más los nervios, ya de por sí a flor de piel. Era joven, de unos dieciocho años, con una mata de pelo pelirrojo asomando bajo la gorra.

—Señorita Warrington —la llamó, mirando hacia el barco con los ojos entrecerrados—. ¿Esta vieja dama es de las nuestras? No recuerdo haberla visto antes.

—No, Alfie —respondió ella bruscamente, sin levantar la vista—. No es un barco Warrington. Le estoy haciendo un favor a un amigo. Su barco fue desviado de Southampton, así que he gestionado que la carga entre por nuestros muelles.

—Suenas interesante —gorjeó Alfie, balanceándose sobre los talones—. Barco extranjero, ¿verdad? Chino, por lo que parece. No se ven muchos de esos por aquí, en Limehouse.

—Pues no lo es —espetó Nell. El frío y su paciencia menguante tiñeron su tono de una aspereza mayor de la que pretendía—. Ahora, haz el favor de seguir con tu trabajo. Me gustaría que esto estuviera terminado antes de que nos muramos todos de frío.

Alfie murmuró una disculpa, se caló la gorra hasta las orejas y se alejó arrastrando los pies, dolido por aquella brusquedad tan impropia de ella.

Aliviada, Nell retomó la revisión, hasta que aquel infernal silbido volvió a sonar, esta vez desde otra dirección.

Alzó la cabeza de golpe.

—¡Alfie!

Pero no había ni rastro de él.

Al otro lado, recostado con desenfado contra una farola, había un hombre alto y moreno. Era él quien silbaba ahora, y cuando sus miradas se cruzaron, se quitó la gorra y le guiñó un ojo, dejando al descubierto una mata de rizados oscuros y rebeldes.

«*Qué maleducado*», pensó, dando por hecho que era uno de los estibadores escaqueándose del trabajo.

Le lanzó una mirada severa y reprobatoria, esperando que bastara para mandarlo de vuelta al trabajo. Pero él se limitó a sonreír aún más, hundió las manos en los bolsillos del abrigo y encendió un cigarrillo.

Irritada por su impertinencia, y cada vez más atarida y nerviosa a medida que salían más cajas de la bodega del Changzhi, Nell se dirigió hacia él con paso firme, y sus botas repiquetearon sobre las piedras húmedas.

—Disculpe, no lo reconozco. ¿Es usted nuevo aquí? —preguntó con sequedad, irguiéndose cuan alta era, aunque aun así tuvo que alzar la vista para mirarlo.

—¿Yo? —el hombre sonrió, dejando ver unos dientes sorprendentemente blancos y parejos. Sus ojos, reparó ella entonces, eran de un verde llamativo que contrastaba con su tez morena—. Llevo años por aquí, cariño.

Se puso rígida ante tanta confianza, pero fue incapaz de apartar la mirada de su rostro. Había algo en él a la vez peligroso y fascinante, como asomarse al borde de un precipicio.

—Si lleva aquí algún tiempo, sabrá de sobra que no tolero pausas para fumar durante la descarga.

Él soltó una carcajada sonora que resonó contra el ladrillo y el agua. El cigarrillo le colgaba de los labios mientras hablaba, y su acento era una curiosa mezcla de la aspereza del East End con destellos ocasionales de algo más refinado.

—Oh, yo no trabajo para usted, señorita —dijo, apartándose el cigarrillo de los labios y exhalando una nube de humo que quedó flotando entre ambos—. No trabajo para nadie.

Nell parpadeó, desconcertada por su descaro. Sin querer, bajó la mirada hacia sus manos. Fuertes, capaces, con una fina cicatriz blanca cruzándole los nudillos de la derecha. No eran manos de caballero, pese al abrigo.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —exigió saber, cayendo de pronto en la cuenta de lo aislados que estaban en aquel extremo del muelle.

—Solo observo —dijo, encogiéndose de hombros con desenfado. Sus ojos, aquellos inquietantes ojos verdes, pasaron del rostro de

ella al manifiesto que sujetaba, y volvieron a subir, evaluándola—. Es parte de mi trabajo, enterarme cuando hay nuevos negocios en marcha, si me entiende.

Ella se esforzó por contener el rubor que le subía a las mejillas, consciente de que él observaba su reacción con atención. El corazón le latía con fuerza contra las costillas.

—Pues no, no le entiendo.

Otra risa, más grave esta vez, como si de verdad le hiciera gracia.

—Estoy seguro de que no, señorita.

Se apartó de la farola, y su mirada se demoró en ella una fracción de segundo más de lo debido.

—Solo le diré una cosa: tenga cuidado con los nuevos negocios. No todo el mundo es tan servicial como aparenta.

Y dicho esto, se dio media vuelta y se alejó sin prisa, silbando de nuevo como si no tuviera la menor preocupación, aunque ella advirtió que su mirada barría el muelle con cuidadosa atención. Nada de descuido, entonces. Solo quería aparentarlo.

Nell se quedó paralizada, viéndolo alejarse, con la mente a mil. ¿Quién era? ¿Qué sabía?

Se obligó a darse la vuelta, irritada consigo misma por su reacción. Tenía asuntos más importantes entre manos que hombres misteriosos con sonrisas impertinentes y ojos que parecían ver demasiado. Las cuatro cajas aún no habían aparecido, y el tiempo apremiaba.

Ya de por sí alterada, a Nell se le encogió el estómago aún más al ver al inspector Elijah Hart doblar la esquina del almacén y dirigirse directamente hacia ella. Su figura alta era inconfundible incluso a distancia.

El pánico que acababa de sofocar volvió a aflorar y le atenazó la garganta. Miró por encima del hombro. Varias cajas seguían expuestas en el muelle, sin trasladar aún al almacén. Solo las últimas estaban saliendo del Changzhi, y faltaba mucho para ponerlas a buen recaudo.

Y entre ellas, estaba segura, se encontraban las cuatro que podían destruirlo todo.

—Inspector Hart —dijo Nell, esforzándose por mantener la voz serena—. ¿De vuelta tan pronto?

—Señorita Warrington —respondió él, inclinando la cabeza en un gesto cortés—. ¿Cómo está?

Ella le sostuvo la mirada. Sus ojos estaban tan alerta como siempre, pero algo en ellos había cambiado: eran menos cautelosos, menos acerados. Había en ellos hoy una suavidad que la pilló desprevenida.

—Estoy bien —dijo con cautela, midiendo cada palabra.

Se quitó el sombrero y lo sostuvo entre las manos, pasando los dedos distraídamente por el ala.

—Estaba por la zona —comenzó, con la mirada fija en las punteras de sus botas perfectamente lustradas—. Solo... quería saber cómo estaba. Después de la última vez.

Carraspeó y añadió, casi a regañadientes:

—Creo que tal vez fui más duro con usted de lo necesario.

Nell parpadeó, sorprendida. La calidez de su preocupación la desconcertó más de lo que jamás lo había hecho su interrogatorio implacable.

Precisamente era el inspector quien había vuelto a disculparse, cuando era ella quien ahora tenía algo que ocultar.

Decidida a que la conversación fuera breve, le ofreció una sonrisa cortés y evasiva.

—No tiene importancia, inspector Hart. Estaba cumpliendo con su deber. Y, como puede imaginar —añadió con un asomo de ironía—, estoy bastante acostumbrada a que me traten peor.

Él la observó con atención, frunciendo el ceño como si pudiera ver la verdad tras aquella fachada de serenidad.

—No lo dudo —dijo en voz baja—. Y lo lleva... admirablemente, señorita Warrington.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, sin saber qué responder. De pronto se volvió intensamente consciente del frío, del viento en las mejillas, de la mirada de él aún fija en ella.

—Gracias —dijo al fin, con la voz más suave de lo que pretendía.

Ambos se volvieron instintivamente para observar cómo descargaban las últimas cajas del *Chang Zai*. Mientras vigilaba la

operación, Nell notó que él seguía mirándola. No como un policía que examina a una sospechosa, sino como un hombre que contempla algo que no esperaba llegar a importarle.

—Parece cansada —dijo tras una pausa—. Espero que el incendio y... lo demás no le hayan dejado más que moretones.

Ella se detuvo un instante, con el aliento contenido.

—De verdad, inspector —dijo, forzando una sonrisa—. Estoy perfectamente. Pero gracias por preocuparse. Como puede ver, estoy bastante ocupada.

Había un tono de desdicho en su voz, y él pareció captarlo. Se caló el sombrero y se volvió para marcharse, pero se detuvo a los pocos pasos.

Cuando se volvió hacia ella, algo en su expresión se había dulcificado aún más. Menos deber, más... otra cosa.

—Habla en serio, señorita Warrington. Estoy aquí para ayudar. Si ocurre algo... puede acudir a mí.

Nell apretó la mandíbula mientras la culpa le subía por la garganta como bilis. No le había hablado del cargamento de contrabando. Ni de la carta de juego. Ni del hombre junto al farol.

Pero su rostro permaneció sereno, inescrutable. Asintió brevemente.

—Gracias, inspector.

Acto seguido, giró sobre sus talones y se alejó con paso firme hacia las cajas, dejándolo allí plantado, viéndola marchar.

CAPÍTULO 6



La niebla matutina se cernía espesa sobre Limehouse, tragándose los tejados y ofreciendo un manto de anonimato bienvenido. Nell aguardaba junto al carro, una mano enguantada apoyada en el borde de la caja más cercana. Cuatro en total, cada una marcada con el sello pulcro de su padre: *Warrington Shipping Co.*, una mentira en madera y tinta.

El conductor, un hombre rechoncho con hombros como barriles, tensó las riendas con un gruñido. No había pronunciado palabra desde que llegara a las cuatro y media, y Nell no le preguntó su nombre. Mei había dicho que era leal, y en este mundo, eso valía más que el encanto.

Se ajustó la capa sobre los hombros y asintió con brusquedad.

—En marcha.

El carro arrancó con un chirrido, las ruedas traqueteando sobre los adoquines irregulares. La niebla amortiguaba los sonidos más de lo normal, como si la ciudad hubiera tomado aire y olvidado exhalar.

Giraron por un callejón estrecho pasada la carnicería, atravesaron callejuelas que apestaban a carbón húmedo y patatas podridas, y finalmente salieron a una carretera más amplia que discurría junto al Canal del Regente. Un viento frío soplaba desde el agua. El conductor se detuvo silbando entre dientes.

El muelle estaba casi desierto, salvo por dos hombres que esperaban junto a una barcaza amarrada a los escalones de piedra. Con los rostros ocultos bajo gorras y bufandas enrolladas hasta arriba contra el frío matutino, se movían con esa determinación que no necesita palabras. Los ojos del más alto se posaron un instante en Nell antes de descartarla por insignificante.

Debería haberse sentido ofendida. En cambio, la invadió el alivio.

Nell observó cómo el conductor descargaba cada caja, introduciéndolas en la bodega abierta con soltura experta. Nadie habló. Nadie la miró. Cuando la última caja desapareció en las entrañas de la barcaza, uno de los hombres asintió una sola vez antes de retroceder hacia las sombras.

Todo había terminado en minutos. Demasiado rápido. Demasiado fluido. Como una función ensayada cien veces.

Mientras la barcaza se alejaba, abriendo una estela lenta en el canal inmóvil, a Nell se le cortó la respiración.

Esto es real. Ya formas parte de ello.

Esperó hasta que la barcaza casi se perdió de vista antes de volverse hacia el callejón. El conductor ya había desaparecido, carro incluido, sin dejar rastro de la transacción. La calle a su espalda permanecía desierta, las ventanas aún cerradas al amanecer.

Mejor así. No quería testigos.

Recorrió a pie todo el trayecto de vuelta al almacén, sola. Un agente se cruzó con ella cerca de la tienda de comestibles y se tocó el sombrero con ese gesto automático que reservaban para las damas respetables, aunque Nell ya no estaba segura de seguir siéndolo. No después de lo de aquella mañana.

Asintió, siguió caminando, la mirada al frente, como si aquel fuera exactamente su lugar.

Pero el estómago se le revolvía.

No porque él la hubiera mirado.

Sino porque, por un momento, había temido que no lo hiciera.

Dobló la esquina hacia los muelles y se abrió paso entre cajas apiladas hasta su oficina. Una vez dentro, cerró la puerta tras de sí con un golpe suave y giró la llave de latón en la cerradura con dedos

temblorosos. El río estaba en calma, la niebla todavía suspendida, espesa, ante las ventanas.

La oficina estaba en penumbra; la lámpara de aceite parpadeaba, casi consumida, sobre el escritorio de su padre. Cuando fue a sentarse, algo pálido le llamó la atención justo bajo el marco de la puerta.

Un sobre.

Sin nombre. Sin sello. Solo papel corriente, doblado con precisión.

Lo contempló un instante antes de recogerlo. Pesaba más de lo que aparentaba.

Abrió el sobre y encontró billetes nuevos. Impecables. Contados. Pasó el pulgar por los bordes. El fajo estaba prieto, el papel fresco y crujiente. Más dinero del que había visto junto desde la marcha de su padre.

Se dejó caer en la silla, la misma que él solía ocupar cuando contabilizaba envíos y contaba barriles de ron con un lápiz entre los dientes. Dejó el sobre sobre el escritorio, justo al lado del libro mayor abierto. Los asientos de ayer seguían a la vista. Su letra menuda y apretada junto a la caligrafía cuidadosa y ondulante de él.

Se le hizo un nudo en la garganta. Así no era como él hacía negocios.

Así no era como *ella* hacía negocios.

Se apartó del escritorio de golpe y se levantó para recorrer la oficina de un lado a otro. Miró por la ventana. Solo niebla y el vago resplandor amarillento de las farolas de gas a lo lejos, cerca del muelle. El mundo parecía más lejano que nunca, como si el propio Londres la hubiera abandonado a aquella existencia a medias, hecha de concesiones y desesperación callada.

Lo hiciste por buenas razones.

Se volvió hacia el escritorio. El sobre seguía allí, como una acusación, avivando su remordimiento.

Esto mantiene el negocio a flote. Puedes asegurarte de que él tenga algo a lo que volver.

Volvió a sentarse y se presionó las sienes con las yemas de los dedos, donde empezaba a latirle un dolor de cabeza.

Solo había sido un envío.

Las palabras le resonaban en la cabeza como una mentira repetida demasiadas veces.

Alargó el brazo y abrió el cajón. Dentro estaba el papel rojo que Mei le había dado. El símbolo de protección, estampado con la marca de la Mano de Jade. Descansaba junto al reloj de bolsillo de su padre y una vieja brújula de latón que ya no funcionaba.

Cogió el símbolo e intentó imaginar qué diría él si lo viera.

¿Lo entendería? ¿O se le descompondría el rostro de decepción? ¿Reconocería la misma determinación que había levantado su negocio de la nada, o solo vería las aristas de sus concesiones?

Un golpe seco en la puerta de abajo rompió el silencio.

Dio un respingo y casi volcó el tintero. Miró el sobre. Luego el cajón con su contenido incriminatorio.

Lo cerró con dedos temblorosos, escondió el dinero bajo el libro mayor y bajó las escaleras a toda prisa.

Nell abrió la puerta de la oficina y se encontró con una mujer joven, de su misma edad aproximadamente, de pie en el umbral, calada hasta los huesos por la niebla matutina. A su lado había una niña pequeña, de no más de cinco años, con los dientes castañeándole mientras la bruma fría se arremolinaba a su alrededor. La capa raída de la mujer colgaba pesada de humedad, y el agua goteaba sin cesar sobre el umbral.

Alzó la vista con gesto de disculpa mientras se apartaba las gotas de agua de las pestañas.

—Lamento muchísimo molestarla a esta hora, señorita Warrington —dijo con voz temblorosa.

Agradecida por tener algo que la distrajera de sus pensamientos atribulados, Nell se hizo a un lado para dejarlas pasar.

—Por favor, no se disculpe. Pasen, hace un frío terrible ahí fuera —dijo con dulzura, y las hizo entrar antes de cerrar la puerta tras ellas.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Bueno, señorita... mi Charlie era marinero en el *Eleanor*, ¿sabe?

La expresión de Nell se suavizó con discreta compasión.

—Ya veo. Lamento muchísimo su pérdida. ¿Cómo se las han arreglado?

La mujer vaciló, retorciéndose las manos.

—Pues eso es lo que pasa, señorita. No nos las hemos arreglado, la verdad. Soy Lydia Harris, y esta es mi Molly.

Le dirigió a la niña una mirada breve y afectuosa.

—Charlie era el mayor, mi único hijo en edad de trabajar. Ahora solo quedamos mi marido y yo, y él está demasiado enfermo para trabajar. La tisis, señorita. Estamos... bueno, señorita, estamos perdidas.

Nell asintió solemnemente, con el corazón encogido. Las cajas que había enviado por el canal aquella mañana de repente parecían muy lejanas, otra vida, otro tipo de desesperación.

—Déjeme poner la tetera —dijo—. Las dos parecen medio congeladas.

Desapareció brevemente en la trastienda, donde ardía una pequeña estufa. La avivó, añadió carbón de la menguante reserva y puso la tetera a hervir. Mientras esperaba, encontró tazas limpias y añadió una generosa cucharada de azúcar a cada una, un lujo que normalmente no se permitiría, pero que ahora parecía esencial. Regresó con dos tazas humeantes de té, fragante con las últimas hojas de Ceilán que le quedaban.

—Subamos a la oficina —dijo—. Allí hace más calor.

Subieron las escaleras juntas, y Nell las condujo a la oficina, colocando las tazas con delicadeza frente a Lydia y su hija.

—Por favor, beban —dijo—. Está caliente.

Lydia contempló el té como si nunca hubiera esperado tanta amabilidad.

—Toma —dijo Nell, volviéndose hacia la niña—. He puesto un poco más de azúcar en el tuyo. Eso te animará.

Molly miró a su madre, que asintió levemente. La niña tomó la taza con ambas manos, sosteniéndola con gratitud mientras el calor se extendía por sus diminutos dedos.

—Como le decía, señorita Warrington, siento molestarla. Sally Glover dijo que estaba ayudando a algunas de las familias. Solo me preguntaba...

Lydia se interrumpió, claramente incómoda.

—Solo me preguntaba si había alguna noticia, alguna ayuda. Estaríamos muy agradecidas por algo para comprar comida... y carbón.

Nell pensó en el sobre, entregado hacía apenas una hora. Pago por servicios prestados.

—Por supuesto —dijo Nell con alegría, con la voz más cálida de lo que se sentía—. Acabo de avanzar en ese asunto. Deme un momento.

Abrió el cajón y sacó el sobre que se había convertido tanto en una carga como en un salvavidas. Pero en aquel momento, mirando el rostro pálido de Molly y la esperanza desesperada de Lydia, parecía una bendición. Extrajo varios billetes, los contó con dedos firmes y se los tendió a Lydia.

Los ojos de la mujer se abrieron con incredulidad. Luego sus hombros se desplomaron y estalló en lágrimas. Grandes sollozos de alivio que sacudieron su cuerpo.

—Oh, señorita Warrington, no tiene idea de lo que esto significa para nosotras —dijo, apretando los billetes contra su pecho como si temiera que pudieran desvanecerse—. ¡Molly, mira! ¡Mira lo que nos ha dado la señorita Warrington! Es más dinero del que hemos visto nunca. ¿Qué cenaremos, eh? ¿Quizá un poco de cordero? ¡Y carbón suficiente para calentar toda la casa!

Los ojos de la niña se iluminaron ante la pregunta, y su rostro delgado resplandeció de súbita alegría.

Ansiosa por marcharse y llenar sus estómagos, Lydia se levantó de su asiento, y Nell hizo lo mismo, adelantándose para tomar con delicadeza la mano de la mujer.

—Está bien —dijo Nell—. De verdad. Es lo menos que puedo hacer dadas las circunstancias.

Tras apurar el último sorbo de té, la niña corrió hacia delante y rodeó con los brazos las piernas de Nell en un abrazo feroz, con la carita apretada contra la tela de su falda.

—¡Molly! —la regañó su madre, aunque su tono era ligero—. No molestes a la señorita Warrington...

Nell se rio, por primera vez en lo que parecían meses.

—Está bien —dijo suavemente, posando la mano sobre la cabeza de la niña—. Me alegra poder ayudar. Aunque sea de alguna pequeña manera.

Cuando la familia Harris salió de la oficina, Nell cerró la puerta con delicadeza tras ellas.

Regresó al escritorio, donde el cajón seguía abierto, el papel con la marca de la Mano de Jade captando la tenue luz. Lo recogió de nuevo, pasando el pulgar sobre el símbolo en relieve.

Y durante un breve y frágil momento, los compromisos que había hecho parecieron valer la pena.

Cerró el cajón con tranquila resolución. Quizá así era como había empezado su padre: pequeños compromisos por bienes mayores. Quizá había una manera de atravesar este laberinto que no terminara en ruina.

Más tarde aquel día, estaba a mitad de revisar los cerrojos de las puertas del almacén cuando lo sintió: ese sutil cambio en el aire, como una corriente que cambia de dirección. Un hormigueo le recorrió la nuca.

—¿Siempre eres tan meticulosa, o solo te haces la difícil?

Nell se volvió, lentamente.

Jonny Collins estaba a unos pasos detrás de ella, con una bota apoyada en una caja baja, los brazos cruzados, luciendo la misma sonrisa con la que sin duda había nacido. Perezosa, torcida y demasiado satisfecha de sí misma para su gusto. Su cabello oscuro se rizaba rebeldemente sobre su frente, y aquellos ojos verdes brillaban con diversión.

—No te oí —dijo ella con frialdad.

—Ese es el objetivo.

Bajó y se acercó con paso despreocupado, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—Parecías ocupada. No quería asustarte.

—Nunca podrías —dijo ella con un aire de seguridad que no sentía.

Su sonrisa se ensanchó.

—Me hieres, Nell.

—Ojalá —replicó ella, poniendo los ojos en blanco.

Él miró alrededor del muelle como si lo estuviera evaluando.

—Tranquilo hoy. La niebla lo tiene todo envuelto como un secreto. Parece apropiado.

Ella volvió a la cerradura, deliberadamente lenta.

—Si viniste aquí a hablar del tiempo, estoy ocupada.

—Oh, vamos. No seas así —se apoyó contra la pared junto a ella—. ¿Acaso un hombre no puede hacer un cumplido? —preguntó, acercándose un paso—. ¿Tu pequeña operación de ayer? Preciosa. Impecable. Como un reloj suizo. Es como si llevaras toda la vida moviendo mercancía a escondidas.

Se le tensó la espalda y un escalofrío de temor se le instaló en el estómago.

—No sé qué crees que viste...

—Yo no dije que viera nada. Lo dijiste tú —le lanzó una mirada de reojo, con la comisura de los labios temblándole de risa contenida—. No se te da muy bien mentir, por cierto. Todavía no.

Nell apretó la mandíbula.

—¿A qué has venido realmente?

—Para ofrecerte algo —se apartó de la pared y se volvió hacia ella—. Protección. Consejo. Compañía, si eres de las que les gusta rumiar las cosas.

—Soy del tipo «déjame en paz» —lo fulminó con la mirada, pero él se limitó a reírse. El sonido era exasperante.

Arqueó una ceja, decidida a seguirle el juego.

—¿Así que ofreces protección?

—Un ojo vigilante —dijo, ladeando la cabeza—. Unas palabras discretas en los lugares adecuados. No te imaginas lo rápido que una caja mal colocada puede desaparecer. O cuántos hombres se mueren por averiguar qué mueves en esos cargamentos de té tuyos.

Ella guardó silencio, sin querer confirmarle sus sospechas.

Él se acercó más.

—Tienes talento, Nell. Cabeza. Agallas. Pero estás entrando en un mundo donde las buenas intenciones se trituran y se escupen antes de que puedas decir «libro de cuentas». Te ofrezco mantener a los lobos lejos de tu puerta, a cambio de una pequeña tajada.

Entonces lo miró de verdad. Había picardía en su sonrisa, sí, pero también algo más. No era un simple oportunista; era peligroso. Y lo peor de todo, él lo sabía.

—Hay gente vigilando, Nell. No solo yo. No solo los buenos. Estás más metida de lo que crees, y esta ciudad no es amable con los independientes que se pasan de listos.

—No soy lista —dijo, odiando lo defensiva que sonaba—. Solo estoy desesperada.

Algo cambió en su expresión, casi como admiración.

—La desesperación es peligrosa. Es cuando la gente se vuelve audaz. Y la gente audaz o se hace rica... o desaparece.

Entrecerró los ojos, negándose a dejarse intimidar.

—¿Eso debería asustarme?

—¿Funcionaría si lo fuera?

Se quedaron en silencio un momento, el espacio entre ellos cargado de tensión. Entonces la mirada de él descendió brevemente hasta su boca, apenas un segundo, antes de volver a clavarse en sus ojos. Sonrió de nuevo, más despacio esta vez.

—Podría ayudarte, ¿sabes? Hacerte las cosas... más fáciles.

—He sobrevivido bastante bien sola.

—Has ido tirando. Hay una diferencia —dio un paso adelante, cerca ahora, demasiado cerca—. Y no tiene nada de malo querer más.

—No quiero nada de lo que puedas ofrecerme.

Su sonrisa no vaciló.

—No dije que lo quisieras. Pero podrías. Con el tiempo —había una certeza en su voz que la irritaba e intrigaba a partes iguales.

Se le encendieron las mejillas, para su exasperación. Se volvió hacia el cajón.

Él hizo ademán de marcharse, pero se detuvo al borde de la niebla.

—Piénsalo —dijo, con voz más ligera—. Puede que no confíes en mí, pero al menos sabes a qué atenerte conmigo. No puedes decir lo mismo de todos los demás en este muelle.

Ella no respondió.

—Ah —añadió, volviéndose para guiñarle un ojo con demasiada confianza—, no pongas esa cara tan seria. Lo estás haciendo bien. Menudo debut.

Y entonces desapareció, engullido por la niebla como si jamás hubiera estado allí.

Nell permaneció inmóvil durante un largo rato, con el corazón aún latiéndole demasiado deprisa.

No estaba segura de qué la asustaba más. Que él supiera demasiado. O que quisiera volver a verlo.

CAPÍTULO 7



La casa de Islington estaba en silencio a esas horas de la madrugada, un silencio tan profundo que los pasos de Nell retumbaban por el pasillo. Llevaba tres noches sin volver a casa. Demasiado trabajo en el almacén. Demasiado que evitar aquí, en estas habitaciones que aún respiraban la ausencia de su padre.

El salón no había cambiado. El reloj de latón seguía marcando las horas sobre la repisa de la chimenea. Una fina capa de polvo cubría el alféizar donde la criada —que ahora solo venía dos veces por semana, otra economía más— no había llegado. La silla favorita de su padre seguía junto a la rejilla, aún con la leve huella de la última vez que se sentó, aunque de eso hacía ya casi un año.

Con un suspiro de cansancio, dejó caer el pequeño fajo de correspondencia sobre el escritorio, recogido de la mesa del vestíbulo donde se había acumulado en su ausencia. La mayor parte no servía para nada: facturas con sellos rojos de urgencia, un panfleto arrugado de una reunión política en el Instituto de Mecánicos, algo del banco a nombre de su padre, con su imponente escudo. Ese no quería abrirlo. Todavía no. Quizá nunca.

El último sobre la hizo detenerse.

Fino, gastado. De la India. Los sellos exóticos y coloridos destacaban sobre el papel cremoso, el matasellos borroso tras su largo viaje.

Se le encogió el pecho.

Rompió el sello con cuidado, desdoblado la carta despacio, como si pudiera desgarrarse. La caligrafía le provocó un nudo en la garganta. Fluida y pulcra, algo más cargada con los años, pero inconfundiblemente suya. Verla era como oír su voz después de tantos meses.

«Queridísima Nell:

Espero que te encuentres sana y salva. Cada vez que llega una carta tuya, empiezo a contar los días hasta la siguiente. Pareces cansada, cariño. No te consumas en mi ausencia. Recuerda lo que siempre te decía: los barcos navegarán, nos preocupemos o no. El mar guarda sus propios secretos».

Se detuvo, con los dedos temblándole ligeramente. Las pequeñas frases de su padre. Cuánto las había echado de menos. Se le hizo un nudo en la garganta mientras seguía leyendo.

«El calor aquí es implacable. Hasta los insectos parecen moverse más despacio, como si nadaran en melaza. Pero la oportunidad merece la incomodidad. Los propietarios están deseosos de nuevos contratos de transporte, y el apellido Warrington aún tiene peso, gracias a Dios.

Estás haciendo algo extraordinario. Mantener el negocio a flote, lidiar con esos muchachos rebeldes de los muelles. No sé cómo lo has conseguido. Pero estoy orgulloso. ¿Me oyes, Nell? Orgulloso. De cada decisión que has tomado.

Cuando vuelva, será con un nuevo contrato y el dinero para arreglarlo todo. Pero tú has hecho más de lo que jamás esperé. Más de lo que yo jamás habría podido.

Sé buena contigo misma. Descansa cuando puedas. Eres más fuerte de lo que crees.

Con todo mi cariño, Padre».

La leyó dos veces.

Y otra más.

Las últimas líneas se desdibujaron cuando los ojos empezaron a escocerle.

Dobló el papel con cuidado y lo dejó junto al sobre de Mei, todavía abultado con el dinero que no se atrevía a gastar, ni siquiera

después de ayudar a la viuda Harris. Seguía allí como si hubiera ganado peso durante su ausencia, una manifestación física de su claudicación.

El fuego crepitaba débilmente en la rejilla. Pensó en arrojar el sobre de Mei. Lanzarlo sin más a las llamas, dejarlo retorcerse, ennegrecerse, desvanecerse. Un solo gesto y podría fingir que nada de aquello había ocurrido.

Pero su mano no se movió.

Está orgulloso de ti.

Las palabras le revolvieron el estómago. Su padre, al otro lado del mundo, convencido de que ella había defendido su honor y preservado su nombre con trabajo honrado y buena gestión. Mientras tanto, ella pasaba cajas de veneno por Limehouse como una vulgar traficante de los muelles. Vigilada por hombres como Jonny Collins, cuyo interés resultaba tan amenazador como excitante.

Se levantó de golpe, apartándose del escritorio. La carta quedó donde estaba.

Se acercó a la ventana y descorrió la pesada cortina para contemplar la calle. Los primeros rayos del alba caían sobre los adoquines. El vecindario era respetable, de clase media acomodada: comerciantes y profesionales que habían trabajado duro para conseguir sus comodidades. Su padre se había sentido tan orgulloso cuando se mudaron allí desde las habitaciones estrechas que tenían cerca de los muelles.

—Todo aquello por lo que hemos trabajado —había dicho, extendiendo el brazo para abarcar la casa, modesta pero elegante—. Trabajo honesto, recompensas honestas.

Lo había hecho por el negocio. Por la tripulación. Por las viudas y sus hijos.

Por él.

Pero daba igual cuántas razones se diera: ninguna sonaba ya a verdad.

Un suave golpe en la puerta y la voz queda de la criada interrumpieron sus pensamientos.

—¿Tomará el desayuno en el comedor esta mañana, señorita Warrington?

—Gracias, Mary, sí. Enseguida voy —respondió Nell, sacudiéndose las preocupaciones que se le habían posado encima como el polvo.

La criada hizo una reverencia y desapareció por el pasillo para preparar la bandeja del desayuno. El aroma del pan recién horneado subía desde la cocina, un olor reconfortante que le recordaba tiempos más felices.

Nell bajó la vista hacia la carta que aún sostenía. La curva familiar de la caligrafía de su padre le devolvía la mirada. Rozó el papel con los dedos y habló en apenas un susurro.

—Lo siento, papá —dijo a la página, como si sus palabras pudieran alcanzarlo de algún modo al otro lado de los océanos—. No te decepcionaré. Te lo prometo.

Dobló la carta con cuidado y la metió bajo la pila de correspondencia sin abrir; después se dirigió al comedor. Acababa de acomodarse con su segunda taza de té y estaba untando mantequilla en la tostada cuando Mary volvió a aparecer, agitada.

—Disculpe, señorita... es el inspector. Está en la puerta —la voz de la criada se redujo a un susurro en las últimas palabras, como si el mero hecho de mencionar a la policía pudiera atraer problemas.

Nell ni siquiera había oído la campanilla. El estómago se le encogió en un nudo familiar, tenso e incómodo.

¿Qué demonios quiere ahora?

Se recompuso, se levantó y se alisó la falda; después se miró en el espejo sobre la chimenea. Se pasó los dedos por el pelo y se ajustó algunas horquillas. Por qué le importaba lo que el inspector pensara de su aspecto, no sabría decirlo.

El sonido de sus botas resonó por el vestíbulo, firme y acompasado, igual que el hombre.

—Buenos días, señorita Warrington —dijo, quitándose el sombrero—. Disculpe la intrusión a estas horas.

—Está bien, inspector —respondió ella, volviéndose hacia él con compostura—. Por favor, tome asiento.

Señaló la silla frente a ella y luego volvió a la suya.

—¿Puedo ofrecerle un poco de té? Mary acaba de traer una tetera recién hecha.

—Gracias, no —dijo él, con tono cortante, su habitual actitud profesional aparentemente recuperada tras su último encuentro, más personal.

A Nell se le encogió el estómago. Se preguntó si habría imaginado la tierna preocupación que creyó ver en él la última vez. La calidez en su voz cuando le preguntó por su bienestar. Quizás solo había sido una ilusión.

—Muy bien —dijo ella—. ¿En qué puedo ayudarle hoy, inspector Hart?

—Me temo que ha habido otro incendio en los muelles.

A Nell le dio un vuelco el corazón. La taza de té quedó suspendida a medio camino de sus labios.

—No... no puede ser —comenzó, mientras el pánico le subía por la garganta.

Hart levantó una mano rápidamente y su expresión se suavizó.

—No, no, disculpe, señorita Warrington. No es su almacén. Fue otra compañía naviera. Pero estaba cerca del suyo. Simmons & Sons, solo tres edificios más abajo. Y las circunstancias son... similares —frunció el ceño—. Estoy investigando la posibilidad de una conexión.

Ella exhaló y el alivio la inundó como una ola.

—Es muy desafortunado para ellos, quiero decir. Pero no puedo fingir que no estoy aliviada.

—Por supuesto —dijo él—. Es natural.

Hizo una pausa y entornó ligeramente los ojos mientras estudiaba su rostro.

—Tengo que preguntarle... ¿recuerda algo inusual sobre su incendio? ¿Algo fuera de lugar? Sé que sus trabajadores estaban limpiando cuando la visité. ¿Quizás han descubierto algo desde entonces?

A Nell se le secó la boca de repente.

—No que yo sepa, inspector —dijo, procurando mantener la voz firme—. Todo parecía... normal, dadas las circunstancias.

Hart metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un naipe con los bordes ligeramente chamuscados y la superficie manchada de

hollín.

Lo colocó boca arriba sobre la mesa, entre ellos.

La Jota de Picas los miraba fijamente, con su curioso perfil y unos ojos que parecían saberlo todo.

Nell se quedó inmóvil. Las manos, de pronto temblorosas, se le deslizaron bajo la mesa para ocultar la reacción.

—Esto —dijo él en voz baja, dando un golpecito a la carta con el dedo— lo dejaron en la escena. No pisoteado ni tirado, sino colocado deliberadamente sobre el escritorio del encargado del almacén. Intacto, mientras las llamas consumían todo a su alrededor.

La miró intensamente, escudriñando su expresión en busca de cualquier destello de reconocimiento.

—Parece que ya no estamos tratando simplemente con sabotaje. Alguien está dejando un mensaje.

Nell tragó saliva con dificultad.

—Qué extraño —dijo lentamente—. No... me temo que no vi nada parecido en nuestro incendio.

Hart no respondió de inmediato. Su mirada se detuvo en el rostro de ella, buscando, midiendo, sopesando la verdad de sus palabras en alguna balanza interna de justicia. Aquellos ojos parecían ver a través de los muros que ella había construido cuidadosamente a su alrededor.

Nell mantuvo la expresión perfectamente inmóvil.

Después de un momento, él asintió levemente. Y ahí estaba de nuevo, ese destello de algo más dulce en sus ojos.

—Muy bien, señorita Warrington. Confío en usted —dijo, guardando la carta en el bolsillo—. Es una de las pocas personas que ha colaborado en este desastre. La mayoría de los otros comerciantes ya ni siquiera me dirigen la palabra.

Nell sintió la mentira subirle por la garganta como si fuera bilis.

—Solo hago lo que puedo, inspector —dijo, odiándose a sí misma por la facilidad con que le salían las palabras, por lo natural que le resultaba aquel papel de engaño. Su padre se habría avergonzado.

Él se levantó de la silla y se colocó el sombrero bajo el brazo.

—Y... confío en que todo lo demás esté bien —añadió, con la voz más suave ahora, modulada solo para ella aunque eran los únicos en

la habitación—. Ha parecido... agobiada, últimamente.

Nell no podía soportar el peso de su preocupación, de la confianza que él depositaba en ella. No cuando acababa de mentirle a la cara.

—Bastante bien —dijo rápidamente—. Las cosas se están... resolviendo a mi satisfacción.

—Me complace oírlo.

Le dedicó un último asentimiento y una brevísima sonrisa.

—Bueno, no le robo más tiempo, señorita Warrington. Si recuerda algo más, lo que sea, haga el favor de avisar a la comisaría. Vendré de inmediato.

—Por supuesto.

Una vez que él se marchó, Nell se dejó caer pesadamente en la silla. El peso de aquella confianza se le asentó en el pecho como una piedra.

«¿Cómo he llegado a esto?», se preguntó, mirando fijamente el espacio vacío sobre la mesa donde había estado la carta.

Mentir a la policía. En mi propia casa. La casa por la que mi padre trabajó con manos honestas y dinero honrado.

El té se había enfriado en la taza; una fina película se había formado en la superficie.

«Estás demasiado metida», se dijo. *«Y tarde o temprano, estas mentiras te alcanzarán. Siempre lo hacen»*.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa, sopesando las opciones que ya no tenía.

—No hace falta pensar —murmuró—. Sabes lo que hay que hacer.

Se levantó con repentina determinación, cruzó el vestíbulo a paso rápido y descolgó la capa del gancho junto a la puerta.

—Mary —llamó por encima del hombro—, salgo a hacer un recado. Vuelvo enseguida.

—Sí, señorita —llegó la débil respuesta desde la cocina.

Y con eso, se envolvió bien el manto alrededor de los hombros y salió al aire frío de la mañana, decidida a hacer lo que debía.

El viento se había vuelto más cortante desde la mañana. Nell se ciñó más el manto mientras se abría paso por las calles sinuosas de

Limehouse. El bajo de sus faldas se mojaba en algún que otro charco, calándola hasta los tobillos. Apenas lo notaba.

Ya conocía de memoria el camino a la botica de Mei. A la izquierda en el cartel descolorido de la casa de comidas, por el callejón con el canalón medio roto, pasando la farola de gas que nunca permanecía encendida. El trayecto se había vuelto casi un ritual. Familiar. Pero hoy, cada paso le pesaba más que el anterior.

Cuando empujó la puerta de la botica, la campanilla tintineó suavemente. El aroma a anís estrellado y clavo la recibió, reconfortante y desconcertante a la vez.

Mei alzó la vista desde el mostrador, donde embotellaba tinturas en diminutos frascos de vidrio con dedos ágiles y precisos.

—Nell —dijo, inclinando la cabeza—. No te esperaba tan temprano.

—No me quedará mucho —respondió Nell, dejando que la puerta se cerrara tras ella—. Vengo a decirte que lo dejo.

Las manos de Mei se detuvieron.

—¿Que lo dejas?

—Con los envíos. Con todo.

Dio un paso adelante, con voz firme.

—Ha habido otro incendio. Un naípe dejado en la escena. El inspector Hart cree que alguien está enviando un mensaje. Vino a verme, Mei. Se sentó en mi comedor y me dijo que confía en mí.

Se le quebró un poco la voz, pero continuó.

—Y le mentí a la cara.

Mei la observó con la quietud de alguien que hacía tiempo había dejado de reaccionar ante anuncios dramáticos. Sus ojos oscuros no revelaban nada.

—Ya veo.

—No, no creo que lo veas —espetó Nell, sintiendo el calor subirle a la garganta—. Mi padre me escribió. Está orgulloso de mí. Cree que he mantenido limpio su nombre. Cree que he hecho todo bien. Todavía cree en mí. Y yo he arrastrado esa fe por el fango.

Las lágrimas le asomaron a los ojos, amenazando con derramarse por sus mejillas encendidas.

El silencio se cernió entre ellas, espeso y opresivo.

Mei se volvió y colocó el frasco taponado en una bandeja lacada, alineándolo con precisión junto a los demás.

—Los barcos de tu padre transportan toda clase de cosas, Nell —dijo con suavidad—. ¿Crees que cada contrato que firmó era tan limpio como su conciencia?

—No me importa lo que él pudiera haber ignorado —dijo Nell con fiereza—. No voy a seguir tomando decisiones que comprometan todo aquello por lo que hemos trabajado. No soy como tú. No puedo vivir con este engaño.

Mei por fin la miró, serena e imperturbable.

—Nunca te pedí que fueras como yo. Pero sí esperaba que entendieras lo que hay en juego.

—Lo entiendo —dijo Nell—. Precisamente por eso me detengo ahora.

Mei dejó escapar un suspiro apenas perceptible y se apartó.

—El siguiente envío ya está en camino —dijo con voz neutra.

Nell parpadeó.

—¿Qué?

—Partió hace tres días desde Cantón. Viene a bordo del *Lotus Pearl*. Llegará en menos de quince días.

—Pero... dijiste...

—Dije un envío al principio. Luego dije otro. Y ahora te digo que este ya está en marcha. ¿Crees que eres la única que ha comprometido algo aquí? ¿Que solo tú cargas con el peso de las consecuencias?

Nell apretó los puños a los costados.

—Deberías habérmelo dicho.

—Deberías haber tomado una decisión antes —respondió Mei con suavidad—. Los engranajes ya están en marcha. Si se detienen ahora, aplastarán a más gente que solo a ti. Hay estibadores esperando su paga. Familias que dependen de lo que creen que viene. Si desapareces ahora, otro pagará el precio.

Nell tomó aire con un temblor en la voz, más queda ahora.

—Nunca pretendí que esto llegara tan lejos.

La expresión de Mei se suavizó levemente.

—Nadie lo pretende nunca.

Un largo silencio se extendió entre ellas. Solo el suave borboteo de algo que se cocía en el fogón del fondo llenaba el espacio.

Finalmente, Nell dijo:

—Este es el último.

Mei asintió.

—Por supuesto que lo es.

Pero su tono dejaba claro que ya lo había oído antes.

Nell se volvió y salió al frío, con los pasos tan pesados como el corazón. Tan pesados como la decepción que sabía que vería en los ojos de su padre si alguna vez salía a la luz la verdad.

CAPÍTULO 8



El reloj acababa de dar las cuatro cuando sonaron unos golpes en la puerta.

Nell levantó la vista del escritorio, donde llevaba casi una hora con los ojos clavados en la misma línea del libro de cuentas. Las cifras habían dejado de tener sentido. O quizás simplemente ya no le importaba entenderlas.

Volvieron a llamar, y entonces recordó que era el día libre de Mary. La casa estaba extrañamente silenciosa sin los pasos quedos de la criada ni su suave tarareo.

Cerró los libros de cuentas de golpe y salió del estudio alisándose las faldas. Al abrir la puerta, se encontró con el inspector Hart en el umbral, sombrero en mano y el abrigo húmedo por la llovizna.

—Señorita Warrington —dijo, inclinando levemente la cabeza—. Disculpe que me presente sin avisar. Otra vez.

A Nell se le cayó el alma a los pies, pero sonrió con cortesía.

—Por supuesto, inspector. Pase, por favor.

Lo condujo hasta la sala, donde el fuego ardía con buen brío, y le indicó la silla frente a la suya. Él se sentó con una rigidez que dejaba claro que no pensaba quedarse mucho. Sin embargo, sus ojos recorrieron cada detalle de la habitación con ese escrutinio minucioso que le había granjeado su reputación.

—No le robaré mucho tiempo —dijo—. Solo unas preguntas de seguimiento. Ha habido novedades con los incendios.

Nell rezó para que el rubor que le subía por el cuello no la delatara.

—¿Novedades?

Hart asintió.

—Tenemos motivos para creer que estos incidentes podrían estar coordinados. Ha habido otro incendio en Poplar. Mismo patrón. Y nos llegan informes de... interferencias en el tráfico de mercancías. Retrasos. Sobornos. Intimidación.

Nell mantuvo el gesto impasible.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Probablemente nada —dijo con presteza, aunque no le quitó los ojos de encima—. Pero dado todo esto, la aduana ha decretado un control temporal. Con efecto inmediato. Toda la carga que entre en las próximas cuarenta y ocho horas será inspeccionada a fondo. Sin excepciones.

A Nell se le cortó la respiración, solo un instante. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta.

—Estamos avisando a todas las empresas para que estén preparadas —continuó Hart—. He preferido que se enterara por mí y no por un funcionario de aduanas malhumorado.

—Muy amable de su parte —dijo ella, esbozando una sonrisa forzada—. Avisaré a mi personal.

Hart se recostó en el asiento y la observó con atención.

—Siempre parece ir un paso por delante.

Nell parpadeó.

—No siempre.

Se hizo una pausa. La mirada de Hart se desvió hacia la chimenea y luego volvió a posarse en ella.

—¿Puedo preguntarle... cómo le va? Han sido unas semanas difíciles.

Nell vaciló. De pronto, la habitación pareció más cálida. Más íntima.

—Voy tirando —dijo al fin—. Siempre hay algo.

La expresión de Hart se suavizó.

—Eso es lo que me preocupa.

Aquellas palabras calaron más hondo de lo que él probablemente pretendía.

Nell se levantó de golpe y forzó una sonrisa.

—Lo acompaño a la puerta.

Él se puso de pie y se caló el sombrero.

—Como le dije, si hay algo más... cualquier cosa fuera de lo normal... no dude en avisarme.

—Descuide.

Se detuvo en el umbral. Fuera, la lluvia caía mansa, formando charcos entre los adoquines.

—Lo que le dije antes iba en serio, Nell. Confío en usted.

Y entonces se marchó, y la lluvia se lo tragó como si fuera un hombre que acabara de entregarle una mecha encendida sin saberlo.

Nell cerró la puerta despacio. Apoyó la frente contra la madera pulida, con los ojos cerrados.

Cuarenta y ocho horas.

El *Lotus Pearl* llegaría en menos de doce.

El reloj de pie del vestíbulo proseguía con su tictac implacable, desgranando los segundos hacia un desastre que no podía evitar ni del que podía huir. Sin tiempo para pensar, agarró la capa, salió y paró un coche de alquiler.

Cuando Nell llegó al barrio chino, el pánico que le oprimía el pecho se había vuelto insoportable. Los callejones serpenteantes, aún sumidos en la penumbra grisácea del atardecer, parecían más estrechos de lo habitual y se cerraban sobre ella desde todos lados. Los escaparates brillaban tenuemente entre la niebla, con letreros pintados en trazos dorados que no sabía descifrar.

Llegó a la botica y no se molestó en llamar. La campanilla sobre la puerta tintineó con estridencia cuando entró, sin aliento, el corazón aún desbocado por el trayecto y el miedo que la había acosado durante todo el camino.

Mei levantó la vista de una pila de diminutos paquetes envueltos en pergamino, con la misma serenidad de siempre en sus movimientos.

—Llegas pronto —dijo.

—Tenemos un problema. —Nell atravesó la tienda a zancadas, con la voz tensa—. Uno grave.

Mei no se inmutó.

—¿Té?

—No, yo... Dios, ¿es que nunca te alteras?

—Rara vez —respondió Mei, y se volvió para servir de una tetera que ya tenía preparada—. Siéntate. Estás empapada.

—Me da igual —espetó Nell—. El inspector ha venido a verme. Me ha advertido de que hay un control total de aduanas durante los próximos dos días. Registrarán a fondo cada envío que entre. El *Lotus Pearl* llega mañana por la mañana. ¿Entiendes lo que eso significa?

Mei dejó una taza humeante de té en el mostrador, entre las dos.

—Significa que debemos ser precisas.

—¿Precisas? —Nell casi soltó una carcajada—. Significa que nos pillarán. A ti, a mí, a todos. Elijah cree que yo... —Se interrumpió y se mordió el interior de la mejilla—. *Confía* en mí, Mei.

—Y eso te molesta —dijo Mei con suavidad.

—Debería.

La expresión de Mei permaneció impasible, pero se movió con eficiencia silenciosa, desatando un paquete de tela encerada del que extrajo un pequeño documento enrollado. Escribió un breve mensaje con trazos firmes y precisos, y luego lo selló con un sencillo cordón negro.

Desde el fondo de la tienda, dijo algo en cantonés. Unos segundos después, un chico de unos doce años apareció por la puerta cubierta con una cortina, descalzo y alerta. Mei le entregó el rollo y le susurró algo con tono autoritario.

El chico asintió una vez y salió disparado por la puerta principal sin decir palabra.

Nell lo vio desvanecerse en la niebla.

—¿Qué le dijiste?

—Que avise a nuestro hombre en el muelle —respondió Mei—. Las cajas llevarán marcas distintas. Las sacarán antes de que los

oficiales empiecen la inspección. Él sabe cómo tratar con los estibadores.

—¿Eso es todo? —preguntó Nell, parpadeando—. ¿Un mensaje y un niño?

Mei se volvió hacia ella con calma.

—En situaciones así, la rapidez importa más que la fuerza. Llegará en la mitad del tiempo que tardaría cualquier otro.

Nell se dejó caer en el taburete más cercano, con la cabeza entre las manos.

—Nos van a pillar.

—No —dijo Mei—. Vamos a salir de esta.

—Hablas con mucha seguridad.

Mei ladeó la cabeza.

—Porque ya he pasado por esto.

Un largo silencio se extendió entre ellas. El único sonido era el suave goteo de la lluvia en el exterior y el tictac del angosto reloj de pared de la botica.

—No quiero seguir con esto —susurró Nell.

Mei dejó la tetera a un lado, cruzó la habitación y se arrodilló junto a ella con gracia.

—Entonces no lo hagas —dijo—. Pero aún tendrás que lidiar con la tormenta que ya has desatado.

Nell no respondió. Tenía los dedos entrelazados con fuerza en el regazo, los nudillos blancos.

—Estás pensando en él —añadió Mei con suavidad.

—¿Qué?

—El inspector —dijo Mei—. Elijah Hart. Se nota que intentas no preocuparte por lo que piensa de ti.

—No me importa cómo me vea —dijo Nell rápidamente. Demasiado rápido.

Mei arqueó una ceja.

—¿Así que no importa que confíe en ti? ¿Que se siente en tu salón y te diga que eres diferente? ¿Que eres honrada? ¿Que eres *mejor*?

—Simplemente no quiero que se dé cuenta de que ha puesto su fe en la persona equivocada.

—Eso no es lo que pregunté.

Nell se levantó de golpe. El taburete chirrió contra el suelo de madera.

—Esto no tiene nada que ver con él.

Mei no se movió, impasible.

—Tiene todo que ver con él. O al menos con cómo quieres que te vea. Estás construyendo una versión de ti misma que él jamás reconocerá.

Nell le dio la espalda y se acercó a la ventana.

—¿Crees que estoy jugando?

—No —dijo Mei—. Creo que es peligroso.

Aquello le dolió más que cualquier acusación.

Tras un momento, Mei volvió a hablar, con más suavidad esta vez.

—No es una debilidad, ¿sabes? Querer que alguien vea lo mejor de ti. Pero se convierte en una si empiezas a engañarte a ti misma en el proceso.

Nell no respondió. No podía. Sentía el pecho demasiado oprimido para hablar.

Fuera, unos pasos chapoteaban en los charcos. La calle volvía a bullir de vida.

Desde la puerta principal, la campana tintineó suavemente. Otro cliente.

Mei se puso de pie, consciente de que la conversación no llevaba a ninguna parte.

—Del envío me encargo yo —dijo—. Ahora vete a casa. Sécate. Mañana vas a necesitar tener la cabeza despejada.

Nell vaciló un instante, luego asintió y se dirigió a la puerta.

Al salir a la calle, bajo la lluvia fina pero persistente, no sabía si era miedo, culpa o algo completamente distinto lo que sentía retorciéndose en la boca del estómago.

La mañana siguiente amaneció tan gris como el ánimo de Nell mientras se abría paso por los muelles hacia la oficina de la compañía naviera.

Por lo general, a esa hora temprana la vida despertaba lenta y soñolienta. El traqueteo rítmico de las cajas, el murmullo de voces,

el crujido de las amarras mientras los barcos se mecían suavemente contra el muelle. Pero hoy los muelles bullían con una energía inusual.

Había oficiales de aduanas uniformados apostados en casi todos los atracaderos, con su presencia inconfundible. Lanchas de la patrulla portuaria surcaban el Támesis como ojos vigilantes sobre el agua. El habitual trajín silencioso había sido reemplazado por el ladrido de las órdenes, el crujir de los papeles de inspección y las pesadas pisadas de los oficiales que exigían ver manifiestos y conocimientos de embarque.

Dentro de la oficina, Nell encendió la pequeña estufa y puso la tetera al fuego, con la esperanza de disfrutar de cinco minutos de paz con una taza de té para calmar los nervios y prepararse para lo que le aguardaba. Solo le quedaba confiar en que el mensaje de Mei hubiera llegado a su destinatario y en que todo estuviera dispuesto para descargar las cajas especiales sin contratiempos.

Acababa de verter el agua humeante en su taza de té cuando un estibador abrió la puerta.

—Si me permite, señorita, el *Lotus Pearl* está atracando ahora. Pensé que querría saberlo, con todos estos oficiales por aquí.

Nell alzó la vista, disimulando la agitación que le oprimió el pecho.

—Gracias —dijo con calma—. Saldré en breve.

Una vez que la puerta se cerró, respiró hondo y compuso su expresión en algo parecido a la calma, a pesar del pánico que le revolvía las entrañas.

Al salir, vio el *Lotus Pearl* aproximarse al muelle, con la pasarela ya bajada y asegurada. Cuando se acercó, un oficial de aduanas se volvió hacia ella.

—¿Usted debe ser la señorita Warrington?

—Así es —respondió ella—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—No es necesario, señorita. Ya he recibido el manifiesto de su capataz. Vamos a revisar cada caja que baje del barco. Pero si pudiera quedarse cerca por si surge alguna pregunta, sería de ayuda.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa cortés que no le llegó a los ojos—. Haré todo lo posible para que el envío proceda sin contratiempos.

Retrocedió un paso, con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho y las manos ocultas bajo la capa para que no le temblaran. Las cajas bajaban rodando por la pasarela una tras otra, y entonces las vio. Las marcadas con el símbolo discreto que conocía demasiado bien. Las que importaban.

El corazón le latía con fuerza mientras observaba a uno de los oficiales levantar una caja e inspeccionar la etiqueta. El hombre se detuvo, entornó los ojos y volvió a revisar el manifiesto. Dos veces.

—¿Hay algún problema, oficial? —preguntó con voz serena.

—Es solo que... no reconozco esta marca de aquí —dijo, dando unos golpecitos en la esquina de la caja.

Nell se adelantó para ver mejor cuando un estruendo atronador retumbó detrás de una pila de mercancías.

El muelle estalló en caos.

Los hombres se lanzaron a cubierto mientras una pila de cajas estallaba en astillas. Barriles de otro barco salieron rodando y su contenido se esparció por el suelo. Una densa humareda se elevó en el aire y los gritos brotaron de todas direcciones.

—Vaya, ¿qué está pasando allí? —ladró el oficial, esforzándose por oír entre tanto estruendo.

—¡Parece que un carro se ha volcado! —gritó otro hombre—. ¡Podría haber explosivos, quizá pólvora de voladura en uno de los envíos!

El oficial maldijo entre dientes.

—¿Qué más puede pasar?

Se volvió hacia Nell con una mueca de disculpa.

—Lo siento muchísimo, señorita Warrington, pero tengo que ayudar a resolver esto.

Apenas podía creer su suerte. Una oleada de puro y vertiginoso alivio la recorrió.

—Por supuesto, oficial —dijo rápidamente—. Lo necesitan. Por favor, vaya. Yo terminaré aquí. Tengo el manifiesto.

Él vaciló solo un momento antes de entregárselo.

—Gracias, señorita Warrington —dijo, y salió corriendo hacia la conmoción.

Mientras desaparecía entre la multitud, los ojos de Nell recorrieron el caos. Y entonces lo vio.

Al otro lado del patio, apoyado contra una pila de cajas como si nada inusual hubiera ocurrido, había una figura demasiado relajada para la situación. Lanzaba una moneda al aire y sonreía con inconfundible suficiencia.

Jonny Collins.

Ella entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada. Él soltó una risa baja y le guiñó un ojo.

¿Fuiste tú?, articuló en silencio.

Él arqueó una ceja e hizo un pequeño saludo antes de fundirse de nuevo en las sombras detrás de las cajas.

Abandonada la inspección, Nell se apresuró a firmar las cajas restantes y las vio rodar hacia el almacén. Cada una que desaparecía en su interior ayudaba a calmar su corazón, que aún le latía con fuerza en el pecho.

Después de una taza de té reconfortante en la oficina —nadie sabría que le había añadido un chorrito de brandy—, se dirigió al almacén, ansiosa por preparar las cajas y enviarlas a su próximo destino.

Mientras inspeccionaba las cajas, oyó un silbido proveniente del callejón de atrás. Sospechando que sería un trabajador escaqueándose, y sin ganas de que se llamara la atención sobre el almacén, salió con paso firme a confrontarlo.

Y allí estaba él, la viva imagen de la tranquilidad. Abrigo desabrochado, mangas remangadas, una bota apoyada contra la pared como si no acabara de orquestar una pequeña explosión en el muelle.

—Tienes un descaro tremendo —dijo ella, saliendo a su encuentro.

Jonny alzó la vista, la moneda aún bailando entre sus nudillos.

—Hola a ti también, cariño.

—No me llames así.

—Anotado —dijo, deslizando la moneda en el bolsillo—. Aunque parecías bastante encariñada conmigo cuando esos oficiales salieron huyendo.

Nell cruzó los brazos.

—Encariñada no es la palabra que yo usaría.

—¿Ah, no? —Se apartó de la pared y dio unos pasos perezosos hacia ella—. Entonces, ¿cómo lo llamarías? ¿Gratitud eterna? ¿Admiración a regañadientes? ¿Anhelo secreto?

—Eres insufrible.

—Y sin embargo aquí estás.

Ahora estaba cerca de ella. El olor a tabaco se aferraba a él, mezclado con sal y humo. Su sonrisa burlona era exasperante. Su proximidad, más aún. Podía ver la barba incipiente en su mandíbula y una pequeña cicatriz cerca de la sien derecha que nunca había notado antes.

—Podrías haber herido a alguien —espetó, alzando la barbilla—. No lo pensaste bien.

—Lo pensé muy bien —dijo—. Dos barriles medio llenos de arena, un puñado de pólvora para hacer ruido. Destello, estruendo, drama... sin daños. De nada.

Ella entrecerró los ojos.

—Corriste un riesgo innecesario.

—Y salvé tu bonito cuello al hacerlo.

La sonrisa se desvaneció ligeramente de sus labios, reemplazada por algo más sereno.

—Te iban a pillar, Nell. Estabas a segundos de perderlo todo.

—No te pedí que me salvaras.

—No. Pero lo necesitabas.

Hubo un momento de silencio. La mirada de él sostuvo la de ella. Ya no estaba bromeando. La travesura habitual en sus ojos había dado paso a algo más sincero, más desarmante.

—Tú y yo —dijo en voz baja—. Hacemos un buen equipo.

—No formo parte de tu equipo —dijo ella rápidamente.

—Curioso. Dices eso, pero me dejas limpiar tu desastre. Otra vez.

—No lo llamaría un desastre. Lo llamaría una operación muy bien organizada en la que irrumpiste con tu caja de trucos y tu afición al

teatro.

Jonny echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Dios, cómo me encanta esa boca tuya.

—Te juro por Dios que como tú—

Él levantó las manos en señal de rendición, aunque la sonrisa no se le había borrado.

Apartó la mirada un momento y su expresión se volvió pensativa, más callada. Esa expresión que pone la gente cuando recuerda algo que preferiría olvidar.

—Mi hermano solía decir que no podía pasar dos días sin meterme en líos —dijo, casi para sí.

Nell parpadeó.

—¿Tienes un hermano?

—Tenía —su mandíbula se tensó ligeramente—. Él era el hijo modelo. Siempre hacía las cosas bien. Mantenía limpio el nombre de la familia. Yo solo me aseguraba de que comiéramos.

Había algo en su forma de decirlo, sin ponerse a la defensiva, sin presumir. Como quien constata un hecho. Como si no esperara compasión. Como si hiciera mucho que había dejado de esperarla.

A Nell se le cortó la respiración.

—No hablas de él —dijo, curiosa a su pesar.

Jonny se encogió de hombros.

—Nadie pregunta.

El silencio se alargó entre ellos mientras Nell sentía algo en el pecho. Algo vacilante y traicionero. Una calidez que no esperaba ni deseaba.

Él se volvió hacia ella con el rostro recompuesto, la sonrisa de vuelta.

—No tienes por qué caerme bien, Nell —dijo—. Solo tienes que admitir que nos somos útiles el uno al otro.

—¿Y qué? ¿Seguir juntos con esto hasta que acabemos colgando de la horca?

Él se encogió de hombros.

—Hay peores formas de morir.

Ella negó con la cabeza, pero se le escapó una risa antes de poder evitarlo, totalmente a su pesar. La sonrisa de Jonny se

ensanchó, esta vez sin burla.

—Ahí está esa sonrisa —dijo—. Casi me hace creer que no eres del todo inmune a mí.

—Lo soy.

—Ya, claro.

Entonces se dio la vuelta, como si no hubiera más que decir, y echó a andar hacia la calle.

Justo antes de desaparecer, miró por encima del hombro.

—Me necesitas, Nell. Y andaré por aquí. Tarde o temprano, dejarás de fingir que no quieres tenerme cerca.

Y con eso, se fue.

Nell se quedó clavada en el sitio, las mejillas ardiendo de rabia... ¿o sería deseo?

Apoyó la espalda contra la pared del almacén, mirando el cielo gris, que aún recuperaba el aliento tras la tormenta.

No estaba segura de qué la asustaba más:

que él tuviera razón,

o que una parte de ella no quisiera que estuviera equivocado.

CAPÍTULO 9



Los muelles de noche eran otro mundo, más silencioso, más apacible, bañados en el resplandor de las lámparas de gas que titilaban a lo largo del embarcadero. El Támesis lamía los pilotes, y los gritos habituales de los estibadores se habían extinguido hacía rato en el aire nocturno.

Nell no sabía bien por qué había salido a caminar en lugar de volver a casa. Quizá buscaba el aire fresco, o el silencio. El dobladillo de su capa se arrastraba ligeramente sobre las tablas húmedas mientras deambulaba, sin rumbo aparente pero atraída inexorablemente hacia delante.

Encontró a Jonny apoyado contra una pila de cajones junto al agua, con los brazos cruzados y el cuello del abrigo subido para protegerse de la brisa. Parecía que la hubiera estado esperando, aunque ella no había dicho que vendría.

—¿Cómo sabes siempre dónde estaré? —preguntó ella.

—No lo sé —dijo él, apartándose del cajón con una sonrisa—. Solo doy por hecho que tarde o temprano vendrás a buscarme.

Ella puso los ojos en blanco, pero asomaba un atisbo de sonrisa.

—Eres imposible.

—Y sin embargo —dijo él, acercándose un paso—, sigues hablando conmigo.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una petaca.

—¿Un trago?

Nell vaciló solo un instante antes de cogerla. Bebió: brandy. Fuerte. Suave. Le calentó las entrañas, ahuyentando el frío de la noche.

—Pensé que necesitabas soltarte el pelo —dijo Jonny—. Toda la semana has parecido una mujer al borde de la implosión.

—Qué encantador —murmuró ella, devolviéndole la petaca. Sus dedos se rozaron, un contacto fugaz que le aceleró la respiración.

Caminaron juntos por el borde del muelle, las tablas crujiendo suavemente bajo sus pies. Durante un rato no dijeron nada, a gusto en aquel raro momento de paz. Entonces Jonny empezó a contarle una historia. Algo sobre un robo fallido con un cajón de coñac falso, una cabra beligerante y un sastre que tuvo que huir de la ciudad vestido de monja.

Nell se rio tan fuerte que casi se partía en dos.

—Para —jadeó—. No puedo respirar.

—Es todo verdad —dijo él, fingiendo sentirse ofendido—. Excepto quizá lo de la cabra. Pero el sastre de verdad *fue* monja durante tres días. Se adaptó sorprendentemente bien.

Ella se secó los ojos.

—Odio que me hagas reír.

—Sí —dijo él en voz baja—, pero lo necesitabas.

Entonces ella lo miró de verdad. Su sonrisa se había atenuado. Sus ojos eran oscuros a la luz del gas, indescifrables. La noche vibraba a su alrededor, quieta y expectante.

Jonny se acercó un paso. Levantó la mano y le colocó un mechón suelto detrás de la oreja. Su mano se demoró allí, cálida contra su piel. Ella no se apartó.

—Nell —dijo él en voz baja—, sé que soy un problema. Pero tú...

Ella no lo dejó terminar.

Se acercó y lo besó.

Fue instintivo, imprudente, todo lo que no debía hacer. Las manos de él encontraron su cintura mientras las de ella se deslizaban entre su cabello; el beso se fue haciendo más profundo, con un hambre que la sorprendió incluso a ella. Él sabía a brandy, a algo salvaje, prohibido y liberador.

Cuando por fin se apartó, sin aliento, él apoyó la frente contra la suya.

—Bueno —dijo él con voz ronca—, eso no ha sido muy profesional.

—Tú tampoco —respondió ella.

Él rio en voz baja.

—Podríamos irnos ahora mismo. Subirnos a una barcaza rumbo a ninguna parte.

Ella sonrió, pero había miedo tras esa sonrisa.

—Odiarías no estar en ningún sitio.

—No si estás tú.

El momento se prolongó, cargado de posibilidad, de tentación. A lo lejos sonó la campana de un barco, como si marcara la trascendencia de la decisión que tenía ante sí.

Entonces Nell dio un paso atrás, con suavidad pero con firmeza.

—No puedo.

—Todavía no —dijo él.

Ella no respondió.

Él no insistió.

En lugar de eso, le tomó la mano un instante, sus dedos ásperos rozándole la palma, y luego se dio la vuelta y desapareció entre las sombras, dejándola sola en el muelle con el corazón desbocado, como si acabara de saltar desde muy alto y hubiera sobrevivido a la caída.

Al día siguiente, Nell se levantó temprano, aunque no había dormido. Se había pasado la noche dando vueltas bajo las mantas, con la piel aún hormigueándole por el calor del beso de Jonny, la mente repitiendo una y otra vez cada palabra, cada mirada, cada momento imprudente.

La lluvia había cesado durante la noche, dejando el cielo pálido y despejado, el río cristalino y engañosamente calmo. Preparó té en la cocina de la oficina naviera y lo llevó a la ventana que daba a los amarraderos del este.

Todo parecía tan... normal. Como si la noche anterior no hubiera ocurrido.

Pero algo había cambiado. Dentro de ella.

Se había dejado ver tal como era. No como la hija responsable, no como la mujer de negocios competente. Solo como Nell. No sabía si se sentía libre o enferma.

Jonny la hacía sentirse viva. Como si pudiera mandar las normas al diablo y escribir las suyas propias. Pero Elijah.

Cerró los ojos.

Elijah la hacía querer *ser* buena. Mejor. Como la chica en la que su padre creía. Esa chica de cuya existencia ya no estaba segura. Sus dedos recorrieron el cristal frío de la ventana, como si buscara aferrarse a algo sólido y real en medio de sus pensamientos arremolinados.

Su mirada bajó hacia la planta del almacén, donde los hombres ya empezaban a descargar la siguiente remesa de mercancías. Todo parecía en orden. Todo marchaba según lo previsto.

Entonces, ¿por qué sentía que estaba a punto de perder el control? Podría quedarse junto a esa ventana dándole vueltas todo el día y aun así no encontrar las respuestas. La certeza de la que un día se había enorgullecido parecía haberse esfumado de la noche a la mañana.

No lo oyó llegar.

Cuando se apartó de la ventana, Elijah Hart estaba en el umbral de la oficina, con el sombrero en las manos y una expresión indescifrable.

—Inspector —dijo sobresaltada—. No esperaba visitas tan temprano.

—Pensé en dar un paseo junto al río —dijo con tono tranquilo—. Me pareció un buen lugar para empezar la mañana.

Hizo un gesto vago.

—¿Le apetece un té?

Entró, pero no se sentó.

—No, gracias. No me llevará mucho tiempo.

Nell se irguió, tensa.

—¿Ocurre algo?

—He oído que ha estado haciendo pagos a las familias de la tripulación del *Eleanor* —dijo con voz neutra—. Sumas bastante generosas, según tengo entendido.

Nell vaciló.

—Necesitaban ayuda. Sus maridos eran trabajadores leales. Me pareció lo correcto.

—No digo que esté mal —respondió—. Pero tengo entendido que la reclamación del seguro aún no se ha resuelto.

—Yo... encontré algunos fondos —dijo, recurriendo a la mentira que había ensayado—. Una vieja cuenta de inversión de mi padre. La recordé cuando estaba revisando los libros de contabilidad.

Odiaba lo fácil que le resultaba aparentar calma. Cómo las mentiras le brotaban ahora con tanta soltura.

Elijah frunció ligeramente el ceño. No dijo nada.

Finalmente, dijo:

—Qué conveniente.

—Supongo que sí.

Se hizo un largo silencio. El tictac del reloj en la pared pareció volverse extrañamente fuerte.

—Nell —dijo al fin, con voz más baja—, no tienes que mentirme.

Apretó los dedos en torno a la taza de té.

—No lo hago.

Asintió lentamente, como si fingir que le creía le costara más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—De acuerdo.

Se volvió como para marcharse, pero se detuvo en el umbral.

—Una cosa más.

Alzó la vista bruscamente.

—Se habla en los muelles —dijo—. Tu nombre... vinculado a ciertas personas.

A Nell se le heló la sangre.

—Indeseables —añadió—. Hombres que no dudarían en arrastrarte con ellos.

Se irguió.

—Mi vida personal no es asunto suyo, inspector.

Entonces se volvió hacia ella y le sostuvo la mirada. Y cuando habló de nuevo, ya no lo hizo con voz de policía.

—En realidad, sí lo es. Cuando te pone en peligro.

Eso le llegó más hondo de lo que esperaba. No tenía respuesta. Su preocupación, genuina y sin reservas, hacía que su propio engaño le resultara aún más vergonzoso.

—Creía que sabía quién eras —dijo en voz baja—. Pero últimamente... ya no estoy tan seguro.

Nell respondió con frialdad:

—Entonces quizá nunca lo supiste.

La expresión de su rostro era indescifrable: en parte dolor, en parte incredulidad, en parte algo más que ella no quería nombrar.

Le dedicó un último gesto de despedida y se marchó. Sus pasos resonaron en las escaleras de madera, cada uno un doloroso recordatorio de la distancia que crecía entre ellos.

Permaneció muy quieta durante un largo momento. El té se había enfriado en su mano.

No había dicho el nombre de Jonny. Pero no había hecho falta.

¿Y lo peor?

Tenía razón en preocuparse.

Nell permaneció inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si pudiera mantenerse entera a fuerza de voluntad. La luz de la mañana que se filtraba por las ventanas parecía demasiado cruda ahora, iluminando verdades que prefería mantener en la sombra.

Las palabras de Elijah resonaban en el silencio:

«Creía que sabía quién eras». «Te pone en peligro». «No tienes que mentirme».

Apretó la mandíbula mientras la vergüenza le subía por el cuello. No había querido mentir. No a él. No cuando la había mirado así, con ojos que aún buscaban a la mujer que creía que era.

No cuando confiaba en ella.

Se volvió lentamente hacia la ventana, con el té intacto enfriándose a su lado. Los muelles bullían abajo: hombres que movían mercancías, gritaban órdenes, reían bajo el sol de la mañana. La vida seguía, indiferente a su tormenta privada. Los barcos continuaban llegando y partiendo, las mareas subían y bajaban, todo con una certeza que ella ya no poseía.

Apoyó los dedos en el cristal y observó un barco de carga que cortaba la superficie del río como una cuchilla. Le recordó a Johnny:

rápido, peligroso, abriéndose paso con arrogancia y una sonrisa. Sin pedir perdón por el caos que dejaba a su paso.

Él la hacía sentir viva. Libre. Como si el peso que había llevado sola durante tanto tiempo no tuviera que ser suyo para siempre. En su presencia, vislumbraba una versión de sí misma sin ataduras, salvaje, sin tener que responder ante nadie.

Pero Elijah...

Él la hacía querer ser digna de esa confianza. Ser la mujer en la que su padre creía. Aquella que escribía cartas con promesas que ahora estaba rompiendo, línea por línea. Con Elijah, recordaba a la chica que había sido una vez: con principios, segura de sí misma, con una brújula moral inquebrantable.

Johnny la hacía olvidar las reglas.

Elijah le hacía recordar por qué importaban.

Se apartó de la ventana y se sentó ante el escritorio, con los hombros hundidos bajo la carga invisible que llevaba. Posó la mirada en la pila de cartas sin abrir de los acreedores, en los contratos que no se había atrevido a firmar, y en el sobre grueso aún guardado en el cajón: el dinero de Mei. Limpio en su presentación. Sucio en todos los demás sentidos.

Durante un largo momento, se limitó a contemplar el caos de su mundo tan meticulosamente ordenado. Las vidas dobles. Las máscaras. El fuego que había prendido y que ahora no sabía cómo sofocar. Qué rápido se había desmoronado todo, como un hilo suelto que, al tirar de él, dejaba al descubierto la fragilidad de cuanto había construido.

Tomó la carta de su padre y recorrió con la yema del dedo aquella caligrafía tan familiar, como si el contacto pudiera conjurar su sabiduría justo cuando más la necesitaba.

«Eres más fuerte de lo que crees».

Cerró los ojos, con el peso de todo aquello oprimiéndole el pecho. El olor persistente del tabaco de Johnny aún se le pegaba a la piel, mientras la decepción de Elijah pendía en el aire como una losa.

—No me siento fuerte —susurró.

No sabía si le hablaba a su padre, a Elijah, a Johnny o a sí misma. Las palabras se disolvieron en el silencio, sin respuesta.

Fuera, la campana del almacén sonó para convocar la siguiente tanda de trabajo. Otro cargamento. Otro día fingiendo que lo tenía todo bajo control. El sonido la arrancó de golpe al presente, a responsabilidades que no iban a esperar a que su corazón encontrase el norte.

Nell se levantó y cuadró los hombros. Se alisó la falda con manos temblorosas que no tardaron en serenarse. Guardó la carta de su padre y cerró el cajón con el dinero de Mei dentro. La máscara de competencia volvió a encajar en su sitio.

No estaba lista para elegir.

Ni entre hombres. Ni entre el bien y el mal. Todavía no.

Pero sabía que el momento se acercaba. Y de prisa.

Cada marea lo acercaba más, cada decisión estrechaba su camino. La encrucijada se alzaba ante ella, inevitable y apremiante. Pronto tendría que elegir un camino u otro, y ya no habría vuelta atrás.

Y cuando llegara ese momento, alguien iba a salir herido.

CAPÍTULO 10



Llamaron a la puerta de la oficina con suavidad, casi con timidez.

Nell levantó la vista del libro de contabilidad que en realidad no estaba leyendo, con el ceño fruncido. Las visitas no eran habituales a esa hora, a menos que algo hubiera salido mal en los muelles. Los registros de envío se habían desdibujado ante sus ojos, los números se confundían mientras su mente divagaba.

—Adelante —dijo, dejando la pluma a un lado.

La puerta se abrió con titubeo, y Mary, la criada, entró. Parecía fuera de lugar entre los libros de contabilidad desordenados y las cajas maltrechas: la cofia práctica húmeda por la niebla del río, las manos enguantadas retorciéndose nerviosas. Se quedó a medias en la sombra, como si le costara entregar lo que la había traído hasta allí.

A Nell se le encogió el estómago.

—¿Mary? ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo en la casa?

Mary negó rápidamente con la cabeza. —No, señorita. Nada de eso. Es solo que... esto ha llegado. Del extranjero. —Se adelantó y le tendió un pequeño sobre de color crema. Las esquinas estaban maltratadas por el largo viaje. El sello de cera negra, manchado, pero inconfundible.

Nell lo tomó sin decir palabra. Le temblaron ligeramente los dedos.

Mary vaciló, como si no quisiera dejarla sola, pero Nell logró esbozar una leve sonrisa. —Gracias. Anda, ve a calentarte. Enseguida voy.

Con una mirada preocupada, Mary hizo una pequeña reverencia y salió de espaldas.

Nell se quedó mirando la carta un buen rato antes de deslizar el pulgar bajo el sello. Reparó en la fecha estampada: casi dos meses atrás. Las noticias viajaban despacio desde Oriente.

El papel del interior era fino y quebradizo tras el viaje. Lo desdobló con cuidado.

La carta era breve. Oficial. Directa.

Lamentamos informarle del fallecimiento del Sr. Henry Warrington, quien sucumbió a la fiebre el 17 de junio, mientras se encontraba destinado en Calcuta. Sus efectos personales serán remitidos una vez recibamos instrucciones. Nuestras condolencias por su pérdida.

Sin florituras. Sin sentimiento. Sin últimas palabras.

Nell la leyó dos veces, tres veces; las palabras se negaban a encajar en su mente. La caligrafía pulcra de algún empleado que nunca había conocido a su padre, que nunca había oído su risa, que nunca había visto cómo se le arrugaban los ojos al sonreír.

Muerto.

El hombre que lo había construido todo, que había trabajado en los muelles con sus propias manos, que había ahorrado para comprarle los libros del colegio y se había sentado orgulloso junto a la tumba de su madre. Desaparecido. Sin previo aviso. Sin siquiera la oportunidad de escribir una última carta a casa. Sin saber en qué se había convertido ella durante su ausencia.

La habitación pareció inclinarse. Se dejó caer en la silla tras el escritorio, estrujando la carta en la mano.

Su padre había muerto.

No habría regreso triunfal, ni nuevos contratos, ni deudas milagrosamente saldadas. Solo esto: un puñado de facturas

impagadas, una montaña de expectativas y la repentina y aplastante certeza de que estaba sola.

Verdadera e irrevocablemente sola.

Un golpe seco en las puertas del almacén la sobresaltó. Estibadores gritando. Cajas que cargaban. El mundo seguía adelante, indiferente al vacío que crecía en su pecho. Desde la ventana, veía a los hombres reír, discutir, seguir con su jornada como si nada hubiera cambiado.

Cerró los ojos un instante para recomponerse.

Nada de lágrimas. No aquí. No ahora.

Cuando volvió a abrirlos, su mirada se había endurecido.

El negocio era suyo ahora. Cada deuda. Cada responsabilidad. Cada riesgo.

Y si tenía que pactar con el diablo para mantenerlo en pie, que así fuera. Ni Johnny ni Elijah ni nadie más le dictarían el rumbo. El legado de su padre, por complicado que fuese, estaba ahora únicamente en sus manos.

Nell dobló la carta con cuidado, alisó los pliegues con manos firmes y la guardó en el bolsillo interior del abrigo, junto al corazón, donde nadie pudiera ver la debilidad que encerraba.

Ya habría tiempo para el duelo.

Por ahora, solo cabía sobrevivir.

Tomó la pluma de nuevo, la mojó en tinta y volvió al libro de contabilidad. Las cifras ya no nadaban ante sus ojos. Cada número era nítido, claro, reclamando su atención. Su padre le había enseñado que las cuentas nunca mentían. Contaban la historia de lo que era, no de lo que uno deseaba que fuese.

Y la historia que contaban ahora era la de un equilibrio precario, la de un negocio que se tambaleaba al borde del abismo.

Nell regresó a la casa de Islington esa noche, mucho después de que el sol se hubiera ocultado tras los tejados, dejando la calle sumida en un silencio quedo.

El pasillo la recibió en penumbra, apenas iluminado por el tenue resplandor de la lámpara de gas junto a las escaleras, cuya llama oscilaba con la corriente. Se cruzó con Mary en el corredor; el rostro de la criada reflejaba preocupación.

—Le he dejado caldo de cordero caliente, señorita Eleanor. No ha comido desde...

—Gracias, Mary. Quizá más tarde —dijo Nell mientras se dirigía al estudio de su padre, con pasos medidos pese a la pesadez que sentía en el pecho.

La habitación permanecía como un memorial a su antiguo ocupante, intacta. Olía levemente a tabaco de pipa y papel viejo. No había entrado en semanas, no de verdad. Solo había asomado la cabeza, quedándose a veces en el umbral como si esperara permiso para entrar en un espacio que ahora, por derecho, le pertenecía. Había dejado la mayoría de las finanzas del hogar sin tocar, convencida de que habría tiempo para ordenarlo todo cuando él regresara.

Ahora no habría regreso. El telegrama con su mensaje escueto —«Lamentamos informar... complicaciones de fiebre... sinceras condolencias...»— se había encargado de eso.

Cerró la puerta tras de sí y encendió la lámpara de aceite del escritorio. Se sentó en la silla de su padre y pasó la mano por el secante verde, desgastado en las esquinas. La llave de latón del cajón colgaba del llavero que llevaba a la cintura; él se la había confiado antes de partir, «por si acaso».

La cerradura cedió con un clic. Dentro: libros de contabilidad encuadernados en tela, recibos ordenados meticulosamente por fecha, carpetas finas atadas con un cordel seco por los años. Y allí, debajo de todo, el testamento que ella había ayudado a redactar antes del viaje a la India, apenas consultado desde entonces.

«Volveré antes de que tengas que preocuparte por nada de esto, Nell», había dicho con aplomo, con el mismo tono que había usado años atrás al asegurarle que su madre se recuperaría. Debería haber aprendido a no creerle.

Empezó por los libros de contabilidad, recorriendo con los dedos las pulcras columnas de la caligrafía de su padre. La verdad se desplegó con velocidad despiadada y horrible claridad.

Su padre, el gran comerciante aventurero, paradigma de la sabiduría mercantil, había mantenido el negocio a flote con un entramado de líneas de crédito y préstamos a corto plazo. Una

inversión catastrófica en una naviera de cabotaje que literalmente se había ido a pique con tres embarcaciones en una tormenta de noviembre. Dos deudas cuantiosas con prestamistas prominentes: Hawkins e Hijos, por valor de dos mil libras, y el banco privado de Lord Carrington, por casi el doble, ambas transferidas ahora a su nombre tras el fallecimiento de su padre.

Dejó caer el libro de cuentas sobre el escritorio y se llevó los dedos a la frente, donde un dolor sordo había empezado a palpar.

Sin ahorros. Sin reservas. Sin la sabiduría heredada que pudiera guiarla por aquel laberinto de ruina financiera. Solo una avalancha de números y nadie que la frenara.

Se levantó de golpe, y la silla chirrió contra las tablas del suelo mientras empezaba a dar vueltas por la habitación. Las paredes, antes cubiertas de mapas de rutas comerciales lejanas y libros encuadernados en cuero sobre comercio y navegación, ahora parecían cerrarse sobre ella; el techo la aplastaba con el peso de unas expectativas que jamás podría cumplir.

Se lo había prometido. Prometido proteger el legado que él había levantado con tanto esfuerzo.

Pero aquella tormenta... no era una borrasca que pudiera capear a base de coraje y determinación. Era un diluvio que amenazaba con arrastrarlo todo: la casa, el negocio, su buen nombre en la sociedad londinense.

Sus dedos recorrieron distraídamente los lomos de los libros. «Guía del comerciante moderno». «Principios del comercio internacional». «Ética y comercio». Casi se echó a reír con el último. ¿De qué le había servido la ética a su padre al final? ¿De qué le serviría a ella ahora?

El reloj dio las once; cada campanada resonó en la habitación silenciosa. Las decisiones no podían esperar a la luz del día ni a una mente más despejada. Los acreedores rara vez concedían tales cortesías, y menos aún a una mujer que intentaba abrirse paso sola en un mundo de hombres.

Volvió al escritorio, sacó una hoja limpia del costoso papel de carta de su padre —uno de los pocos lujos que quedaban— y empezó a redactar una carta para Mei Ling.

Sin florituras. Sin cortesías. Nada de la correspondencia cuidadosamente compuesta propia de la hija de un caballero.

Solo una línea, escrita con un pulso más firme de lo que cabría esperar:

«Estoy lista para más».

La dobló con cuidado y la selló con cera, pero sin escudo familiar. Un sobre sin nombre; no hacía falta. La gente de Mei sabría de quién venía.

Su dolor no tenía adónde ir. Su tristeza no tenía a nadie que la escuchara. Su futuro no tenía un camino seguro.

Pero sus deudas tenían oídos muy reales. Sus acreedores tenían demandas muy reales. Y el submundo de Londres tenía oportunidades muy reales para una mujer sin nada que perder.

Apagó la lámpara y se quedó sentada en la oscuridad, con el perfil de la ciudad recortándose tras la ventana del estudio. En algún lugar ahí fuera estaban las respuestas a su situación, respuestas que su padre jamás habría contemplado, y mucho menos aprobado.

Se había cansado de fingir que existía otra salida. De ser la hija obediente que aguardaba un rescate.

Más tarde, aquella misma noche, y a pesar de lo que le dictaba la prudencia, Nell se descubrió empujando la puerta de la taberna. No era exactamente el antro que esperaba: era peor. Cristales agrietados en las ventanas, un fuego que apenas echaba humo, el hedor a cerveza y sudor impregnando las paredes. El tipo de lugar donde los hombres traficaban con algo más que dinero y donde las preguntas escaseaban más que las respuestas.

Se detuvo en el umbral el tiempo justo para recorrer la sala con la mirada. Su presencia atrajo varias miradas insistentes: una mujer sola, claramente fuera de lugar pese a su atuendo deliberadamente sencillo. Dos marineros se dieron codazos junto a la barra. Un hombre canoso con una cicatriz que le partía el labio levantó su jarra en un saludo burlón. Entonces lo vio.

Jonny Collins estaba al fondo, recostado como un príncipe entre piratas. El abrigo colgado en la silla de al lado, una copa en la mano, el cuello de la camisa lo bastante abierto como para sugerir que las convenciones del día habían quedado atrás hacía rato. Su sonrisa se

tornó perezosa e inconfundiblemente pagada de sí misma en cuanto sus miradas se cruzaron.

Se levantó cuando ella se acercó, con un destello de calidez en los ojos.

—Buenas noches, socia —dijo, con voz baja y llena de ese encanto arrogante—. No pensé que vendrías.

—Me lo pediste —respondió Nell, pasando junto a él para sentarse—. No me van los jueguecitos.

Jonny volvió a acomodarse en su asiento y señaló la copa ya servida que la aguardaba. No la ginebra aguada que apuraban los demás parroquianos, sino algo ámbar y caro. La había esperado, a pesar de sus palabras.

—Yo tampoco —dijo—. Aunque la última vez que te vi, me parece recordar que tú empezaste uno.

A Nell se le revolvió el estómago. El beso. Apenas se había permitido pensar en ello desde entonces, y mucho menos en lo que significaba o en por qué, de entre todas las personas a las que podría haber recurrido en un momento de debilidad, lo había elegido a él. Pero claramente, él sí había pensado en ello. A menudo.

—Estaba alterada —dijo rápidamente, cerrando los dedos en torno al vaso sin llegar a beber—. Las cosas han sido... difíciles.

La mirada de él se suavizó; la arrogancia se desvaneció, dando paso a algo que parecía genuina preocupación.

—Lo sé. Me enteré de lo de tu padre.

Ella se tensó y clavó los ojos en su rostro.

—¿Por quién?

Él se encogió de hombros.

—La gente habla. Yo escucho.

Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada. Entonces Jonny se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en la mesa y bajó la voz hasta convertirla en un susurro solo para ella.

—Mira, no estoy aquí para presionarte. Ha pasado una semana. Pero quería que supieras que tienes opciones, Nell. No tienes que cargar con esto tú sola.

Ella lo miró a los ojos, buscando el motivo oculto que estaba segura de que debía acechar allí. Nadie ofrecía ayuda sin esperar

algo a cambio. Y menos aún hombres como Jonny Collins, cuyas conexiones se adentraban en las sombras de la ciudad mucho más de lo que él jamás admitiría.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Crees que contrabandear opio va a aliviarme la carga?

—Creo que ya lo ha hecho —dijo, no sin amabilidad—. Sigues en pie. Eso dice algo.

Odiaba que no estuviera equivocado.

Jonny metió la mano en el abrigo y sacó un pequeño documento doblado: algo parecido a un contrato, pero en clave y deliberadamente vago. Sin nombres, solo cantidades e iniciales.

—Este es el siguiente nivel —dijo—. Envíos regulares. Rutas seguras. Estás protegida.

—¿Protegida por quién?

Se recostó y la observó con esa intensidad inquietante que la hacía sentirse como si él estuviera grabándose cada contorno de su rostro.

—Gente que se asegura de que los cargamentos adecuados pasen por la aduana sin inspección. Gente a la que no le gustan las sorpresas ni llamar la atención de quienes no deben. Gente que tiene participaciones en negocios que te dejarían boquiabierta.

Hizo una pausa para que sus palabras hicieran efecto.

—Pero te consideran valiosa, Nell. Y no dan segundas oportunidades.

Ella miró fijamente el documento. Sobre el papel, no era nada. Sin sentido sin contexto. En realidad, lo era todo: salvación financiera, condena social, conspiración criminal.

—¿Y tú cómo me ves a *mí*? —preguntó, obligándose a sostenerle la mirada.

Jonny no sonrió esta vez.

—Veo a una mujer con una fortaleza inquebrantable, desangrándose para proteger un negocio que nadie más habría salvado —dijo en voz baja—. Veo a alguien que me besó de verdad, y luego huyó. Veo inteligencia desperdiciada en hombres que no la merecen.

Extendió la mano hacia su bebida, pero no apartó los ojos de ella.

—Y veo a alguien que tiene miedo de admitir que se le da bien esto. Este juego al que dices que no juegas.

Se le cerró la garganta; de repente le costaba articular palabra.

—¿Crees que ese beso significó que te he elegido a ti?

—¿Te refieres a Hart? —Enarcó una ceja mientras ella se sonrojaba.

Se encogió de hombros.

—No tienes que elegirme a mí. Pero no finjas que no hacemos buen equipo.

—No estoy segura de que lo seamos —susurró, más para sí misma que para él—. Un equipo, quiero decir.

—Me besaste a mí, Nell. No a Hart. A mí.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargadas de todo lo que no estaban diciendo.

—En tu momento más oscuro, viniste a mí.

Se levantó de repente, incapaz de seguir sentada.

—Necesito tiempo —dijo—. Para pensar. Para respirar.

—Tómatelo —dijo Jonny, levantándose también y dejando sobre la mesa dinero de sobra para la cuenta—. Pero no esperes demasiado. El río no se detiene porque estés de luto. Ni tus acreedores tampoco.

Esta vez no la tocó.

Solo la miró como si ya supiera qué camino tomaría.

Y le asustaba lo mucho que deseaba que tuviera razón.

Regresó paseando a los muelles, sin ganas de estar en la casa, donde cada rincón le recordaba a su padre. Los estibadores se habían ido a casa hacía horas, dejándola a solas con el suave rasgueo de la pluma sobre el papel y los lejanos chillidos de las gaviotas que sobrevolaban el Támesis. Allí era donde ahora se sentía más en paz, entre los asuntos prácticos del negocio, donde el duelo tenía que esperar su turno.

Era tarde cuando la interrumpió un golpe en la puerta de la oficina, más suave de lo habitual. Tres golpes quedos, vacilantes, casi a modo de disculpa.

Nell levantó la vista del libro de cuentas, con la mano paralizada a mitad de un cálculo. De alguna manera ya sabía quién era. Algo en el ambiente. El ritmo particular de los golpes. Cerró el libro con calma y se levantó despacio, alisándose las faldas, más por compostura que por apariencia.

Cuando abrió la puerta, Elijah Hart estaba en el umbral, con el abrigo húmedo por la persistente llovizna y el sombrero en la mano. Tenía el cabello oscuro alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por él una y otra vez, un gesto nervioso que ella había notado en encuentros anteriores. Esa noche parecía menos el severo inspector de policía que imponía respeto en el muelle y más un hombre que intentaba orientarse en un territorio que no figuraba en ningún mapa.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Debería haber avisado.

Nell se hizo a un lado.

—No pasa nada. De todos modos estaba trabajando.

Entró sin decir más y se detuvo junto al escritorio mientras su mirada recorría la habitación. Estaba ordenada, metódica, demasiado pulcra para alguien cuyos pensamientos estaban tan revueltos.

—Me enteré —dijo con suavidad, volviéndose para mirarla—. Lo de tu padre.

Su expresión reflejaba una compasión sincera.

Ella asintió, tragándose el nudo en la garganta.

—La carta llegó hace unos días.

—Lo siento, Nell.

Había algo en la forma en que pronunciaba su nombre, suave, como si temiera que pudiera romperla. Odiaba lo cerca que estaba de conseguirlo.

—Gracias —respondió—. Fue repentino. Fiebre. Al parecer bastante común allí, especialmente durante el monzón.

Era más fácil recitar los detalles clínicos que asumir lo que significaban.

Vaciló, luego añadió:

—Habla de ti a menudo, ¿sabes? Cuando nos conocimos, hace años. Antes de que me trasladaran a la policía fluvial.

Sus ojos adoptaron una expresión distante, perdidos en el recuerdo.

—Decía que tenías el sentido común de un capitán de puerto y el temperamento de un vendaval. Que si hubieras nacido varón, habrías capitaneado tu propio barco a los veinte.

Ella dejó escapar un breve suspiro, a medio camino entre la risa y el sollozo.

—Eso suena a él.

El silencio se extendió entre ellos, no incómodo, solo denso. No quería llorar delante de él.

Él se acercó más.

—¿Cómo estás de verdad?

—Voy tirando.

Hizo un gesto vago hacia los libros de cuentas y la correspondencia.

—El envío de Bristol llegó ayer. El cargamento de Ámsterdam sale el martes.

—Eso no es lo mismo que estar bien.

Su mirada era firme, demasiado perspicaz.

Se apartó de él y fue a recolocar una pila de papeles que no lo necesitaba.

—No hay espacio para el duelo en un negocio como este. Hay cosas que firmar. Hombres a los que pagar.

—Has mantenido todo en marcha.

—A duras penas.

Guardó silencio un momento y luego dijo:

—También he venido por otra razón.

Ella se tensó.

—Continúa.

—Corren rumores —dijo con cautela—. Has estado ayudando a las familias del «*Eleanor*». Discretamente. Con generosidad.

—Esos hombres sirvieron lealmente a mi padre. Él habría querido que se ocuparan de ellos.

—Antes dijiste que encontraste una cuenta antigua, ¿de tu padre?

—Sí.

Le sostuvo la mirada con firmeza.

—Un fondo de contingencia.

—¿Estás segura de que no era otra cosa?

Sus ojos se clavaron en los de él.

—¿Qué me está preguntando, inspector?

Elijah vaciló. No porque no supiera lo que quería decir, sino porque no quería herirla.

—Te pregunto si has tomado alguna decisión de la que vayas a arrepentirte.

El corazón de Nell dio un vuelco silencioso. La pregunta era demasiado directa. Demasiado amable. Habría sido más fácil si él se la hubiera espetado, si la hubiera acusado como habrían hecho otros.

Ella se irguió.

—Estoy haciendo lo que puedo. Eso es todo.

Él asintió lentamente.

—Te creo. O al menos... quiero creerte.

Eso dolió más que cualquier acusación. La certeza de que él estaba dividido entre su deber y su corazón. Entre el inspector que había jurado defender la ley y el hombre que la miraba con ternura sin disimulo.

Permanecieron en aquel silencio denso.

Entonces Elijah retrocedió y se puso el sombrero.

—Si necesitas algo —dijo en voz baja—, solo tienes que pedirlo.

Nell asintió.

—Gracias.

Él alargó la mano hacia la puerta y se detuvo.

—Habla en serio el otro día. Confío en ti.

Ella no pudo responder. No merecía hacerlo. No con el contenido del sobre de Mei Ling pesándole en el cajón del escritorio. No con el documento codificado de Jonny Collins oculto entre los libros de contabilidad.

Él se marchó sin presionarla más.

Nell volvió a sentarse cuando la puerta se cerró. El sonido de sus botas sobre las losas se fue apagando hasta desaparecer.

Se quedó mirando la chimenea apagada, el escritorio vacío, el libro de contabilidad lleno de números que ya no cuadraban con la vida que creía haber llevado.

Y durante mucho tiempo, no se movió.

CAPÍTULO 11



Nell estaba inclinada sobre el libro de contabilidad en su escritorio, intentando una vez más cuadrar los registros del muelle del *Lotus Pearl*. Fuera, el sonido lejano de las sirenas de los barcos acompañaba su creciente frustración.

Los números seguían sin cuadrar. Tres cajas registradas como entregadas, dos firmadas por el oficial de aduanas, cuatro contabilizadas en el almacén.

Cuatro.

Frunció el ceño y golpeteó con el lápiz en el margen. O alguien había duplicado el papeleo, o algo se había retirado y sustituido. Ninguna de las dos opciones parecía legítima.

Antes de que pudiera seguir investigando, llamaron a la puerta con unos golpes demasiado seguros para ser de un estibador que viniera a pedir instrucciones.

Apenas tuvo tiempo de recomponer el gesto antes de que la puerta se abriera de golpe.

Elijah Hart entró con el abrigo del uniforme impecable a pesar del húmedo clima primaveral.

—Señorita Warrington —dijo, asintiendo mientras se quitaba el sombrero—. Disculpe la interrupción.

Nell se levantó de la silla y enderezó la espalda.

—Inspector. ¿Dos veces en una semana? Debe de estar preocupado por algo.

Esbozó un amago de sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Llámelo corazonada.

Ella esbozó una sonrisa cortés.

—Entonces será mejor que la siga hasta el final. ¿Té? —Señaló la pequeña tetera que se calentaba sobre el brasero en la esquina.

Él declinó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Podemos bajar al almacén? —No era una pregunta, así que Nell lo siguió escaleras abajo.

Empujó la puerta del almacén y echó un vistazo a las cajas apiladas contra la pared. Su mirada se detuvo una fracción de segundo de más en las marcadas con tiza roja: las llegadas recientes del *Lotus Pearl*.

—Estaba en la zona —dijo, midiendo cada palabra—. Pensé en pasar.

A Nell le hormigueaban los dedos de impaciencia. No se creía eso ni por un segundo. Elijah Hart nunca pasaba por ningún sitio sin más.

—Imagino que eso rara vez es cierto —dijo con calma, sosteniéndole la mirada con aplomo—. Un hombre en su posición no deambula sin propósito.

—No hay nada de malo en comprobar —respondió—. Con los incendios. Las redadas. Estamos al límite. Demasiadas preguntas y pocas respuestas honestas.

Se acercó a una caja junto a la puerta, de tamaño mediano, de pino simple con esquinas reforzadas, una de las docenas del *Lotus Pearl* que habían llegado tres días antes. A ella se le encogió el estómago cuando la mano de él quedó suspendida sobre la tapa.

—Esa ya está firmada —dijo con ligereza, procurando que la voz le sonara despreocupada—. El papeleo está en el libro de registro. Sedas chinas con destino a Mánchester, si no me equivoco.

—Lo sé —dijo—. Vi la marca. —Dio un golpecito en el pequeño sello de cera con la estampilla del oficial de aduanas—. Dawkins, ¿no? Hombre nuevo. Eficiente.

Se agachó de todos modos y pasó los dedos por la madera cerca del sello. Había una mancha tenue: residuo de un sello de cera retirado, quizás. O nada en absoluto.

Pero Elijah no parecía un hombre que creyera en las coincidencias.

Nell avanzó un paso con rapidez; el frufrú de las faldas sonó demasiado fuerte en el silencio.

—Inspector, si va a ponerse a inspeccionar carga privada, me temo que necesitaré ver una orden judicial. —Su voz había adquirido un filo que lamentó al instante: demasiado defensivo, demasiado revelador.

Él la miró desde su posición agachada. No enfadado. Solo... pensativo. Evaluándola. Como si estuviera catalogando su reacción para el futuro.

—¿Siempre es tan formal con los viejos amigos?

—Soy así de formal con quienes me tratan como a una sospechosa. —Las palabras le salieron antes de poder moderarlas.

Una pausa.

Él se levantó despacio.

—Dijo algo el otro día que se me quedó grabado.

—¿Ah, sí? —Intentó recordar su última conversación: qué mentiras había contado, qué verdades se le habían escapado.

—Dijo que se las estaba arreglando. Que siempre había algo. —Sus ojos, de un azul profundo que en otro tiempo le había resultado reconfortante, ahora parecían atravesar la fachada que tan cuidadosamente se había construido—. Alguna manera de llegar a fin de mes.

Ella no dijo nada, temiendo que cualquier respuesta fuera la equivocada.

—Le creí —dijo, bajando la voz—. Porque quería. Todavía quiero. Pero se comporta como alguien que teme que la verdad se esté acercando demasiado.

Se le cortó la respiración.

—Elijah —dijo en voz baja, usando su nombre de pila por primera vez ese día—, por favor, no lo hagas. —La súplica quedó suspendida entre ellos, cargada de todo lo que no se decían.

—No estoy aquí para acusarla —dijo, y su expresión se suavizó un poco—. Pero necesito saber si está a salvo. Si todavía tiene el control de esto. —Señaló vagamente el almacén, los libros de contabilidad, toda la operación que había heredado.

—Lo tengo.

Él la estudió con esa serena intensidad que tanto la había atraído meses atrás.

—Entonces debería saber que hay rumores. Sobre sus estibadores. Sobre ciertas cajas que se mueven por aquí de noche.

Ella se tensó.

—Necesita estar alerta —añadió—. Lo que sea que crea que está controlando... puede que ya la esté controlando a usted.

Se quedaron en silencio un largo momento, el aire cargado de todo lo que no se habían dicho.

Entonces él inclinó la cabeza.

—Cuídese, señorita Warrington.

La dejó en el umbral, con el corazón desbocado.

Nell esperó hasta estar segura de que Elijah se había ido antes de echar la llave. Pegó el oído a la puerta, conteniendo la respiración, hasta que los pasos se desvanecieron en la distancia. Solo entonces se permitió exhalar.

La caja que él había inspeccionado seguía exactamente igual, salvo por la tenue huella de sus dedos enguantados en la tapa. La levantó con cuidado, con los músculos en tensión, como si esperara que algo —o alguien— saltara de dentro.

Solo la recibió el vacío.

Cavó más hondo esta vez, con los dedos rebuscando entre el lino doblado y la paja de embalaje, apartando el contenido legítimo del envío con creciente desesperación.

Seguía sin haber nada.

Ni rastro de dónde había estado la mercancía. Ni paquetes de polvo fino cuidadosamente sellados. Ni doble fondo que ocultara contrabando. Ni compartimento secreto en los laterales. Simplemente... había desaparecido. Como si nunca hubiera existido.

Se le retorció el estómago en un nudo de pavor. Alguien lo había movido. Alguien que sabía que él venía. Alguien que tenía acceso a

su almacén, a sus envíos, a su confianza.

Miró a su alrededor en el almacén, con el corazón desbocado. Todo parecía igual. Familiar. Pero de pronto, los rostros se desdibujaban en su mente: hombres en los que creía confiar. Hombres que sonreían, asentían y cobraban su paga cada semana sin hacer preguntas.

Pero uno de ellos lo había sabido.

Se acercó al escritorio del registro, hojeando los libros de entregas más recientes, pasando los dedos rápidamente en busca de discrepancias.

Agarró el registro del muelle y empezó a sacar hojas, comprobando firmas. Algunas no cuadraban: garabatos descuidados donde antes había iniciales pulcras. Una claramente había sido falsificada. Reconoció la letra. Era de Jack Blythe, uno de los estibadores más jóvenes, siempre ruidoso, siempre llegando tarde, siempre alardeando de cosas que no debería poder permitirse.

Y luego estaba Thomas, mayor, fiable, alguien en quien había confiado para pequeños recados durante años. Pero últimamente había estado callado. Vigilante. Y había empezado a aparecer en el trabajo con botas que parecían demasiado nuevas para un hombre con siete hijos.

Nell se llevó una mano a la frente. El suelo parecía moverse bajo sus pies.

Ya no sabía quién trabajaba para ella. O peor, quién trabajaba en su contra. Quién se había aliado con intereses rivales. Quién podría estar delatándola ante las autoridades, ante los superiores de Elijah, si no ante el propio Elijah.

Y Elijah lo había visto. El cajón. Su miedo. Sus mentiras, aunque aún no las hubiera nombrado. No era ningún tonto. Era una de las cosas que la habían atraído de él antes de que todo cambiara.

Cerró el libro de contabilidad de golpe y se puso a dar vueltas por la oficina, tratando de contener el pánico creciente.

Jonny le había dicho que estaba protegida. Mei le había dicho que era imprudente. Y ahora no sabía a quién creer, a sí misma menos que a nadie.

Sonó un golpe en la puerta lateral del almacén. Solo uno. Seco y deliberado.

No contestó. No podía.

No hasta que averiguara de qué lado estaba. No hasta que pudiera mirar a Elijah Hart a los ojos sin estremecerse.

Su mente barajó las posibilidades, cada una más precaria que la anterior, buscando desesperadamente qué hacer a continuación. El almacén ya no le parecía seguro, no con ojos desconocidos observando, manos desconocidas moviendo sus envíos, lealtades desconocidas cambiando. Solo había una persona con la que podía hablar con franqueza, una persona que entendía la verdadera naturaleza de la telaraña en la que se había metido.

Agarró su chal, salió por la entrada trasera del almacén y se dirigió hacia el barrio chino.

Mei Ling no pareció sorprendida cuando Nell entró en la botica sin llamar. La pequeña tienda estaba sin clientes, el aire cargado con el aroma de hierbas secas y raíces que colgaban del techo en manojos ordenados.

La campana sobre la puerta dio su repique habitual, pero Mei no levantó la vista del mortero. Siguió moliendo una mezcla de raíces secas, con movimientos suaves y pausados.

—Pensé que vendrías —dijo en voz baja.

Nell cerró la puerta tras ella, dando la vuelta al cartel de «Abierto» a «Cerrado» con gesto decidido.

—Entonces lo sabes.

Mei asintió levemente, aún concentrada en su trabajo.

—Algo ha salido mal.

No era una pregunta.

—Alguien movió uno de los cajones —dijo Nell en voz baja—. Antes de que llegara Elijah. El contenido ha desaparecido.

Mei vertió las hierbas trituradas en una bolsa.

—¿Y él se dio cuenta?

—Se dio cuenta de todo.

Nell cruzó la tienda en dos zancadas.

—¿No avisaste a nadie? ¿No les dijiste a los porteadores que fueran discretos?

—No le dije a nadie —respondió Mei con calma, atando la bolsa con un cordel rojo—. Porque no había nadie a quien decírselo. Los portadores tenían instrucciones de manejar los cajones como siempre. Como cualquier otro día. Sin llamar la atención.

Nell se apoyó en el mostrador, con la voz afilada.

—Entonces alguien más lo hizo. Alguien dentro del almacén. Quizás más de uno.

La expresión de Mei no cambió, pero algo en sus ojos se endureció.

—Entonces tu círculo ya no está cerrado.

—Pensé que lo estaba —dijo Nell, demasiado rápido, demasiado desesperada—. Confiaba en ellos. Conozco a estos hombres desde hace años. Algunos trabajaron para mi padre.

Mei arqueó una ceja delicada.

—La confianza es un lujo, Nell. No una moneda de cambio.

—Eso no ayuda.

—No pretendo que ayude.

Un silencio se extendió entre ellas, roto solo por el tictac del reloj de pared y el suave murmullo de la vida fuera de la tienda.

Mei suspiró y dejó la bolsa a un lado, con las manos cruzadas sobre el mostrador.

—Has traído gente que no puedes controlar.

Nell sabía adónde iba esto. La advertencia que Mei le había dado hacía semanas cuando mencionó por primera vez la propuesta de Jonny.

—Te refieres a Jonny.

—Me refiero a quienquiera que Jonny traiga consigo —dijo Mei—. Crees que él es todo el riesgo, pero es solo la cara amable al frente de una maquinaria mucho más oscura.

—Me ha ayudado —dijo Nell a la defensiva—. Ha hecho que todo siga funcionando. Nos ha mantenido...

—Con suerte —la interrumpió Mei—. Por ahora.

Nell apartó la mirada.

—No eres estúpida —continuó Mei, más suave ahora—. Pero estás cansada. Y estás de luto. Y él lo sabe.

Nell se llevó los dedos a la sien.

—Crees que he perdido el control.

—Creo —dijo Mei con cuidado— que nunca lo tuviste. No del todo. No desde que Jonny convirtió esto en algo más que un solo envío. Hombres como él te ofrecen la mano para ayudarte a cruzar el arroyo, pero en realidad solo te están arrastrando a aguas más profundas.

—¿Y qué quieres que haga? —espetó Nell—. ¿Ir al Inspector? ¿Contárselo todo? ¿Dejar que me entregue en bandeja para una confesión impecable?

La mirada de Mei se ensombreció.

—Si esperas demasiado, otro te entregará antes. Alguien que necesite salvarse.

Nell la miró fijamente, con un nudo en la garganta.

—No puedo protegerte de hombres que no conozco —dijo Mei—. Y no voy a arriesgar la tienda. Mi gente. Mi familia.

—No te lo estoy pidiendo —dijo Nell en voz baja—. Solo... necesitaba que alguien me dijera que no estoy perdiendo la cabeza.

—No la estás perdiendo —dijo Mei—. Pero estás al borde del abismo.

Nell tomó aire con un estremecimiento.

—¿Qué harías tú?

Mei la observó largamente y luego dijo:

—Elegiría en quién confiar. Ahora. Antes de que otro elija por mí. Y recordaría que hombres como Collins no son leales a las personas. Son leales al dinero. Al poder.

Clavó sus ojos en los de Nell con intensidad inquebrantable.

—El Inspector Hart, con todos sus principios rígidos... al menos su honor no está en venta al mejor postor.

Nell tragó saliva, incapaz de rebatir la verdad en las palabras de Mei.

—¿Y si elijo mal?

—Entonces no volveremos a hablar —dijo Mei con sencillez, dando un paso atrás—. Por el bien de ambas.

Cuando Nell regresó, el almacén estaba en silencio. Demasiado.

Se detuvo junto al libro de contabilidad abierto sobre su escritorio; las páginas se agitaban levemente con la brisa que

entraba por la ventana.

Clavó la mirada en las firmas garabateadas en la página, nombres en los que había confiado. Los registros habían sido alterados. Justo lo suficiente para pasar desapercibidos si nadie prestaba atención.

Pero Elijah había prestado atención. Y ahora no podía dejar de pensar en cómo la había mirado. No exactamente con sospecha, sino con algo peor.

Decepción.

Apartó el libro de contabilidad y se acercó a la ventana, abrazándose a sí misma.

Fuera, en los muelles, las sombras se movían. Hombres que cargaban cajas, que se llamaban unos a otros en voz baja. Trabajo honesto. Carga deshonesto.

Su padre le había dicho una vez: *«No hay vergüenza en el trabajo duro. Pero sí la hay en engañar a un hombre que confía en ti»*.

Y Elijah confiaba en ella.

O lo había hecho.

Apoyó la frente contra el cristal.

Todo había parecido tan simple al principio. Un envío. Luego otro. Luego una docena. Las mentiras se habían ido acumulando como sedimento en el lecho del río, y ahora ya no podía ver el fondo.

Mei tenía razón. Jonny había cambiado las reglas del juego. Ella se lo había permitido. Su encanto, su chulería, sus promesas de protección y control. Pero ahora no sabía para quién trabajaba él... ni qué podrían exigirle a ella después.

Y Mei, que una vez había sido su calma en la tormenta, se estaba distanciando. Frustrada. Las reglas cambiaban demasiado rápido, y Nell ya no sabía dónde estaban trazadas las líneas.

Se apartó de la ventana y empezó a dar vueltas por la habitación.

Podría intentar recuperar el control. Apartar a Jonny. Restablecer límites. Pero ¿quién la seguiría ahora? ¿Quién, entre los hombres que sonreían y asentían mientras la traicionaban en silencio, todavía la escucharía?

La única persona en quien podía pensar era Elijah.

Y él también se estaba alejando.

Pero quizás no era demasiado tarde. Si le contaba la verdad. No toda. Pero lo suficiente. Lo suficiente para que pudiera ayudarla antes de que todo se fuera al traste.

Se le revolvió el estómago.

Él la odiaría por las mentiras. Pero si supiera lo que estaba intentando arreglar, lo que estaba intentando detener, ¿acudiría aun así? ¿La elegiría a pesar de todo?

No lo sabía.

Solo sabía que el negocio que su padre le había legado se había convertido en algo que él no reconocería.

Y si no hacía algo pronto, acabaría destruyéndola a ella y al negocio.

Se sentó al escritorio, con la mirada fija en el cajón abierto donde aún descansaba la última carta de su padre.

«Eres más fuerte de lo que crees».

Le tembló la mano al extenderla hacia la carta.

Por primera vez, no estaba segura de que él hubiera tenido razón.

CAPÍTULO 12



La niebla matutina se aferraba baja sobre el Támesis, enroscándose entre las cajas y los adoquines. Nell bajó del coche de alquiler y se arrebujo en la capa. Las calles aún estaban adormiladas, el bullicio habitual de los muelles todavía no había arrancado.

Pero algo iba mal.

Voces llegaban entre la niebla, bajas y apremiantes. Al doblar la esquina hacia su oficina, vio la multitud.

Un pequeño grupo de estibadores se apiñaba cerca del borde del muelle, gorras en mano, tapando la vista del río. Dos hombres se arrodillaban junto a algo en el suelo, con el rostro sombrío bajo la luz gris de la mañana.

Aceleró el paso.

—Eh, echaos p'atrás, dadle espacio —ladró alguien.

—Se ha ido, idiota, ya no necesita espacio...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nell mientras se abría paso.

Los hombres se apartaron lo justo para dejarla pasar.

Fue entonces cuando lo vio.

Jack Blythe.

Su cuerpo yacía desplomado cerca de un montón de cabos de amarre, con un brazo doblado bajo él en un ángulo antinatural. Tenía los labios teñidos de azul, los ojos vidriosos y abiertos, fijos en

la nada. Un fino rastro de espuma seca le marcaba la comisura de la boca.

Alguien le había echado una manta áspera por encima de las piernas, pero eso no suavizaba la realidad de lo ocurrido.

Un estibador más joven —Charlie, pensó— estaba cerca, pálido y tembloroso.

—Lo acabamos de encontrar, señorita —dijo—. Flotando en la orilla. Parece que cayó en algún momento de anoche. Resbaló, quizás. O...

Nell se agachó junto al cuerpo. Su mirada se detuvo en el objeto que Jack sujetaba en la mano derecha.

Un pequeño vial de cristal. Tapado, pero vacío. El interior estaba ligeramente manchado con un residuo parduzco.

No necesitaba olerlo para saber qué había contenido.

Opio. Fuerte. Posiblemente mezclado con algo más. Algo más barato. Algo mortal.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Cómo pudo siquiera conseguirlo? —preguntó, más para sí misma.

Uno de los hombres mayores cambió el peso de un pie a otro, incómodo.

—Jack ha estado raro últimamente. Presumiendo de pasta, cuchicheando con tipos de fuera de los muelles. Pensé que se había buscado un trapicheo. No pensé que fuera... esto.

Nell se levantó lentamente.

—¿Dijo de dónde venía?

Mick negó con la cabeza.

—No tuve tiempo de preguntar. Ahora ya no va a responder nada.

Dio un paso atrás, con las manos temblorosas. Y no solo por el frío.

La multitud la observaba. No con acusación exactamente, pero con algo parecido. Aprensión. Expectación. Como si supieran que sus manos no estaban limpias, pero no supieran qué decir.

Se dio la vuelta sin decir palabra y se dirigió a su oficina.

Una vez dentro, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, con la respiración entrecortada. Le escocían los ojos, pero no llegó a llorar.

Esto no tenía que haber pasado.

Solo había sido un negocio. Nada más. Mantener la empresa a flote. Ayudar a las viudas. Proteger lo que su padre había construido.

Pero Jack estaba muerto.

Y ese vial era idéntico a los que los hombres de Mei empaquetaban en compartimentos secretos bajo la carga inocente.

Solo que Mei nunca sería tan descuidada.

Lo que significaba... que alguien más se lo había proporcionado.

O peor, alguien había manipulado su envío.

Y ahora un hombre estaba muerto. Bajo su responsabilidad. Con su nombre estampado en cada caja del muelle.

Se recogió las faldas y salió por la puerta trasera. Hizo señas a un coche de alquiler que pasaba para que la llevara al barrio chino.

El viaje transcurrió en una confusión de calles abarrotadas y edificios grises; su mente iba más deprisa que el caballo que tiraba del coche.

La botica aún tenía las contraventanas cerradas cuando Nell llegó.

Llamó una vez. Luego otra, con urgencia. El corazón le latía con fuerza en los oídos y llevaba el abrigo húmedo por la niebla del río.

Pasó un minuto antes de que los cerrojos se descorrieran. Mei abrió la puerta en bata, con el pelo recogido de cualquier manera; tras ella parpadeaba una sola lámpara de aceite.

—¿Alguien ha muerto? —preguntó con sequedad, claramente molesta por que la despertaran tan temprano.

—Sí —dijo Nell. La palabra cayó entre ellas como una piedra.

El sarcasmo se le borró del rostro.

Retrocedió en silencio para dejar entrar a Nell y cerró la puerta con llave tras ellas.

—¿Quién?

—Jack Blythe.

Mei parpadeó.

—¿Uno de tus hombres?

Nell asintió mientras se quitaba la bufanda con dedos temblorosos.

—Sobredosis. Lo encontraron flotando junto a los amarres esta mañana. Labios azules, cuerpo rígido.

Mei no habló durante un momento. Luego, con calma:

—¿Quieres té?

—No, Mei, no quiero el maldito té... —Nell se interrumpió y se pasó una mano por el pelo húmedo—. Tenía un vial encima. Idéntico a los nuestros. Mismo tamaño. Mismo sello. Mismo residuo.

Mei apretó la mandíbula.

—Entonces no era de los míos.

—No puedes estar segura.

—Puedo. —Mei se dio la vuelta y desapareció en la trastienda. Nell la siguió; sus tacones resonaban demasiado fuerte en el suelo de madera.

—Tenía producto, Mei —dijo—. Y está muerto. Eso nos convierte en asesinas.

—No —respondió Mei—. Eso convierte a alguien en asesino. Pero no a nosotras.

A Nell se le quebró la voz.

—¿Cómo puedes decir eso? No viste su cara...

—He visto demasiados casos así —dijo Mei, con esa calma suya tan exasperante—. Y me he asegurado de no suministrar nunca opio adulterado. Mis lotes son puros. Es la única razón por la que acepté meterme en esto.

—Entonces, ¿quién se lo dio?

Mei la miró.

—¿De verdad necesitas que lo diga?

Nell sintió la respuesta antes de que llegara.

—Jonny.

Mei asintió.

—O uno de sus hombres. Quizá no directamente, pero alguien a quien dejó acercarse demasiado. Alguien a quien le importan un bledo las precauciones y la calidad. Alguien que ve esto como un negocio más.

Entornó los ojos. Sabía que sus palabras romperían el corazón de Nell, pero las dijo de todos modos. La verdad entre ellas siempre había sido su moneda de cambio.

—Es un chanchullo fácil, Nell. Jonny sabe qué cajas tienen el producto; es muy sencillo cambiarlas por opio adulterado y vender el bueno en el mercado a mejor precio. Me apuesto lo que quieras a que Jack también andaba en el ajo, llevándose algún frasco de vez en cuando. Esta vez cogió el que no debía.

Nell cerró las manos en puños.

—Jonny me dijo que estaba protegida.

Mei arqueó una ceja.

—Lo estás. De la policía. De aduanas. Del fuego. Pero no de la podredumbre.

Se miraron a través del mostrador en penumbra.

—Necesito salir de esto —dijo Nell—. Antes de que lo destruya todo.

Mei se inclinó ligeramente hacia delante.

—Entonces deja de fingir que aún tienes el control. Eso terminó hace semanas.

Nell tragó saliva con dificultad.

—Él sabe que algo va mal. Elijah.

La expresión de Mei se suavizó, solo un poco.

—Entonces díselo.

—No puedo. Es un buen hombre. El único que queda, por lo visto.

Lo que no dijo quedó flotando entre ellas: que Elijah quizá dejaría de amarla si supiera en qué se había convertido.

—Entonces no te sorprendas cuando lo descubra de todos modos.

Las palabras cayeron como piedras en su pecho.

—Solo... ten cuidado, Nell —añadió Mei—. Cuando la gente empieza a morir, las reglas cambian. Ya no se limitan a cubrir sus huellas, empiezan a quemar puentes. Y tú estás parada sobre uno.

Nell bajó la mirada, respirando entre dientes.

—Yo no pedí esto —murmuró.

—No —dijo Mei—. Pero dijiste que sí.

—Necesito hablar con Jonny —dijo, con más firmeza de la que sentía—. Esta noche.

La taberna de Gunner's Row estaba medio vacía cuando Nell empujó la puerta. El olor habitual a humo de pipa flotaba en el aire, mezclado con el tufo rancio a cerveza y sudor viejo.

Un puñado de estibadores jugaba a las cartas en el rincón del fondo; de vez en cuando, sus voces ásperas se interrumpían con alguna maldición o carcajada. El tabernero la miró con leve curiosidad. Las mujeres de su posición rara vez entraban en sitios así, y menos solas, pero nadie más levantó la vista cuando entró.

Jonny Collins ya estaba esperando, repantigado en un reservado cerca de la chimenea, con las botas sobre el banco opuesto, el abrigo desabrochado como si fuera el dueño del lugar.

No esperó a que la invitara. Se deslizó en el asiento frente a él y dejó caer los guantes de cuero sobre la mesa con la fuerza suficiente para hacer parpadear la vela cercana.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Buenas noches, rayito de sol. ¿Qué trae a una dama a este fino establecimiento?

—No —espetó ella—. Hoy no.

Jonny ladeó la cabeza sin borrar la sonrisa.

—¿Algún problema?

—Sabes por qué estoy aquí.

Mantuvo las manos planas sobre la mesa, resistiendo el impulso de moverlas.

—Puede ser. Pero por favor —hizo un gesto grandioso—, ilumíname.

—Jack Blythe está muerto —dijo—. Sobredosis. Le encontraron un frasco encima. Se parecía mucho a los nuestros.

La expresión de Jonny vaciló un instante, pero se recuperó enseguida y se recostó.

—Trágico. Pero no es culpa mía.

—¿Estás seguro?

Se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Porque me parece una coincidencia muy sospechosa.

Él le sostuvo la mirada, de pronto muy quieto. Todo rastro del pícaro encantador se había esfumado. Algo más frío ocupó su lugar.

—¿Me estás acusando de algo, cariño?

—No me llames así.

—Bien.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Crees que le di a Jack un frasco envenenado y le dije que se esnifara hasta el más allá?

—Creo que has estado cambiando el producto. Que tu gente es descuidada. Y que a alguien en tu cadena no le importa un comino la calidad.

Jonny exhaló lentamente, con un silbido.

—¿Quieres hacer esto aquí, en público?

—No hay nadie escuchando.

Él miró alrededor. Un tabernero limpiando jarras. Un borracho dormido cerca de la puerta. Los jugadores de cartas murmurando sobre sus manos.

—Mira —dijo, bajando la voz—, Jack era un buen chico. Ruidoso, estúpido, pero decente. Pero también era codicioso. Siempre andaba tras negocios paralelos. Si consiguió algo malo, no fue a través de mí.

—¿Y se supone que debo creerte sin más?

—Ya lo has hecho antes.

Le recorrió los labios con la mirada antes de volver a mirarla a los ojos.

—En asuntos mucho más personales.

Nell se estremeció. El recuerdo de las manos de él sobre su piel afloró a pesar suyo.

Él suavizó el tono.

—Vamos, Nell. Me conoces. Sabes que no arriesgaría toda la operación por un trabajador idiota con ganas de matarse.

—También sé que te has vuelto audaz —dijo ella—. Más manos en el pastel. Te has expandido y no me lo dijiste.

Su sonrisa se volvió fría y toda pretensión de encanto se desvaneció.

—Qué irónico. Sobre todo viniendo de la chica que suplicó ayuda cuando se ahogaba en las deudas de su padre. Cuando la empresa estaba a semanas de hundirse.

Nell se levantó bruscamente y las patas de la silla chirriaron contra el suelo de madera áspero.

—No supliqué.

—No —dijo él, poniéndose de pie para encararla—. Coqueteaste. Me dejaste entrar. Dejaste que te salvara el pellejo. Y ahora que te resulta incómodo, quieres fingir que sigues llevando las riendas.

El corazón le latía con fuerza, pero no retrocedió.

—Esto se acaba aquí —dijo, cada palabra precisa y fría—. Se acabó la expansión. Se acabaron los cargamentos. Quiero salir.

Jonny la estudió un momento; sus ojos recorrieron los contornos de su rostro como si quisiera memorizarlos, y luego soltó una risa baja y seca que le erizó el vello de la nuca.

—Oh, cariño —dijo, destilando condescendencia—. No estás fuera. Estás dentro. Eres la fachada bonita de todo el tinglado. El nombre respetable. La que inspira confianza a los de aduanas. La que el inspector no quiere sospechar. Eres el camuflaje perfecto.

Extendió la mano para tocarle la mejilla.

—Y eso te hace más valiosa de lo que crees.

Ella lo abofeteó. Con fuerza. El sonido resonó en la taberna como un disparo.

Se le tensó la mandíbula, pero no le devolvió el golpe. Se limitó a sonreír de nuevo, más despacio esta vez. Con más crueldad.

—Ahí está —murmuró—. Sabía que tarde o temprano aparecería.

Dio media vuelta y salió con las manos temblorosas y la bilis subiéndole por la garganta.

Fuera, la noche era húmeda y fría. Una neblina fina había empezado a caer y lo envolvía todo.

A su espalda, la voz de Jonny llegó desde la puerta.

—Cuidado, Nell. Si empiezas a quemar puentes, más te vale asegurarte de que ya no necesitas cruzarlos.

No miró atrás. Paró un coche de punto, ansiando la comodidad de su casa y un lugar seguro donde poner en orden sus pensamientos.

Al subir, alcanzó a ver a Jonny en el umbral de la taberna, observándola marchar, con una expresión indescifrable entre la neblina.

—Islington —le dijo al conductor—. Pembroke Street.

La casa de Islington estaba en silencio cuando llegó, salvo por el suave crepitar del fuego que la señora Hudson había tenido la amabilidad de encender antes de retirarse, y el ocasional tictac solemne del reloj de pie en el vestíbulo. Nell no se había molestado en encender las lámparas. Se acurrucó en el sillón junto a la chimenea, con las piernas recogidas, el bajo del vestido aún húmedo por la neblina y el pelo suelto, escapándose de las horquillas.

No había comido. No podía. Solo pensar en comida le revolvía el estómago.

Las palabras de Jonny aún le resonaban en los oídos. También el nombre de Jack. Y la expresión de Mei cuando había dicho: «*Tú tampoco lo detuviste*».

Estaba cansada de un modo que el sueño no podía remediar.

Por eso, cuando sonaron los golpes en la puerta, se sobresaltó.

Tres golpes pausados. Ni urgentes. Ni tímidos.

Elijah.

Vaciló solo un instante antes de cruzar la estancia y abrir la puerta, sin molestarse en mirarse en el espejo del vestíbulo. ¿Qué más daba ya?

Estaba allí con el sombrero en las manos, el abrigo abotonado contra la llovizna, y algo en la mirada que no era del todo profesional.

—Espero no molestar —dijo en voz baja.

Ella abrió más la puerta.

—No molestas.

Él entró y ella lo condujo a la sala. Ninguno de los dos habló hasta que la luz del fuego parpadeó entre ellos.

—Me he enterado —dijo tras una pausa—. De lo de Jack.

Nell asintió con un nudo en la garganta que le impedía hablar. Por supuesto que se había enterado. Poco ocurría en los muelles que el inspector Elijah Ward no acabara sabiendo.

—He pensado que quizá te vendría bien alguien con quien hablar.

Ella esbozó una sonrisa amarga.

—¿Es una oferta oficial? ¿De la Policía Metropolitana?

Él negó con la cabeza.

—De alguien que está preocupado por ti.

Tragó saliva y apartó la vista, incapaz de sostener aquella mirada llena de sincera preocupación. No la merecía.

—Era solo un crío. Ruidoso, pesado. Siempre masticando algo. Pero no merecía eso.

—No. No lo merecía.

—Tenía una hermana —susurró Nell—. La conocí una vez. Era sorda. Él decía que estaba ahorrando para mandarla a una buena escuela.

Un destello de dolor cruzó el rostro de Elijah.

—Debería haber...

Se interrumpió.

—No dejo de pensar que podría haber hecho algo.

Él se inclinó un poco hacia ella.

—No sé en qué andas metida, Nell. No voy a fingir que no veo las señales. La repentina recuperación financiera de tu empresa. Los nuevos socios. Las reuniones a altas horas.

Le sostuvo la mirada, firme pero sin acusación.

—Pero también veo a alguien que intenta hacer el bien, aunque el mundo no deje de acorralarla.

Parpadeó de prisa, odiando el escozor que le quemaba los ojos.

—No lo sabes todo —dijo en un hilo de voz.

—Entonces cuéntamelo —dijo él con dulzura. Una invitación, no una exigencia. El inspector había quedado a un lado; hablaba el hombre.

Ella lo miró, lo miró de verdad: la firmeza en sus ojos, la ternura que la hacía querer creer que hablaba en serio. Que quizá no la juzgaría con demasiada dureza. Que quizá no estaba del todo perdida, sin posibilidad de redención.

—No puedo —dijo—. Todavía no.

Él asintió una vez.

—Entonces esperaré.

Un silencio se instaló entre ellos, no incómodo esta vez, solo... íntimo.

Elijah se levantó, alisando el ala del sombrero con sus dedos largos y elegantes. —Debería irme. Es tarde. Pero estaré cerca, si me necesitas.

Ella se levantó con él, apartándose un mechón de pelo de la cara, súbitamente consciente de su aspecto desaliñado. —Gracias. Por venir a verme.

—Elijah... —dijo, sin saber qué más añadir.

Él se volvió y le tomó la mano; el rubor le subió por el cuello ante la audacia de su propio gesto. Ella no la retiró, agradecida de sentir el calor del contacto humano que no le pedía nada, que no le exigía nada. Una sensación de seguridad la invadió, breve pero profunda.

—Estaré cerca —repitió, más bajo esta vez. Su pulgar le acarició los nudillos, un gesto tan tierno que las lágrimas le asomaron a los ojos.

Y entonces se marchó, con el eco de sus botas en los escalones, hasta que la niebla lo engulló.

Nell permaneció junto a la puerta mucho después de que él desapareciera de su vista.

Era la primera vez en semanas que sentía que alguien aún veía a la mujer que había sido.

Y eso le hizo desear volver a ser esa mujer, antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 13



La niebla se aferraba a los bordes del almacén, envolviéndolo en un velo de misterio. Nell se detuvo justo a la puerta de la oficina, con los dedos enguantados manchados de tinta del manifiesto que había estado revisando. El libro de contabilidad encuadernado en cuero le pesaba más cada día, cargado de números que no cuadraban del todo y envíos cuyos contenidos evitaba inspeccionar demasiado de cerca.

Las entregas de la mañana habían llegado tarde, y tenía la cabeza a medias en reorganizar horarios y recibos de atraque.

Fue entonces cuando lo vio.

Un hombre de cuarenta y tantos, con un traje gris que desentonaba con la mugre de los muelles, estaba apoyado en un cajón a pocos metros, observándola.

Sonrió cuando sus miradas se cruzaron. Sin amabilidad.

—Señorita Warrington —dijo, enderezándose y acercándose con la despreocupada seguridad de quien se cree indispensable—. ¿Me permite un momento?

Nell se tensó y echó los hombros hacia atrás en una postura defensiva.

—Estoy bastante ocupada, como puede ver. Tal vez debería pedir cita.

Sacó una tarjeta del bolsillo y la miró más de lo que se la ofreció.

—Sr. Greeley. Oficina de Licencias Portuarias. Pasaba por aquí y pensé en felicitarla.

—¿Felicitaciones?

Nell no alargó la mano hacia la tarjeta. Sabía lo que pondría: un cargo con apariencia oficial, suficiente para intimidar a los incautos, pero demasiado vago para significar nada.

—Bueno, su pequeña operación ha crecido mucho en los últimos meses.

Paseó la mirada por el patio: las pilas de cajas, los trabajadores acarreando carga, los barcos amarrados en los muelles.

—Tantas caras nuevas. Envíos tan interesantes. De China, según tengo entendido. Y de las Américas.

Se volvió hacia ella con ojos fríos pese a la sonrisa.

—Siempre es grato ver a una mujer joven triunfando en un mundo de hombres. Impresionante, de verdad, la rapidez con que ha logrado... expandirse.

El tono con que lo dijo le revolvió el estómago.

—Si tiene alguna pregunta sobre licencias —dijo Nell con tono cortante—, puede hablar con mi representante.

Chasqueó la lengua con condescendencia.

—No hace falta todo eso, señorita Warrington. Los procedimientos legales son tan tediosos, ¿no cree? No vengo a causar problemas. Pero digamos que... algunos de sus acuerdos más atrevidos han llegado a oídos de ciertos departamentos. Departamentos que prefieren asegurarse de que todo se lleva a cabo... como es debido.

—¿Qué está insinuando?

Mantuvo la voz firme pese al miedo que le atenazaba el estómago.

—Nada en absoluto.

Levantó las manos con fingida inocencia.

—Considéreme un amigo. Uno que puede garantizar que ciertas irregularidades en sus manifiestos, una caja que falta aquí, un envío sin declarar allá, no lleguen a los informes oficiales. Pero quizá un gesto... una pequeña suma mensual... evitaría inspecciones

innecesarias. Todos queremos ahorrarnos el papeleo engorroso, ¿verdad?

A Nell se le revolvieron las tripas. Aquello no era una petición. Era una amenaza, pura y dura.

Miró a su alrededor y comprobó con consternación que varios trabajadores se habían apartado de sus tareas, percibiendo la tensión aunque no pudieran oír las palabras.

Por un momento, consideró negarse. Plantarle cara. Pero si de verdad trabajaba para la Autoridad Portuaria, o peor aún, si tenía contactos más arriba, podría echarlo todo abajo con un solo informe.

Alargó la mano hacia el bolso con un temblor que no lograba controlar, sacó unos billetes doblados del bolsillo interior y se los puso en la palma expectante.

—Es todo lo que llevo encima —dijo en voz baja—. Cójalo. Pero como vuelva por aquí, lo denuncio yo misma.

El Sr. Greeley se guardó los billetes con una sonrisa ladina.

—Considérelo una visita de cortesía. Un aperitivo de lo que está por venir. La próxima vez no seré tan amable. Ni tan barato.

Le recorrió el cuerpo con la mirada de un modo que dejaba claro que no solo le interesaba su dinero.

—Aunque estaría abierto a... otros arreglos, si anda escasa de efectivo.

Retrocedió, invadida por el asco.

—Fuera de mi propiedad.

—Por ahora.

Se tocó el ala del sombrero con burlona deferencia.

—Ya le avisaré.

Se dio la vuelta y se perdió en la niebla como si acabaran de charlar del tiempo.

Nell se quedó inmóvil, con el corazón desbocado y los muelles dando vueltas a su alrededor mientras intentaba recobrar el aliento. Aquello ya no eran solo rumores. Ya no era solo Jonny y sus matones, o Mei y sus advertencias en voz baja. Aquello era chantaje. Quedar al descubierto.

Y no sabía a quién acudir.

A la mañana siguiente, la oficina parecía más fría de lo habitual, con la niebla apretándose contra las ventanas como si los propios muelles se cerrasen sobre ella. Nell estaba encorvada ante el escritorio, los codos clavados junto al libro de contabilidad que no leía. Llevaba una hora allí sentada sin escribir nada. Los números le bailaban ante los ojos. Tenía la concentración hecha añicos. Solo podía pensar en la sonrisa de Greeley, en su voz untuosa, en cómo había doblado el dinero con dedos lentos y pausados.

La puerta crujió al abrirse. No levantó la vista.

—Me han dicho que tuviste visita —dijo Jonny.

Su voz siempre le provocaba una reacción. Lo odiaba.

Nell exhaló y alzó la vista. Ya estaba dentro, quitándose el abrigo como si aquello fuera suyo, con esa sonrisa suya, desenfadada e inescrutable.

—Las noticias vuelan —dijo con sequedad, recostándose en la silla.

—¿En lo mío? No queda otra.

Se dejó caer en la silla de enfrente y estiró las piernas. Sin pedir permiso.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó, dando un golpecito con los dedos sobre el libro de contabilidad cerrado.

—Tengo oídos en todos estos muelles. Ya lo sabes.

La observaba con demasiada atención, como si registrara cada gesto de su rostro.

—El chico del capitán del puerto lo vio marcharse. Dice que Greeley iba de lo más ufano.

Cerró el libro de contabilidad con más fuerza de la necesaria.

—Entonces también sabrás que intentó extorsionarme.

La sonrisa de Jonny se esfumó, sustituida por algo frío y calculador.

—¿Te puso las manos encima?

—No. —Le tembló la voz—. No así. Pero dejó claro que había visto demasiado. Y que no se callaría si no le pagaba.

Jonny se echó hacia atrás, estudiándola. El encanto despreocupado se esfumó, y en su lugar apareció algo más duro.

—¿Y le pagaste?

Asintió con la mandíbula apretada.

—Lo justo para que se largara.

Jonny soltó un silbido bajo y negó con la cabeza.

—Ese fue tu primer error.

—No te he pedido opinión, Jonny.

Las palabras le salieron más bruscas de lo que pretendía.

Se levantó de golpe; la silla chirrió contra las tablas del suelo.

—Te la doy igual.

Ella también se puso de pie, negándose a que él la dominara desde arriba, y alzó la voz:

—Lo tengo controlado.

—No, cariño —dijo él con frialdad, dando un paso hacia ella—, lo pospusiste. Alimentaste a la rata. Ahora volverá con más dientes.

Jonny ladeó la cabeza; el fantasma de una sonrisa le rozó los labios.

—Querías protección. Te la prometí. Esto es lo que implica.

Ella lo miró fijamente, con los puños cerrados a los costados y las uñas clavadas en las palmas.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada que te salpique —dijo él, más suave ahora—. Me aseguraré de que olvide tu nombre. Eso es todo.

No confiaba en él, no del todo. Pero algo en su manera de decirlo, tan tranquilo y seguro, le oprimió el pecho.

—Jonny...

De pronto, él alargó la mano y le colocó un rizo suelto detrás de la oreja. Un roce leve. Posesivo.

—No tienes que preocuparte por gusanos como él —dijo—. No mientras yo respire.

Se marchó antes de que ella pudiera replicar; la puerta se cerró tras él con una finalidad silenciosa.

A la mañana siguiente, Nell oyó los rumores mucho antes de que nadie se lo contara directamente.

Los muelles eran un hervidero de rumores, sobre todo cuando había violencia de por medio. Pasó junto a dos estibadores que cuchicheaban cerca del polipasto; bajaron la voz en cuanto ella se

acercó. Otro hombre la saludó con un gesto seco y se alejó deprisa en dirección contraria.

A media tarde, el nudo en el estómago se le había cerrado hasta provocarle náuseas. Algo había pasado. Algo que ella había puesto en marcha.

Cuando George por fin llamó a la puerta de la oficina del almacén, estrujando nervioso la gorra entre sus manos curtidas, ella supo lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Lo han encontrado, señorita. A Greeley. En el callejón de detrás del Sailor's Rest.

Ella dejó la pluma despacio; el plumín metálico arañó el papel.

—¿Lo han encontrado?

George se balanceó incómodo, con la mirada fija en algún punto por encima del hombro izquierdo de ella.

—Apaleado, señorita. La cara destrozada, llena de sangre. El brazo partido en dos, dicen. —Tragó saliva—. Tres costillas rotas. Tuerto de un ojo, quizá para siempre. Pero no le robaron nada. El reloj y la cartera seguían ahí. No fue un robo.

A Nell se le cayó el alma a los pies; un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se agarró al borde del escritorio para no tambalearse.

—Gracias, George. Eso es todo.

Se marchó sin decir nada más.

Se quedó mirando la pared un buen rato, sin ver nada.

Lo sabía. No quería creerlo, pero lo sabía. Este era el precio del trato que había cerrado meses atrás, cuando las cuentas no cuadraban y los acreedores la acosaban. Cuando Jonny había aparecido con su sonrisa fácil y sus soluciones aún más fáciles.

Cuando la puerta volvió a abrirse media hora después, no necesitó levantar la vista para saber que era él. El olor a lluvia y tabaco delató su presencia antes que sus pasos.

Jonny entró, tranquilo y despreocupado como siempre, sacudiéndose la lluvia de las mangas del abrigo. Ni siquiera tenía los nudillos magullados. Claro que no. Él no se manchaba las manos.

—De nada —dijo con voz desenfadada, como si le hubiera hecho un simple favor.

Nell se volvió despacio para mirarlo de frente. Tenía la garganta cerrada; las palabras pugnaban por salir.

—¿Tú... has hecho eso?

Él arqueó una ceja, casi divertido.

—Te dije que me encargaría.

Ella se levantó del escritorio, con la voz temblorosa.

—¡No dijiste que mandarías a alguien a... a romperle los huesos!

Él se encogió de hombros con tal indiferencia que a ella le hirvió la sangre.

—No creí que necesitaras los detalles.

—Dios, Jonny, es un funcionario. Esto no es una pelea de territorio entre los de tu calaña. Ahora has derramado sangre.

Él se acercó, con voz gélida.

—Intentó chantajearte. Eso lo convierte en una amenaza. Y dije... —Se inclinó hacia ella, la expresión de pronto afilada—. Nadie te amenaza mientras yo esté cerca.

Ella retrocedió un paso, con el corazón desbocado.

—Había otras formas...

—¿Las había? —espetó él; la primera grieta real en su compostura—. ¿Crees que darle unos billetes arrugados iba a hacer que olvidara lo que vio? ¿Crees que un hombre así se conforma con un solo pago? —Negó con la cabeza y soltó una risa amarga—. Estás metida en esto, Nell. Hasta el cuello. No puedes tirar dinero a los problemas y esperar que desaparezcan.

Negó con la cabeza, sin poder respirar.

—Esto no ha sido protección —susurró—. Ha sido un mensaje.

Él esbozó una leve sonrisa; un destello de aprobación le brilló en los ojos.

—Exactamente. Y ahora lo ha recibido. Fuerte y claro. Igual que todos los demás que tengan ideas de aprovecharse de ti.

Se llevó una mano a la frente, como para sostenerse, notando ya el inicio de una jaqueca palpitante.

—No pedí esto.

—Sí lo hiciste —dijo él con suavidad—. En el momento en que aceptaste aquel primer envío. En el momento en que me dejaste entrar. Querías protección. Esto es lo que implica.

Los ojos de ella se encontraron con los de él: enfadados, heridos, inciertos. Y por un instante, él pareció casi arrepentido. Pero enseguida desapareció, y en su lugar volvió esa máscara familiar e impenetrable.

—Aun así —añadió—, no quería que te preocuparas.

Se dio la vuelta y se marchó. El suave clic de la puerta al cerrarse tras él la dejó a solas con sus pensamientos.

El negocio por el que había luchado para mantener a flote tras la muerte de su padre se estaba transformando en algo irreconocible, algo más oscuro.

¿Era esto lo que significaba estar a salvo ahora?

¿Era esto en lo que se había convertido?

Llamaron a la puerta justo después del anochecer, tres golpes precisos que parecieron reverberar por toda la casa silenciosa.

Nell no respondió de inmediato. Se quedó inmóvil en el pasillo de la casa de Islington, mirando fijamente la puerta como si pudiera ahuyentar al visitante con la fuerza de su voluntad. La carta de su padre aún yacía abierta sobre el escritorio en la habitación contigua, con los bordes amarillentos ligeramente curvados por el aire húmedo de la noche. Palabras de orgullo y confianza, escritas con su letra firme, ahora manchadas por todo lo que ella había hecho desde que la carta llegara hacía seis meses.

Sé que cuidarás del negocio con la misma integridad que siempre he intentado mostrar...

Enderezó la espalda y abrió la puerta lentamente.

Elijah estaba allí con su abrigo, gotas de lluvia perladas sobre la lana oscura. Su expresión era indescifrable, pero en sus ojos se adivinaba la preocupación. Tenía el cabello húmedo por la llovizna, de un tono de marrón más oscuro de lo habitual. No sonrió, y eso le dijo todo lo que necesitaba saber sobre el motivo de su visita.

—¿Puedo pasar?

Su voz era formal, la voz que usaba cuando intentaba mantener las distancias.

Ella se hizo a un lado sin decir palabra, con el corazón martilleándole en el pecho.

Caminaron hacia el salón en silencio, con los pasos resonando en el suelo de madera. El fuego se había consumido en la chimenea y proyectaba sombras a lo largo de las paredes. Nell encendió la lámpara con mano temblorosa, y el cálido resplandor iluminó las líneas de preocupación alrededor de la boca de Elijah cuando se giró para enfrentarlo.

—Vienes por Greeley —dijo ella.

No era una pregunta.

Él asintió, quitándose el sombrero pero sin sentarse, como si no fuera una visita que pretendiera prolongar.

—Supongo que te has enterado.

—Por supuesto que me he enterado. Todo el mundo se ha enterado.

Mantuvo la voz firme por pura fuerza de voluntad.

Ella lo observó con atención. Él la estaba estudiando como siempre lo hacía, como si fuera un rompecabezas que intentaba resolver. No había juicio en su mirada, todavía no, pero había algo peor: decepción.

—Pensé que deberías saber —dijo, dando vueltas al sombrero entre las manos— que hay rumores que lo vinculan con tu almacén. O al menos con tu... compañía.

Nell sintió que la sangre se le iba del rostro y la dejaba mareada. Se agarró al respaldo de una silla cercana para no perder el equilibrio.

—No hay pruebas de eso —dijo, aunque sonó más derrotada de lo que pretendía. Las palabras sonaron huecas incluso a sus propios oídos.

—No —coincidió él, sin apartar los ojos de su rostro—. Pero tú y yo sabemos que eso no es lo mismo que ser inocente.

El silencio se extendió entre ellos. La respiración de Nell se volvió superficial. Apartó la mirada, incapaz de soportar el peso de aquellos ojos por más tiempo.

—¿Has venido a acusarme? —preguntó finalmente, levantando la barbilla con desafío.

—No.

Su voz era tranquila ahora, más suave.

—He venido porque estoy preocupado por ti.
Sus defensas flaquearon, solo por un segundo.

—No deberías estarlo.

—No estoy aquí de uniforme, Nell.

Colocó el sombrero cuidadosamente sobre la mesa auxiliar.

Ella finalmente volvió a mirarlo a los ojos.

—Sé que estás atrapada en algo —dijo, dando medio paso hacia ella—. Lo veo cada vez que te miro. Las ojeras. Esa sonrisa que nunca te llega a los ojos.

Hizo una pausa y bajó aún más la voz.

—Te estás ahogando y finges que no.

Su compostura se resquebrajó. Se dio la vuelta y se agarró al respaldo de la silla más cercana hasta que los nudillos se le pusieron blancos, concentrándose en el dolor para no desmoronarse por completo.

—No sé qué hacer —susurró, y la confesión le brotó de la garganta—. Estoy acorralada. Les debo dinero a personas... personas que no aceptan un no por respuesta. Siento que me han arrebatado todas mis opciones, una por una, hasta que no queda nada más que malas decisiones.

—Dímelo —dijo él, con la voz firme como un ancla—. Dime qué está pasando. ¿Quién está detrás de esto? ¿Es Jonny?

Se le quebró la voz.

—No puedo.

Él dio otro paso adelante, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera oler la lluvia en su abrigo.

—Nell...

—¡He dicho que no puedo! —gritó, girándose bruscamente, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas—. Es demasiado tarde. Todo ha ido demasiado lejos. Sigo intentando arreglarlo, pero cada decisión lo empeora. Una concesión lleva a otra, y a otra, hasta que...

Se interrumpió, retorciéndose las manos.

—Ya no soy quien crees que soy, Elijah. No estoy segura de haberlo sido nunca.

Estaba sollozando, lágrimas silenciosas y furiosas que caían más rápido de lo que podía contenerlas. Se odiaba a sí misma por aquella debilidad, por dejar que él la viera desmoronarse.

Elijah no habló. Simplemente dio un paso adelante y la envolvió en sus brazos, con una mano acunándole la nuca y la otra firme sobre los hombros.

Por un momento, Nell se dejó caer contra él, contra su calidez, su firmeza, la seguridad que había estado anhelando. Se aferró a la solapa de su abrigo y enterró el rostro en su hombro, aspirando el aroma a lana, a lluvia, a él.

—Yo no quería que pasara nada de esto —susurró contra la tela.

—Lo sé —murmuró él, con el aliento cálido contra el cabello de ella—. Lo sé.

Ella se apartó lo suficiente para mirarlo, y a la tenue luz del fuego, sus rostros quedaron a solo unos centímetros de distancia. Él parecía diferente de alguna manera, menos el oficial severo y más el hombre que había vislumbrado en esos raros momentos en que bajaba la guardia. La mano de él le rozó la mejilla, limpiándole una lágrima con el pulgar, un gesto tentativo pero seguro. A ella se le aceleró la respiración, como si le faltara el aire, y la habitación se volvió de repente demasiado cálida.

Entonces él la besó.

Fue suave al principio, pero cargado de todo lo no dicho entre ellos, meses de conversaciones que rondaban lo que realmente querían decir. Nell no se resistió. Se inclinó hacia él y deslizó la mano hasta su nuca, entrelazando los dedos en su cabello húmedo, necesitada de que algo se sintiera real en medio de la red de mentiras que había tejido a su alrededor.

Cuando se separaron, con los ojos aún húmedos de lágrimas, ella escrutó su rostro, deseosa de conocer sus pensamientos, sus sentimientos, de saber si aquello cambiaba algo entre ellos.

Elijah parecía consternado; la comprensión de lo que había hecho asomaba en sus ojos. Retrocedió un paso, apartó las manos de ella y recordó de pronto quién era.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Ha sido... No debería haberlo hecho. No ahora. No así.

Ella no respondió; la decepción titilaba en sus ojos como el fuego moribundo a su espalda.

Recogió el sombrero de la mesita auxiliar; el momento se deshilachaba entre sus manos.

—Debería irme.

—Elijah... —comenzó ella, pero ¿qué podía decir? ¿Que no estaba involucrada? ¿Que podía explicarlo? Las mentiras se le atragantaron.

La puerta principal se cerró tras él con un suave clic que pareció resonar por toda la casa vacía.

Nell se dejó caer al suelo junto a la chimenea. No intentó contener las lágrimas, que ahora caían libremente y le salpicaban el vestido.

Dos hombres le ofrecían protección. Jonny, con su encanto peligroso y sus métodos inflexibles. Elijah, con su firme brújula moral y su genuina preocupación. Uno quebrantaría la ley para mantenerla a salvo; el otro la respetaba, incluso a costa propia.

Y ahora sabía, con devastadora claridad, que Elijah era a quien quería.

Pero mientras el fuego moría, sumiendo la habitación en una sombra más profunda, una certeza más fría la invadió: aquel frágil sentimiento entre ellos, ¿sería otra elección que acabaría en problemas para ambos?

O peor aún, ¿su conexión con Jonny destruiría cualquier oportunidad que ella y Elijah pudieran haber tenido, antes incluso de que empezara?

Se quedó mirando las llamas moribundas, sin ver respuestas en su luz parpadeante.

CAPÍTULO 14



La neblina matutina se extendía sobre Limehouse como un sudario, gris y cargada de olor a humo de carbón. Las gaviotas graznaban en lo alto, sus voces lúgubres mezclándose con el lejano estruendo de las grúas de carga.

Dentro del almacén, Nell revisaba el manifiesto de envío para la próxima entrega, intentando acallar el zumbido de ansiedad en su pecho. La conversación de la noche anterior con Elijah resonaba en su mente. Su beso, la calidez de sus manos en su rostro, el peso de su decepción. Peor que todo eso era la terrible certeza de que cada día que pasaba se alejaba más de la persona que él creía que era, de la persona que ella quería ser.

Un golpe seco interrumpió su concentración y la hizo sobresaltarse.

Levantó la vista y vio a Owen, uno de sus estibadores más fiables, que aguardaba en el umbral. Se quitó la gorra y la retorció entre las manos.

—Tiene que oír algo, señorita Warrington. Es sobre el próximo envío.

Se le cayó el alma a los pies. Incluso antes de que hablara, lo supo. Otro problema, otra amenaza. Se multiplicaban como ratas en la bodega. —Continúa.

—Corren rumores en los muelles —dijo, echando un vistazo atrás antes de entrar—. Se dice que alguien planea interceptarlo. Una banda rival. Y no es un simple robo, es sabotaje en toda regla. Dicen que es personal.

—¿Quién dice eso? —exigió.

Owen se removió incómodo. —Todos y nadie. Rumores, sobre todo. Pero el mismo nombre no deja de aparecer: Thomas Thorne. Uno de esos tipos del East End con muchos contactos y peor genio. Dicen que controla la mitad de las rutas al norte del río. Lleva tiempo husmeando en su operación. No le gusta que usted mueva mercancía y gane dinero en lo que él considera su territorio.

Nell se apoyó contra una caja mientras la visión se le estrechaba por los bordes. Se llevó los dedos a las sienes.

—Creía que el último envío había salido limpio.

—Así fue. Pero alguien ha estado vigilando. Quizá Greeley habló antes de... bueno, antes de lo que le pasó. O quizá su nombre ha empezado a sonar demasiado.

Vaciló y añadió: —Algunos de los muchachos están nerviosos. Peters se largó esta mañana. Johnson dice que su mujer no le deja volver después de lo que le pasó a Greeley. Dicen que ya no merece la pena por el dinero. Que la cosa está muy caliente.

Nell apretó la mandíbula. —Entiendo. Diles que me ocuparé. Estarán a salvo.

Pero cuando Owen asintió y se marchó, ni ella misma se creyó sus propias palabras.

Por primera vez, no veía salida.

Y peor aún, ya no estaba segura de en quién podía confiar. Agarró la capa y se dirigió al barrio chino. Sabía que la paciencia de Mei Ling se estaba agotando de tanto llevarle problemas a su puerta, pero no tenía adónde más acudir ahora que Elijah no era una opción. No después de anoche. No después de aquel beso que lo cambió todo y nada a la vez.

La botica olía a clavo, con un trasfondo agudo de algo acre, como hierbas quemadas. Era tan temprano que las calles estaban desiertas, pero la tienda ya había abierto, y las linternas brillaban tras las ventanas enrejadas.

Nell empujó la puerta con más fuerza de la necesaria. La campanilla tintineó sobresaltada.

Mei Ling levantó la vista desde el mostrador del fondo, donde molía algo oscuro y aceitoso en un mortero de latón. Llevaba las mangas remangadas hasta el codo, las manos serenas y firmes. A diferencia de Nell, Mei nunca parecía alterarse, nunca perdía el control.

—Llegas temprano —dijo con voz neutra, aunque sus ojos oscuros la escrutaban, evaluadores.

—No estaba segura de poder venir —respondió Nell, cerrando la puerta tras de sí y echando el cerrojo. No quería interrupciones. No ahora—. ¿Hay alguien más?

—Solo nosotras —dijo Mei. Dejó a un lado su trabajo y se limpió las manos en un paño—. He mandado a Xiu al mercado.

Mei la observó un momento, reparando en su aspecto desaliñado, en las ojeras que le marcaban el rostro. —Ha pasado algo.

Nell cruzó la tienda en tres zancadas, se detuvo en seco ante el mostrador y clavó la mirada en su amiga. —Nos están atacando. Un contrabandista rival, Thomas Thorne. ¿Te suena el nombre?

Mei asintió. —Por desgracia.

—Planean apoderarse del próximo envío. Sabotearlo. O a nosotras. Y mi gente, lo que queda de ella, está asustada. No puedo protegerlos. No puedo proteger nada.

Se le quebró la voz en la última palabra y parpadeó deprisa para contener las lágrimas que le quemaban los ojos. Ya había llorado delante de Elijah la noche anterior; no iba a derrumbarse otra vez tan pronto.

Mei dejó la mano del mortero. —Así que ahora entiendes a qué me refería.

—¿Qué hago? —preguntó Nell en voz baja, con una fiereza desesperada—. Jonny dirá que puede arreglarlo con sangre. Pero yo... ya no puedo seguir con esto.

Mei le indicó con un gesto que se sentara en el taburete bajo junto al mostrador. Nell obedeció; ahora que había dejado de moverse, le temblaban las piernas.

Su rostro permanecía cuidadosamente neutro, pero sus ojos mostraban una amabilidad que pocos llegaban a ver. —Desapareces.

Nell alzó la vista, sobresaltada, convencida de haber oído mal.

—Quemas el almacén —dijo Mei, como si no estuviera sugiriendo nada más dramático que cerrar un libro de cuentas—. Dices que fue otro incendio en los muelles. No se encontraron supervivientes. Desapareces.

Hizo un gesto fluido con su elegante mano.

—Nadie cuestiona lo que ya es ceniza.

Nell la miró fijamente, horrorizada. —¿Lo dices en serio? —las palabras le salieron en un susurro estrangulado—. ¿Fingir mi propia muerte?

—Por supuesto. —La expresión de Mei no cambió—. No puedes seguir al frente de esta operación, no con rivales como Thorne pisándote los talones y la policía estrechando el cerco. ¿Crees que Jonny puede luchar contra todos? Hasta él tiene límites.

Hizo una pausa.

—Y aunque pudiera, ¿es eso lo que quieres ser? ¿La mujer que deja que muelan a palos a sus hombres para proteger su negocio?

—No puedo abandonar el negocio —susurró Nell, retorciendo la tela de la falda entre las manos—. Es el legado de mi padre, lo único que me queda de él.

—Tu padre ya no está —dijo Mei con dulzura, pero también con firmeza—. Y el hombre que fue no querría esto para ti. No querría verte asustada, expuesta, perdiendo el alma poco a poco.

Nell apartó la mirada, tragándose el nudo de la garganta. Sabía que Mei tenía razón. El padre al que había idolatrado no reconocería aquello en lo que se había convertido por intentar salvar desesperadamente lo que él había construido.

—Podrías empezar de nuevo —dijo Mei, ahora con más suavidad. Alargó la mano sobre el mostrador para tocar la de Nell; tenía los dedos cálidos y firmes—. En otro lugar. Otra ciudad. El continente, quizás. Con un nombre nuevo. Eres lista de sobra. Tienes dinero escondido, no lo niegues, sé que lo tienes. Tengo contactos. Puedo ayudarte a desaparecer.

A Nell le tembló la voz.

—¿Y no volver a ver a Elijah?

Mei no respondió.

Aquel silencio resultó más brutal que cualquier respuesta.

Nell apretó los puños contra el regazo, intentando mantenerse entera. Había luchado demasiado, arriesgado demasiado, para que todo acabara en humo. Pero quedarse podría matarla. O a alguien a quien amaba.

—Tienes que elegir —dijo Mei—. Poder o libertad. No puedes quedarte con las dos cosas.

Nell observó las manos de su amiga moviéndose con su ritmo constante, y envidió su certeza, su claridad. Llevaba demasiado tiempo en equilibrio sobre el filo. Era hora de elegir hacia qué lado caer.

La oficina del almacén estaba envuelta en penumbra; la única lámpara de gas proyectaba largas sombras contra las paredes. Nell entró con los hombros tensos por el peso de lo que Mei había dicho. *Quemas el almacén. Dices que fue otro incendio en los muelles. No se encontraron supervivientes. Desapareces.* La idea de marcharse, de quemarlo todo, le parecía la muerte misma. El fin de todo aquello por lo que había luchado. Y sin embargo, ¿no era eso en lo que se había convertido su vida? Una muerte lenta a base de mil concesiones.

No había dado más de dos pasos cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

Jonny estaba junto a la ventana; la llama de la cerilla le iluminó brevemente el borde de la sonrisa mientras encendía un cigarrillo.

—Buenas noches, milady —dijo, mientras el humo le salía de los labios como una serpiente—. No esperaba verte por aquí a estas horas. Pensé que estarías acurrucada en esa elegante casa tuya de Islington.

Nell no dejó que se le notara la sorpresa. Eso al menos lo había aprendido: nunca darle a Jonny la satisfacción de pillarla desprevenida. Se quitó los guantes con parsimonia, dedo a dedo.

—Tenía algunas cosas en las que pensar —dijo, con voz neutra.

—Sobre Thomas Thorne, apostaría. —Dio otra calada; la brasa del cigarrillo brilló anaranjada en la penumbra. No era una pregunta,

sino una afirmación.

Nell se tensó.

—¿Entonces los rumores son ciertos?

—Vaya si está husmeando. Envió a uno de sus muchachos a hacer preguntas sobre tus manifiestos. Muy sutiles, esa gente.

Dio otra larga calada y la observó con atención, el humo velándole la expresión.

—Deberíamos ocuparnos de esto antes de que la cosa se ponga fea. Antes de que se crezca.

—Y por «ocuparnos de ello», asumo que no te refieres a enviar una carta.

Jonny soltó una risita.

—Las cartas son para gente que se preocupa por dejar pruebas y guardar las formas. Yo hablo de enviar un mensaje, de los que la gente no olvida.

Nell no respondió de inmediato. Se acercó al escritorio y fingió revisar los libros de contabilidad, cualquier cosa con tal de evitar la intensidad de aquella mirada. La pluma estilográfica de su padre seguía donde la había dejado esa mañana; el plumín dorado reflejaba la luz de la lámpara. ¿Qué pensaría él de ella ahora? ¿De las decisiones que estaba sopesando?

—Puedo encargarme de Thorne —continuó Jonny, acercándose—. Ya tienes bastante con mantener el negocio a flote. Déjame a mí el trabajo sucio.

Ella levantó la vista y le estudió el rostro. Había algo casi tierno en su expresión, un aire protector que habría resultado conmovedor de no ser tan peligroso.

—¿Y qué me costará? —preguntó en voz baja.

La sonrisa de Jonny se ensanchó.

—Nada más de lo que ya me das. Confianza. Creer que estamos del mismo lado.

Nell tragó saliva.

—¿Y estás seguro de que es la única manera?

—¿Quieres conservar este negocio? ¿Tu nombre, tus rutas, tu posición? —Jonny extendió las manos con las palmas hacia arriba, como si la respuesta fuera obvia—. Entonces sí. En este mundo, en

nuestro mundo, necesitas a alguien dispuesto a ensuciarse las manos para que las tuyas sigan limpias. —No le apartó la mirada ni un instante, con ojos intensos e inquebrantables.

Se apoyó en el escritorio y bajó la voz una octava.

—Has hecho lo más difícil, Nell. Construiste algo. Levantaste algo de entre los escombros que dejó tu padre. Impones respeto aquí abajo. Hasta los viejos lobos de mar que antes no habrían mirado dos veces a una mujer ahora se tocan la gorra cuando pasas. Lo único que necesitas es alguien que mantenga a raya a los lobos.

Ella le sostuvo la mirada, y por un momento volvió a sentir aquella vieja excitación. La atracción del peligro, la promesa de control, la tentación de alguien que quemaría el mundo entero por ella.

—No tienes que huir de nada de esto —dijo él, que leía el conflicto en sus ojos con una precisión inquietante—. No cuando podrías ser su dueña. Hacerlo crecer. Conseguir que todos recuerden tu nombre.

Nell esbozó una sonrisa calculada.

—Gracias, Jonny. Valoro tu lealtad.

Él la estudió durante un largo momento, como si intentara leer bajo la superficie, y luego se tocó un sombrero imaginario y se apartó del escritorio.

—Solo di la palabra, cariño. Un gesto tuyo y Thorne desaparece. —Dio una última calada al cigarrillo antes de aplastarlo bajo el talón—. Piénsalo. Estaré por aquí.

Cuando él se marchó, Nell se quedó muy quieta en el silencio.

A los ojos de Jonny, ella seguía siendo la Reina de los Muelles, intocable y feroz. ¿Era esa una posición que debería abandonar a la ligera? Pese a toda la brutalidad de Jonny, él le ofrecía una certeza que Elijah no podía darle. La promesa de que podría mantener intacto el legado de su padre, de que no tendría que desaparecer en una nueva vida anónima, empezar desde cero.

Quizás Mei se equivocaba. Si Jonny conseguía deshacerse de aquella última amenaza de Thomas Thorne, todo podría volver a la normalidad. El negocio podría prosperar. El nombre de su padre

viviría a través de ella. ¿Y no era eso lo que había querido desde el principio?

Elijah o Jonny. Huida o lucha. La mujer que era o la mujer en la que podría convertirse.

La lámpara de gas parpadeó y las sombras danzaron sobre las paredes. ¿Qué clase de reina quería ser en realidad?

En la comisaría de Cable Street reinaba una calma inusual para un jueves por la noche. La lluvia repiqueteaba sin cesar contra las ventanas. El inspector Elijah Hart, encorvado sobre su escritorio, se afanaba con la pila de informes que desbordaba su bandeja de entrada.

Llamaron a la puerta. Era el agente Peters. Llevaba papeles bajo un brazo y un expediente aferrado en el otro, los nudillos blancos de lo que bien podía ser nerviosismo.

—Señor, disculpe la interrupción —dijo Peters, con un ligero temblor en la voz—, pero ha llegado algo del puesto de control del Támesis. La aduana ha marcado un envío de cajones que no coincide con la lista de carga declarada. Piden que se atienda de inmediato.

Elijah alzó la vista y entornó ligeramente los ojos bajo las cejas pobladas.

—¿Dónde?

—Almacén 14, Limehouse Basin. Warrington & Company.

Se le tensó la espalda y algo frío le recorrió la columna. Warrington: el negocio de Nell. El negocio que su padre había levantado de la nada. El mismo negocio de cuyos libros de contabilidad ella se mostraba cada vez más reacia a hablar.

—¿Qué había dentro? —preguntó, con una voz que no dejaba traslucir la tormenta que se gestaba en su interior.

Peters abrió el expediente y las páginas crujieron en la habitación silenciosa.

—Las marcas coinciden con las de una red de opio que opera desde Cantón. Confirmaron pequeños rastros de alta calidad, según pudieron determinar los inspectores. Estaba oculto bajo rollos de tela de seda y lámparas.

Elijah tomó el expediente con manos firmes que desmentían el temblor de su pecho. Recorrió con la mirada el informe de aduanas, el número de seguimiento del cajón, la declaración falsificada en las narices de su propio departamento. Un sudor frío le perló la frente cuando sus ojos descendieron hasta la línea de la firma.

Thomas Finch, uno de los encargados del muelle de Nell. Y más arriba, garabateadas con trazo apresurado pero inconfundible, sus iniciales. EW. Eleanor Warrington.

Un pesado silencio se instaló entre los dos hombres. Peters, claramente incómodo con el peso de la situación, carraspeó.

—Hay una recomendación de la oficina de aduanas, señor. Quieren abrir una investigación formal. Con toda la documentación. Interrogatorios. Podría ser muy sonado, dadas las... conexiones.

Elijah asintió lentamente, el rostro deliberadamente inexpresivo.

—Gracias, agente. Me encargaré de esto personalmente. Ni una palabra a nadie más, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió Peters con evidente alivio, retrocediendo hacia la puerta—. Buenas noches, inspector.

Cuando la puerta se cerró con un chasquido, Elijah dejó caer la cabeza entre las manos. Depositó el informe sobre el escritorio y se quedó mirándolo fijamente mientras las palabras se difuminaban.

Nell.

Había habido dudas. Rumores en ciertos círculos de que una mujer no podía dirigir una compañía naviera sin hacer trampas. Él lo había atribuido a las presiones del negocio, al peso de ser mujer en un mundo de hombres. Pero esto era una prueba. Una prueba fría y cruel de que los rumores tenían fundamento.

Ella no había negado nada. Había llorado en sus brazos, las lágrimas empapándole la camisa. Le dijo que había empezado como algo pequeño que se le fue de las manos. Que ahora estaba atrapada, metida hasta el cuello.

Y ahora él sabía por qué.

Apoyó los codos en el escritorio y se llevó los dedos a la boca, sintiendo el áspero roce de la barba de un día. Sentía el pecho vacío, el corazón latiéndole con un golpeteo sordo y doloroso tras las costillas.

Quería creer desesperadamente que era un error. Que alguien había colocado los cajones. Que le habían tendido una trampa sus rivales. Que ella desconocía la verdadera naturaleza de lo que transportaban sus barcos.

Pero la conocía bien, conocía su meticulosa atención al detalle. Sabía cómo examinaba cada factura, cómo supervisaba personalmente cada envío importante. Ningún detalle se le escapaba. Así era como había sobrevivido en aquel negocio despiadado.

Ella lo había sabido. Y aun así, había dejado que la besara como si él fuera lo único bueno que le quedaba en la vida.

Volvió a coger el informe, sosteniéndolo como si pesara mucho más de lo que debería pesar el papel.

Entonces, en voz baja, casi inaudible, susurró:

—Nell... ¿qué has hecho?

La lámpara de gas silbaba quedamente en el silencio, proyectando largas sombras sobre las paredes.

Fuera, la lluvia arreció, golpeando contra las ventanas con creciente urgencia, como si advirtiera de una tormenta que se avecinaba.

Y Elijah supo que la línea que en otro tiempo había existido entre su corazón y su placa —esa frágil frontera que había mantenido con tanto esmero— se había desvanecido.

CAPÍTULO 15



El golpe en la puerta resonó por toda la casa como un disparo, seco y definitivo.

Nell se estremeció en el desgastado sillón del salón, con una taza de té medio vacía olvidada en la mesita auxiliar. Llevaba esperando este momento desde el amanecer, tal vez incluso presintiendo su llegada, cuando el silencio de la mañana se había prolongado demasiado y el aire alrededor del almacén había vuelto a cargarse de vigilancia. Las miradas de reojo de sus hombres se habían vuelto insoportables. Unas preocupadas, otras suspicaces, hasta que había buscado refugio en el vacío consuelo del hogar.

Se dirigió a la puerta con pasos de plomo; los dedos le vacilaron en el pestillo antes de abrirla despacio.

Elijah estaba en el umbral, con la lluvia reluciendo sobre sus anchos hombros y el cabello oscuro empapado. Tenía la mandíbula apretada con fuerza, los ojos aún más oscuros, no de ira, advirtió ella con una punzada, sino de decepción. Eso era infinitamente peor.

—¿Puedo pasar? —Su voz sonaba contenida, profesional.

Ella retrocedió sin decir palabra y le indicó el salón.

La puerta se cerró tras ellos con un suave clic. Él no se quitó el abrigo salpicado de lluvia. No aceptó el asiento que ella no ofreció. No habló durante un largo momento que se extendió entre ambos como una acusación.

Nell se preparó y cuadró los hombros.

—Elijah...

—No —la cortó él en seco, antes de que pudiera articular las excusas que había estado ensayando—. Antes de que sigas mintiéndote, necesito que escuches.

Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó un fajo de documentos atados con cordel. Los arrojó sobre el asiento, junto a ella.

—Hay un testigo —dijo—. Un estibador. Dice que te vio revisar las cajas antes de que llegara la aduana. Dice que diste instrucciones específicas para dejar una de ellas fuera del manifiesto. Hay una firma en la orden de envío. La tuya. Y hay más. Cajas reetiquetadas, contenidos declarados en falso.

Nell no bajó la vista hacia los papeles. No lo necesitaba. Los había visto todos, algunos con su propia tinta aún fresca en los márgenes.

Su silencio quedó suspendido en el aire, una admisión más incriminatoria que cualquier confesión.

A Elijah se le tensó la mandíbula.

—Necesitaba que estuviera equivocado. Necesitaba que alguien te hubiera tendido una trampa.

Los hombros se le hundieron ligeramente.

—Pero lo hiciste tú.

Aun así, ella no dijo nada, con la garganta demasiado cerrada para hablar.

Él dio un paso adelante, le puso ambas manos en los hombros con suavidad y se inclinó hacia ella.

—¿Sabes lo que eso significa, Nell? ¿En qué te has metido?

Se le quebró la voz.

—Confié en ti.

Nell tragó saliva.

—Yo no te pedí que confiaras en mí.

—Pero la aceptaste —espetó él, y los dedos se le crisparon brevemente en los hombros de ella antes de soltarla—. Me dejaste creer... Dios, me dejaste creer que eras mejor que todo esto. Que eras diferente.

Por fin ella le sostuvo la mirada. En sus ojos no había ira. Solo agotamiento.

—¿Has venido a arrestarme? —No era realmente una pregunta.

—Debería —dijo él—. Debería haberlo hecho en cuanto crucé esa puerta.

Se quedaron en silencio; el único sonido, el débil tictac del reloj de pared. Elijah se enderezó despacio y puso distancia entre ambos, como si la cercanía de ella le nublara el juicio.

—Necesito que me digas algo —dijo al fin—. Y quiero la verdad, Nell. Nada de medias verdades. Nada de evasivas.

Nell asintió una sola vez.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué todo esto?

Y entonces se le quebró la voz.

—Solo quería hacer lo correcto por las familias de los fallecidos —dijo, apenas en un susurro.

—Después del naufragio... lo perdieron todo. Esposos, hijos, hermanos, y luego también el sustento. El dinero de la compañía no llegaba. Declararon nulo el seguro. Tenía que encontrar algo, lo que fuera, para que no pasaran hambre. Y luego la cosa se me fue de las manos. Y luego ya era demasiado tarde.

Elijah cerró los ojos durante medio segundo, como si el peso de aquellas palabras le hubiera asestado un golpe.

Cuando volvió a abrirlos, ella lo vio: la guerra que libraba en su interior.

Amor y ley. Justicia y misericordia. Deber y corazón roto.

Él no habló.

No hacía falta.

Nell se apartó de él, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho y la respiración entrecortada.

Elijah se quedó donde estaba, pero la mirada la siguió como una sombra. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más calmada, más mesurada. Pero no menos cortante.

—No he venido solo por el contrabando.

Ella alzó la vista con cautela.

Volvió a meter la mano en el abrigo y sacó otro papel doblado, con las esquinas manchadas de hollín. Lo dejó sobre el escritorio,

junto a los demás.

—¿Recuerdas el incendio? ¿El que dañó tu almacén? Me dijiste que creías que había sido un rival. Thomas Thorne. Yo también lo creí.

Hizo una pausa.

—Pero no fue él.

Nell frunció el ceño, con genuina confusión reflejada en el rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Seguí el patrón —dijo—. Ha habido una serie de incidentes. Incendios, cajas robadas, tácticas de intimidación, todos vinculados a patios de carga de Warrington & Co. Y siempre la misma firma en cada incidente: la Jota de Corazones.

Ella parpadeó despacio, recordando la misma carta que habían dejado en el primer incendio del almacén.

—¿Y?

A Elijah se le oscureció la mirada.

—Así que indagué más a fondo. ¿Y sabes qué nombre no dejaba de aparecer? Discretamente, pero con la frecuencia suficiente para levantar sospechas.

Una larga pausa.

—Jonny Collins.

Nell no habló. No pudo.

—Él es quien difunde el nombre de Thorne como tapadera. Él organiza las amenazas. Incluso el sabotaje de las cajas. Todo empezó cuando comenzaste a trabajar con él. Lleva meses orquestándolo —Elijah tenía los puños apretados a los costados—. El caos justo para asustarte. El daño justo para resultar creíble. Y la protección justa para que confiaras en él.

Elijah se acercó a ella y su expresión se suavizó ligeramente.

—Te quería sometida. Asustada. Dependiente de su fuerza, de sus contactos, de sus promesas de seguridad.

—No —susurró, sacudiendo la cabeza—. No. Eso no tiene sentido. Él me ayudó. Me advirtió de las amenazas. Él...

—...se hizo indispensable —concluyó Elijah con tono sombrío—. Así funciona el control, Nell. Creas la enfermedad y luego vendes la cura.

Se desplomó en la silla más cercana, como si las rodillas le hubieran fallado. La realidad de todo aquello, la elaborada trampa en la que había caído, la arrolló como una ola tras otra.

—Pensé... —se interrumpió. Demasiados pensamientos colisionaban en su mente, ninguno coherente—. Pensé que me estaba ayudando a sobrevivir.

La voz de Elijah se volvió más suave, teñida de algo parecido a la compasión.

—Te ayudaba a sobrevivir a una trampa que él mismo había tendido.

Nell lo miró con los ojos muy abiertos, herida.

—¿Por qué haría algo así? ¿Qué gana él?

—Porque el poder es como el opio para hombres como él —dijo, poniéndose en cuclillas frente a ella para mirarla a los ojos—. No les basta con quedarse una parte de tu negocio o tus ganancias. Quieren poseerte. Quieren ser la mano que da de comer y la mano que golpea. Quieren que les agradezcas las migajas de lo que siempre fue tuyo.

Se cubrió el rostro con ambas manos mientras los hombros se le hundían hacia dentro.

—Soy una idiota —susurró entre los dedos.

—No —dijo él en voz baja, y le apartó las manos del rostro con suavidad—. No lo eres. Intentabas salvar lo que te importaba. Personas que no tenían a nadie más. Él simplemente... supo exactamente cómo convertir esa bondad en algo que pudiera explotar.

El silencio se instaló entre ellos, cargado de posibilidades no dichas y arrepentimientos.

—¿Y ahora? —preguntó al fin, con la voz rota—. ¿Qué pasa ahora, Elijah?

El rostro de Elijah se endureció.

—Ahora, Nell... tienes una opción. Tal vez puedas decir la verdad, si es que aún recuerdas cómo.

El silencio en la habitación se volvió denso, como una niebla que presionara desde cada rincón. Afuera, la lluvia arreció y tamborileaba contra las ventanas con ritmo irregular.

Nell permanecía sentada con los hombros hundidos y las manos temblorosas en el regazo. Las contemplaba fijamente: manos que en otro tiempo habían firmado manifiestos con aplomo, contado monedas y sellado tratos con un apretón. Ahora la traicionaban, trémulas como hojas de otoño. Los últimos vestigios de su compostura se desmoronaban, se deshacían como ceniza.

—Nunca quise que esto pasara —dijo con la voz quebrada—. No me desperté un día y decidí dedicarme al contrabando de opio.

Elijah no dijo nada. Se había acercado a la ventana y apoyaba una mano en el marco mientras observaba las gotas de lluvia perseguirse por el cristal. Su silencio no era compasivo; era una exigencia. Simplemente esperaba.

Se obligó a continuar, a dejarlo salir todo.

—Cuando el Eleanor se hundió y el dinero de las aseguradoras no llegó... vi a esas viudas presentarse en mi puerta, suplicando que las ayudara a llenar sus despensas vacías. Vi a sus hijos, con los ojos hundidos, vestidos de harapos. Y solo podía pensar: «Si no hago algo, morirán de hambre. Y será culpa mía».

Le sostuvo la mirada, con el peso de su vergüenza a la vista. No quedaba artificio alguno, solo la verdad descarnada que había ocultado durante tanto tiempo.

—Solo quería cumplir con ellas. Continuar lo que mi padre construyó. Que se sintiera orgulloso. Pero no conseguía que los números cuadraran. No podía pagar a las tripulaciones. Me estaba ahogando.

Tragó saliva.

—Y entonces alguien me hizo una oferta. No directamente, pero me dejó la puerta abierta. Y yo la crucé. Me dije que sería un solo envío. Luego otro. Luego ya fue demasiado tarde. Había deudas que no podía desenredar. Mentiras que no podía deshacer —alzó la vista, pero Elijah seguía con los ojos fijos en el cristal de la ventana.

—Jonny prometió protección. Me hizo sentir que aún tenía el control, que aún podía elegir —una sonrisa amarga le cruzó el rostro—. Pero cada paso me adentraba más en algo que no reconocía. El negocio que mi padre construyó se convirtió en... otra cosa. Y yo también.

Rio con amargura.

—¿Quieres la verdad, Elijah? Ya ni siquiera sé quién soy.

Elijah se dirigió al centro de la habitación, rígido, con el rostro impenetrable.

—Debería arrestarte —dijo al fin. No había ira en su voz. Solo un vacío.

—Lo sé —no soportaba oír la decepción en sus palabras. No de Elijah, que en otro tiempo la había mirado con tanta calidez, que en otro tiempo la había tenido en tan alta estima.

—Has cometido un delito grave. Múltiples delitos. Has mentido a funcionarios de aduanas, a tus propios trabajadores —su voz se endureció—. Has puesto vidas en peligro con esos envíos. Opio que acaba en manos de pobres desesperados, en los fumaderos de la orilla del río. Puede que seas responsable de alguna muerte en esos antros.

—Lo sé.

—Y lo peor de todo —añadió en un hilo de voz— es que me mentiste a mí.

Fue como un puñetazo en el estómago.

Nell parpadeó para contener las lágrimas que le anegaban los ojos, decidida a no dejarlas caer.

—No te mentí. No exactamente —incluso a sus propios oídos, las palabras sonaban patéticas—. Simplemente... no podía decirte la verdad.

—Eso es peor.

Se dio la vuelta y se pasó una mano por el cabello húmedo. Su silueta recortada contra la luz de la lámpara parecía envejecida. Desgastada por el peso de demasiadas concesiones, demasiadas decepciones.

No suplicó. No pidió comprensión ni perdón. Sabía que había agotado hasta la última gota de la fe que él tenía en ella. Hasta el último resquicio del beneficio de la duda que tan generosamente le había concedido.

Se quedó allí largo rato.

Luego, en voz baja, dijo:

—Deberías hacer una maleta.

Ella alzó la vista de golpe.

—¿Qué?

—Tienes que desaparecer. Esta noche. Si me quedo aquí mucho más, no tendré más remedio que entregarte. Mi deber se impondrá a...

Se calló, incapaz de nombrar lo que había entre ellos.

—Elijah...

Ella se levantó y dio un paso vacilante hacia él.

—No puedo volver a ayudarte, Nell —dijo, girándose hacia ella.

Tenía los ojos brillantes.

—Ya he cedido demasiado. Aquí se separan nuestros caminos.

Aquellas palabras —tan definitivas, tan absolutas— le oprimieron el pecho dolorosamente.

Dio otro paso adelante, con la voz temblorosa.

—¿De verdad es un adiós?

Él no respondió enseguida. Se acercó a ella, le tomó el rostro entre las manos y, por un momento, simplemente la miró, como si quisiera grabar cada detalle en su memoria.

Y entonces la besó, una sola vez, con suavidad. Como quien crea un recuerdo. Como quien cierra una puerta.

Cuando él se apartó, ella lloraba en silencio, lágrimas que le recorrían las mejillas y caían sobre los dedos de él.

—Nunca dejé de creer en la chica que conocí en los muelles —dijo él—. Pero no sé si todavía está ahí dentro.

Ella asintió, incapaz de hablar.

Y entonces él se marchó, alejándose de ella con dolorosa firmeza. Sus pasos resonaron en el pasillo, vacilaron un instante ante la puerta —un momento de duda, quizás, o simplemente de reticencia— y luego continuaron.

La puerta se cerró tras él con un clic.

Nell se quedó inmóvil en el silencio que siguió, mientras el peso de sus decisiones se asentaba como una piedra. Siguió allí mucho después de que la lluvia amainara hasta convertirse en llovizna, mucho después de que el fuego se apagara del todo en la chimenea.

CAPÍTULO 16



La mañana siguiente, Nell se despertó sobresaltada en el sillón donde había pasado la noche, con el cuello rígido y un dolor sordo palpitándole detrás de los ojos. No recordaba haberse quedado dormida, solo haber contemplado el fuego hasta que las llamas se convirtieron en brasas y luego en ceniza, marcando las horas con su lento declive.

El amanecer había llegado a pesar de todo, y su resplandor suave e implacable bañaba el salón, trayendo consigo la fría realidad de todo lo sucedido la noche anterior.

Durante un instante fugaz, todo pareció tranquilo, normal incluso. El peso familiar de la casa la envolvió como una vieja manta. A través de la ventana, podía ver el cerezo del jardín, con las ramas cargadas de flores primaverales.

Pero la ilusión se hizo añicos casi al instante cuando los recuerdos de la noche anterior regresaron en tropel. Elijah de pie bajo la lluvia, los documentos en las manos, la voz quebrada mientras hablaba de traición, deber y confianza perdida. El peso aplastante de todo aquello volvió a caer sobre ella, instalándose en su pecho hasta que cada respiración le costaba un esfuerzo.

«No puedo ayudarte otra vez, Nell». El eco de sus palabras aún parecía flotar en el aire.

Elijah le había dado una opción cuando salió de la casa con el corazón hecho pedazos. Pero ¿había sido realmente una opción?

Ahora comprendía la verdad con brutal claridad: si se quedaba, él no tendría más remedio que cumplir con su deber. Y no estaba segura de tener fuerzas para lo que vendría después: la humillación pública del arresto, las duras condiciones de una prisión de mujeres, el escándalo que destruiría lo que quedaba del legado de su padre... ni para ver una vez más la decepción en los ojos de Elijah mientras testificaba en su contra. Eso, quizás, sería el castigo más cruel de todos.

Aunque le había dado vueltas sin cesar durante toda la larga noche, examinándolo desde todos los ángulos, la respuesta siempre había sido la misma. No le quedaba otro camino que desaparecer.

Con un hondo suspiro, se levantó del sillón. La habitación se inclinó brevemente antes de estabilizarse. ¿Cuándo había comido por última vez? No lo recordaba.

Subió las escaleras lentamente, con una mano apoyada en la pared, cada paso como si cargara el peso de la casa sobre los hombros. Las tablas del suelo crujieron bajo sus pies: sonidos familiares desde la infancia. Qué extraño pensar que quizás nunca volvería a oírlos.

Se vistió con la ropa más sencilla que tenía, prendas pensadas para no llamar la atención.

De pie frente al espejo, se recogió el cabello en un moño pulcro, alisando los mechones rebeldes de las sienes. La mujer que la miraba desde el cristal parecía una desconocida: más vieja de lo que recordaba, demacrada y con los ojos hundidos, con una tristeza silenciosa grabada en los rasgos y nuevas líneas en las comisuras de la boca. ¿Cuándo habían aparecido?

Era el momento. La mañana no esperaría sus remordimientos ni sus dudas.

Bajó la escalera en silencio, rozando ligeramente la barandilla con la mano. Cada objeto de la casa le parecía de pronto precioso, cargado de recuerdos que pronto tendría que dejar atrás.

El reloj de pie del salón marcaba el tiempo con constancia, y cada campanada resonaba más fuerte en el silencio de la casa.

Fuera, la ciudad había comenzado a despertar: el traqueteo distante de las ruedas de los carros, el repiqueteo de los cascos, los gritos amortiguados de los vendedores ambulantes pregonando sus mercancías. La vida continuaba, ajena a su derrumbe privado.

Pero dentro, su mundo estaba inmóvil. Suspendido entre lo que había sido y lo que debía venir después.

Pasó al salón, ahora bañado por la luz de la mañana, y dejó que la mirada descansara brevemente en el sillón de orejas donde su padre solía sentarse a leer el periódico, con el humo de la pipa elevándose sobre su cabeza mientras murmuraba sobre rutas de navegación y regulaciones aduaneras. Qué decepcionado estaría de ver en qué se habían convertido su hija y su negocio. ¿O comprendería, quizás mejor que nadie, las elecciones imposibles a las que ella se había enfrentado?

Apenas podía creer que estaba a punto de dejarlo todo atrás.

Pero no podía detenerse en eso ahora. Ahora no.

Una vez más, quizás por última vez, tendría que pedirle ayuda a Mei Ling.

El tintineo familiar de la campanilla resonó suavemente cuando Nell entró en la botica de Mei Ling, un sonido a la vez reconfortante y discordante en su frágil estado. La luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas cubiertas con tela, bañando el interior con un resplandor cálido que contrastaba con la agitación que Nell sentía en el corazón.

Detrás del estrecho mostrador, Mei apenas levantó la vista de las hierbas que estaba moliendo, como si hubiera estado esperando a esta visitante en particular a esta hora en particular.

—¿Ha habido problemas? —preguntó Mei, alzando por fin los ojos para estudiar a Nell, que parecía casi irreconocible con su postura encorvada, los ojos enrojecidos y la ausencia del porte seguro que siempre la había definido. La pregunta era retórica.

Nell luchó por mantener la compostura.

—Se acabó, Mei —dijo en voz baja, con la voz áspera por una noche de lágrimas no derramadas—. Elijah lo sabe todo.

La mano del mortero se detuvo a mitad del movimiento, luego continuó con dos rotaciones más deliberadas antes de que Mei la

dejara con cuidadosa precisión junto al mortero de piedra.

—¿Cuánto sabe? —preguntó, con voz baja y firme—. ¿Necesito alertar a mi equipo?

Nell negó con la cabeza.

—No... no sabe nada de *tu* participación. Solo tiene pruebas de la mía. Mi nombre en los manifiestos. Una declaración de uno de mis estibadores. Me dio un ultimátum.

Su voz se quebró en la última palabra, y parpadeó rápidamente para contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. No lloraría aquí, en la tienda abierta donde cualquiera podría entrar. Le quedaba al menos esa dignidad.

—Ya veo —dijo Mei con calma, los ojos oscuros sin revelar nada de lo que pensaba. Extendió la mano y tocó el codo de Nell con dedos ligeros—. Ven a la trastienda. Tenemos mucho de qué hablar, y estas paredes —lanzó una mirada elocuente a la delgada partición que separaba la tienda de la calle— siempre han estado demasiado dispuestas a compartir sus secretos.

Ella tomó suavemente del codo y la guio hacia el interior. Nell no pudo evitar notar lo serena que permanecía Mei. Calmada, controlada, como si el caos no tuviera poder sobre su reino. Nell se preguntó, con amargura, por qué ella no había sido capaz de hacer lo mismo. Por qué su mundo se estaba desmoronando mientras Mei permanecía impasible como siempre, como una piedra en un río caudaloso.

La trastienda era pequeña pero estaba ordenada con esmero, con una mesa baja rodeada de cojines, una estufa de hierro fundido en la esquina y estantes con libros tanto en inglés como en chino. Un biombo pintado representaba garzas posadas en aguas brumosas, los largos cuellos arqueados en eterna vigilancia.

—Siéntate ahí —indicó Mei mientras se ocupaba de la pequeña estufa—. Voy a prepararte un té de menta. Te calmará los nervios. Ahora, cuéntame exactamente qué dijo el inspector Hart.

—Me dio una opción —susurró Nell—. Aunque apenas merece ese nombre. O desaparezco hoy, o me quedo y él no tendrá más remedio que arrestarme.

Mei asintió lentamente, sin pestañear, mientras medía hojas secas de menta en una pequeña tetera de arcilla. Sus movimientos eran precisos, casi ceremoniales. —Ya veo.

Hubo una pausa en la que solo se oía el suave borbotear del agua al hervir. Mei parecía estar calculando algo, sopesando opciones que Nell no alcanzaba a imaginar.

—¿Y Johnny? —preguntó finalmente, con un tono indescifrable mientras vertía agua humeante sobre las hojas. El aroma intenso y limpio de la menta llenó la pequeña habitación—. ¿Sabe algo de tu... situación?

Nell alzó la vista bruscamente. Ni siquiera había pensado en él.

—Yo... no creo que lo sepa —dijo—. Todavía no.

—Bien —dijo Mei—. Entonces aún tenemos tiempo.

Nell alzó la vista bruscamente. En su angustia por Elijah, ni siquiera había pensado en Johnny Collins ni en cómo reaccionaría cuando descubriera que ya no podía serle útil. Que ya no podía proporcionarle el acceso y la respetabilidad que su operación necesitaba.

—Yo... no creo que lo sepa —dijo, mientras un nuevo miedo le brotaba en el pecho—. Todavía no.

—Bien —dijo Mei, con un leve atisbo de alivio en la voz—. Entonces aún tenemos tiempo.

Colocó una pequeña taza de té frente a Nell, el líquido de un verde pálido y fragante. Nell la miró fijamente, buscando en ese rostro sereno alguna explicación.

—¿Tienes un plan? —preguntó, con un destello de esperanza por primera vez desde que Elijah se había marchado.

—Por supuesto —respondió Mei con suavidad—. En este tipo de trabajo, siempre tiene que haber un plan. Una contingencia para cuando las cosas inevitablemente salen mal. Pero no te va a gustar.

Nell suspiró, tomó la taza de té y dejó que el calor le calara en los dedos fríos. Se sentía agotada hasta lo indecible, vaciada por el arrepentimiento. —Hay muy poco de esta situación que me guste. ¿Qué podría ser peor de lo que ya estoy viviendo?

—Lo que estoy a punto de sugerir es... extremo. Pero es la única manera de garantizarte la libertad total, tanto de la ley como de

Johnny Collins.

A Nell se le encogió el estómago. —Continúa.

Mei respiró hondo, estudiando el rostro de Nell como si calibrara si podría soportar lo que estaba por venir. —Muy bien, entonces. Escucha con atención. Debes ir a los muelles como de costumbre hoy —comenzó Mei con voz firme—. Actúa como lo harías cualquier otro día. Muéstrate. Que te vean tus trabajadores, los otros comerciantes. Cualquiera que pueda ser interrogado más tarde.

Nell asintió lentamente, aunque frunció el ceño con confusión. —¿Pero por qué? Si necesito desaparecer...

Mei levantó una mano delicada, silenciándola. —¿Hay algún cargamento que llegue hoy?

Nell negó con la cabeza. —No. El Perseverance no llegará de Calcuta hasta dentro de tres días, y los barcos más pequeños están todos fuera.

—Bien. Eso simplifica las cosas. —Mei se inclinó ligeramente hacia delante y bajó aún más la voz—. Esta noche, quiero que te asegures de que todos los trabajadores se hayan ido a casa. Dales medio día extra de salario si es necesario. El almacén debe estar completamente vacío. Nadie puede quedarse, ¿entendido?

Nell frunció el ceño. —¿Y entonces?

—Entonces —continuó Mei, clavando en Nell sus ojos oscuros con intensidad inquebrantable—, traerás aquí la ropa que llevabas ese día, junto con algo identificable. Un broche. Un anillo. Ese distintivo pasador de perlas que tu padre trajo de París. Cualquier cosa inconfundiblemente tuya que pueda sobrevivir a... un calor intenso.

Nell frunció aún más el ceño mientras su mente se aceleraba para captar las implicaciones de las palabras de Mei. —¿Por qué iba a necesitar...?

Y entonces lo comprendió, con una claridad fría y horrible.

—Esperarás aquí durante la noche —continuó Mei, confirmando la sospecha de Nell—. Estarás a salvo. A nadie se le ocurrirá buscarte aquí. Y antes del amanecer... —Hizo una pausa, observando a Nell atentamente—. El almacén arderá hasta los cimientos. Un terrible accidente. Y entre las cenizas encontrarán un cuerpo vestido con tu ropa, con tus joyas, demasiado calcinado para

identificarlo, pero con pruebas suficientes para convencer a las autoridades.

Nell jadeó y se llevó la mano a la boca. —No. Eso es... eso es monstruoso. No puedo...

—Es la única manera —dijo Mei con voz serena pero firme. Extendió la mano y sujetó la de Nell antes de que el té se derramara—. Piensa, Eleanor. Si simplemente desapareces, ¿qué pasa? La policía te busca. Johnny te busca. Tus bienes quedan congelados pero no liberados. Esas viudas por las que tanto te preocupas permanecen en el limbo, sin resolución. Pero si creen que estás muerta...

Nell dejó la taza con manos temblorosas; el estómago le daba vueltas. —Pero... ¿el cuerpo de quién? —susurró, horrorizada—. No pretenderás matar a alguien solo para...

—No te preocupes por eso —respondió Mei, mientras una sombra le cruzaba el rostro—. Tengo contactos en la morgue. Siempre hay cuerpos sin reclamar. Gente que murió sola, sin familia que los llore. Yo me encargo.

A Nell se le revolvió el estómago violentamente. El té de menta que momentos antes le había resultado tan reconfortante ahora amenazaba con subirle a la garganta. Le temblaban las manos en el regazo. —No puedo creer que hayamos llegado a esto. A semejante... semejante engaño.

—Si quieres quitarte de encima a gente como Johnny Collins para siempre, Nell, esta es la única manera. —La voz de Mei se endureció ligeramente—. Si él piensa que has desaparecido, que te has escondido, nunca dejará de cazarte. Lo verá como una traición, un insulto. Pero si piensa que estás muerta...

Mei dejó las palabras suspendidas en el aire entre ellas.

—No tendrá motivos para perseguirte —concluyó en voz baja—. Ni para hacer preguntas.

Nell la miró fijamente, buscando en ese rostro sereno algún signo de duda o vacilación. No encontró ninguno. Solo una certeza fría.

—¿Pero adónde iré? ¿Qué haré? —La voz de Nell era apenas un susurro—. No tengo más identidad que la de Eleanor Warrington. No

sé hacer nada que no me enseñara mi padre. No sé cómo ser otra persona.

—Tendré documentos nuevos esperándote aquí —dijo Mei—. Un certificado de nacimiento. Permisos de viaje. Cartas de presentación. Giros bancarios imposibles de rastrear. Todo lo que necesitarás para empezar de nuevo.

—Pero... ¿cómo? —preguntó Nell, desconcertada por la complejidad de lo que Mei proponía—. Esos documentos requieren tiempo. Contactos. Dinero.

—Me está ayudando un amigo —dijo Mei con sencillez, el rostro impassible—. Nadie que conozcas.

Nell la estudió atentamente mientras la sospecha prendía en su interior. En su mundo, la ayuda siempre venía con condiciones, con deudas que saldar.

—¿Estás segura? ¿Segura de que no es nadie relacionado con Johnny? ¿O con alguna de las otras operaciones de los muelles?

Los ojos de Mei titilaron un instante, la única fisura en su perfecta compostura.

—Familia —dijo—. Nadie que conozcas. Pero alguien que me debe un favor.

Alargó la mano sobre la mesa y suavizó el tono.

—Esta es tu única oportunidad, Nell. Puedes irte. Empezar de nuevo. Dejar atrás el desastre... dejarlo atrás a él.

Nell soltó un suspiro tembloroso y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Podría volver alguna vez? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Mei negó con la cabeza una sola vez, tajante.

—Los muertos no regresan, Nell. No si quieren seguir a salvo.

Lo definitivo de aquellas palabras la golpeó como un puñetazo. Nunca volver a ver Londres. Nunca volver a caminar por los muelles donde había crecido. Nunca volver a ver a Elijah, ni siquiera de lejos.

Pero ¿qué alternativa tenía? ¿La cárcel? ¿La deshonra? ¿O peor aún, la venganza que Johnny Collins cobraría cuando descubriera que ya no le era útil?

—Muy bien —susurró—. Lo haré.

Mei asintió; un destello de satisfacción cruzó brevemente sus rasgos.

—Deberías irte. Ve a los muelles como de costumbre... no queremos despertar sospechas. Actúa con normalidad. Habla con tus trabajadores. Que te vean.

Nell se levantó de la silla con las rodillas temblorosas.

—¿Y mañana? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Qué pasa después del incendio?

—Mañana —dijo Mei— serás otra persona.

CAPÍTULO 17



La niebla matutina se cernía sobre los muelles, envolviéndolo todo en un silencio que hacía que el mundo pareciera más quieto de lo debido. Nell llegó temprano; su aliento se condensaba en el aire gélido. El peso que sentía en el pecho era casi un consuelo ahora, un viejo amigo al que ya no intentaba apartar.

La puerta de su oficina crujió al abrirse. Entró y colgó el abrigo con cuidado, alisando las solapas como si la pulcritud pudiera anclarla de alguna manera al momento, a esa vida que se le escapaba entre los dedos. Pero fue inútil. Cada tictac del reloj en la pared le recordaba que esa misma noche dejaría de ser Nell Warrington.

A través de la ventana, observó a los hombres cargar cajas en los carros, con movimientos eficientes y familiares. Conocía a cada uno por su nombre: Tomlinson con su rodilla mala, Carter que nunca se quitaba la gorra ni bajo techo, el joven Frank que acababa de dejar de llamarla «señorita Nell» y de sonrojarse cuando ella le hablaba directamente. Intentó no pensar en cómo reaccionarían cuando llegara la noticia. Cuántos se disgustarían. Cuántos pensarían que era lo mejor.

Necesitaba mantener las manos ocupadas. Se acercó al escritorio, revolvió unas hojas de manifiestos, ajustó el tintero, incluso enderezó el secante. Cualquier cosa con tal de que su mente

no volviera a Elijah. A su voz. Al dolor en sus ojos cuando se despidió.

Que lo hubiera dicho en serio dolía más de lo que esperaba.

La tetera sobre la pequeña estufa de hierro empezó a traquetear. Se sirvió una taza de té, pero no la bebió. Se quedó mirando la superficie arremolinada hasta que se aquietó.

Era su última mañana allí. Después de hoy, desaparecería. Un ruido la sacó de su ensoñación.

Lo oyó antes de verlo: el ritmo inconfundible de sus botas sobre las tablas, el crujido perezoso de la puerta al abrirse sin invitación.

Jonny se apoyó en el marco con los brazos cruzados, el cuello del abrigo aún húmedo por la niebla matutina. Esbozaba aquella sonrisa familiar, pero sus ojos estaban más afilados hoy, más vigilantes.

—Vaya, pareces una mujer con el peso del Imperio sobre los hombros —dijo con voz arrastrada—. ¿Mañana difícil?

Nell alzó la vista del papeleo, fingiendo calma.

—Solo cansada. Ha sido una semana larga.

Él entró y dejó que la puerta se cerrara tras él.

—Pensé que estarías celebrando. Ese último cargamento pasó como la seda. Ni un solo agente de aduanas a la vista —su sonrisa se ensanchó—. Casi como si alguien hubiera untado a quien debía de antemano.

La pluma se le detuvo a mitad de línea en el libro mayor, una pequeña señal delatora que esperaba que él no hubiera notado.

—Queda mucho por hacer. El éxito es efímero en este negocio.

Jonny ladeó la cabeza, estudiándola como si fuera un rompecabezas que estaba decidido a resolver.

—Curioso, llevas más nerviosa que un gato en una perrera desde el martes. ¿Todo bien?

—He dicho que estoy bien —su voz sonaba ligera, casi despreocupada—. Solo es presión. Ya sabes cómo es.

—Ya lo creo —dijo, adentrándose en la habitación mientras pasaba un dedo por el borde del escritorio—. Solo que la presión no suele hacer que parezcas a punto de largarte a la luna sin billete de vuelta.

Ella se tensó, apenas perceptiblemente.

—No seas ridículo.

Él esbozó una sonrisa tenue.

—Ni se me ocurriría.

Un silencio se instaló entre ellos.

—¿Has oído algo más sobre Thorne? —preguntó, pasando una página del libro mayor como quien no quiere la cosa—. Algunos de los hombres están asustados.

Jonny no respondió de inmediato. Su vacilación se prolongó un instante de más.

—Sí... corren rumores de que está apretando más. Unos cuantos almacenes quemados por Millwall. Dos hombres encontrados flotando boca abajo junto al embarcadero del ferry. Un cabrón peligroso, ese Thorne.

Nell alzó la vista y le sostuvo la mirada.

—Creía que habías dicho que operaba desde Whitechapel.

Jonny parpadeó.

—Eso dije. Bueno, así es. Normalmente —sus dedos tamborilearon una vez contra el escritorio—. Pero parece que ahora se está expandiendo. Siempre al acecho de cualquier debilidad.

Ahí estaba: el tropiezo. La vacilación. Elijah le había contado algo diferente. Algo más claro. Y Jonny acababa de enturbiarlo.

Su pulso se aceleró.

Pero no se inmutó.

En cambio, dio un suave suspiro.

—Es difícil saber qué es real estos días. En quién confiar.

Jonny tensó los hombros.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —negó con la cabeza rápidamente, demasiado rápidamente—. Solo cansada, como he dicho. Los muelles parecen llenos de sombras últimamente, eso es todo. Rumores por todas partes. Es difícil saber qué creer.

Jonny la estudió en silencio durante un momento demasiado largo.

Luego se acercó a ella, despacio, y extendió la mano. Sus dedos le rozaron la mandíbula y descendieron suavemente hasta la

clavícula. El contacto era inesperadamente tierno, posesivo de un modo que le hizo un nudo en la garganta.

—Tú y yo —dijo, con voz baja—. Siempre hemos sido un equipo. No lo olvides, Nell.

Ella logró esbozar una pequeña sonrisa.

—No lo haré.

Él retrocedió sin apartar los ojos de su rostro, como si quisiera memorizarlo o quizás buscara grietas en su fachada.

—Estaré en contacto. No vayas a ninguna parte —le guiñó un ojo.

Y entonces se marchó. La puerta se cerró tras él con un suave clic que a Nell le sonó como el chasquido de una trampa.

Solo cuando dejó de oír sus pasos liberó por fin el aliento que había estado conteniendo. Le salió en una exhalación entrecortada mientras los hombros se le hundían hacia dentro, como si la tensión que le había mantenido erguida toda la mañana hubiera cedido al fin.

Tenía las palmas húmedas de sudor frío. Se las secó en la falda, una vez, dos veces, y dejó marcas tenues en la tela. Una pequeña señal que la habría delatado si Jonny hubiera seguido allí para verla. Se había vuelto descuidada.

Se dirigió al archivador del rincón, donde había guardado el paquete de ropa que tenía que llevarle a Mei. Con el bulto en la mano, regresó al escritorio.

Estaba ordenado. A propósito. Lo había despejado la noche anterior, como si eso pudiera facilitar la partida. No había funcionado.

Echó un último vistazo a la habitación.

El escritorio desgastado, la estantería torcida con los libros de cuentas, el surco medio borrado en las tablas del suelo donde sus botas habían ido y venido durante tantas noches de insomnio. Todo suyo. Todo a punto de convertirse en humo.

Apagó la lámpara, se puso los guantes y se colocó el paquete bajo el brazo.

Entonces, sin mirar atrás, con la barbilla en alto en un gesto de desafío que nadie estaba allí para presenciar, salió de la oficina y

cerró la puerta tras de sí. Esta vez, para siempre.

Fuera, los muelles estaban más tranquilos. El bullicio de la mañana había dado paso a la calma previa a los turnos de tarde. Mantuvo un paso mesurado, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Alguien con prisa llamaba la atención. Alguien que se demoraba invitaba preguntas. Caminó con determinación. Tres calles más abajo, se detuvo en la esquina y miró atrás. Nadie.

El sol se ocultaba tras las chimeneas cuando Nell dobló la última esquina hacia la calle estrecha donde estaba la botica. La niebla que había flotado sobre la ciudad toda la mañana se había disipado, dejando un cielo desvaído teñido del rubor anaranjado del crepúsculo.

Se detuvo a escudriñar la calle. Una mujer con una cesta. Un anciano fumando en pipa en un portal. Un gato callejero escurriéndose junto a una valla. Nada fuera de lo normal. Nada que la pusiera en guardia.

Entró en la botica casi sin hacer ruido. La campanilla de la puerta emitió un tintineo tenue, más delicado de lo habitual, como si hasta ella comprendiera la necesidad de silencio.

Mei la esperaba.

Estaba de pie tras el mostrador, con las mangas remangadas hasta los codos y una fina capa de ceniza en una muñeca. Sus ojos oscuros, agudos como los de un halcón, recorrieron a Nell en una rápida evaluación. No habló, no ofreció saludo alguno. Se limitó a sostenerle la mirada un largo momento y luego asintió una sola vez, brevemente.

—¿No te han seguido? —preguntó Mei en un susurro apenas audible, las palabras marcadas por el acento que nunca había intentado suavizar pese a quince años en Londres.

—No —respondió Nell en el mismo tono quedo—. Pero Jonny sospecha algo. Vino a la oficina esta mañana. Hizo preguntas.

La expresión de Mei no cambió, pero sus dedos se crisparon casi imperceptiblemente sobre el borde del mostrador.

—Entonces tenemos menos tiempo del que creíamos.

Nell asintió a su vez. Sin mediar palabra, Mei se dirigió a la trastienda y giró el cartel de la puerta a CERRADO al pasar. Nell la

siguió con pasos vacilantes, las tablas del suelo crujiendo bajo su peso.

La trastienda estaba más oscura de lo que recordaba, iluminada por una única lámpara de aceite que colgaba sobre la mesa. La llama parpadeó cuando entraron, y las sombras parecieron reflejar la inquietud de Nell.

Todo estaba listo, dispuesto con la precisión característica de Mei.

Un paquete plano envuelto en tela encerada contenía los documentos falsificados: la cédula de identidad de Sally Drake, el certificado de nacimiento, la carta de recomendación de una fábrica de Mánchester y los billetes de tren. Una capa de viaje sencilla, de lana marrón discreta, colgaba de un gancho junto a la puerta. A su lado, un maletín de tapicería: lo bastante pequeño para llevarlo sin esfuerzo, lo bastante grande para guardar lo necesario para una nueva vida.

Nell permaneció inmóvil, asimilándolo todo.

Aquello ya no era teoría. Ya no eran planes susurrados al amparo de la oscuridad. Estaba ocurriendo.

Mei rodeó la mesa con tranquila eficiencia, ajustando el bajo del abrigo en el gancho, con movimientos serenos y mecánicos. No volvió a hablar, pero Nell sentía el peso de las preguntas no formuladas suspendido entre ambas.

Nell dejó que el morral se deslizara de su hombro y lo depositó con cuidado en la silla del rincón. Por un instante, pensó en el reloj de bolsillo que llevaba dentro. En la voz de su padre en su última carta. En la mano de Elijah posada en su mejilla.

Cerró los ojos, solo un instante.

Cuando los abrió, Mei la observaba con una expresión indescifrable: no era exactamente lástima, ni exactamente comprensión. Era algo más profundo.

El plan estaba en marcha.

No había vuelta atrás.

CAPÍTULO 18



Comenzó con un destello pequeño e insignificante. Una sola lengua de fuego asomando por una grieta en la puerta del almacén. Pero para cuando el vigilante en el extremo del muelle vio el primer resplandor anaranjado, el fuego ya se había apoderado del lugar.

—¡Fuego! —se oyó el grito—. ¡Fuego en Warrington & Co.!

Los hombres salieron de partidas de cartas y muelles de carga, con los rostros crispados primero de confusión, luego de horror al ver la columna de humo que se elevaba por encima de los tejados.

El muelle estalló en movimiento. Los hombres corrieron sobre adoquines resbaladizos por la niebla del río, arrastraron cubos del Támesis y formaron una cadena desesperada desde el río hasta el almacén, arrojándolos inútilmente contra el infierno creciente. Cada cubo silbaba al convertirse en vapor, un aliento moribundo contra el monstruo que se alimentaba y crecía con cada segundo. Las chispas saltaban hacia la noche, arrastradas por el viento cortante que aullaba desde el río.

En el resplandor infernal de las llamas ascendentes, el letrero de madera tallada sobre la entrada comenzó a rendirse. Las elegantes letras de *Warrington & Co.* primero se ennegrecieron, luego se desprendieron, y finalmente se partieron con crujidos audibles, como huesos al quebrarse.

Dentro, el fuego avanzó rápidamente, guiado con precisión por el centro del edificio, alimentado por cajas secas y madera empapada en aceite, por viejos libros de contabilidad y paja de embalaje. El incendio fue metódico en su destrucción. Demasiado perfecto para ser un accidente.

La oficina donde Nell se había sentado esa mañana ya estaba consumida, su escritorio convertido en pira, el archivador donde había escondido sus secretos escupiendo humo negro por los cajones.

Un grupo de trabajadores se apiñó cerca de la orilla, con los cubos olvidados, contemplando impotentes cómo sus medios de vida desaparecían entre llamas y cenizas.

—¡Que alguien vaya a buscar a la señorita Warrington! —gritó uno—. ¡Tiene que saberlo!

Tomlinson negó con la cabeza, estrujando la gorra entre las manos temblorosas.

—¡Ya mandé a buscarla! No está en la casa. ¡La criada dice que salió temprano y no ha vuelto!

Un silencio terrible cayó sobre ellos, roto solo por el rugido crepitante del fuego y los gritos distantes y frenéticos de los hombres que aún intentaban contenerlo.

—No pensarás que... —Frank no pudo terminar el pensamiento.

Más gritos estallaron entre la multitud que se congregaba en el perímetro. El traqueteo de cascos anunció la llegada de más agentes. Un silbato sonó agudo y rápido en medio del caos, ordenando a la gente que retrocediera, que se alejara del peligro.

Y entonces llegó él, abriéndose paso entre la multitud a toda velocidad.

—¿¡Dónde demonios está ella!?

Jonny.

Se abrió paso entre el humo como un poseso, apartando a empujones a los estibadores, con los ojos desorbitados.

—¡Nell! —bramó—. ¡Nell!

La multitud se volvió al unísono.

—No está aquí, Jonny —dijo alguien—. ¡No está dentro!

Pero Jonny no escuchaba. Tenía la mirada fija en el almacén en llamas, en las ventanas que vomitaban humo negro, en la entrada ahora enmarcada por lenguas de fuego.

Se lanzó hacia la entrada, pero dos agentes lo sujetaron con fuerza, rodeándole los hombros con los brazos mientras él forcejeaba.

—¡Suéltense! —gruñó entre dientes, con la saliva volando—. ¡Está ahí dentro, tengo que sacarla! ¡Tiene que estar ahí dentro!

—No está —gruñó uno de los agentes, afianzando la presa—. Te matarás por nada. ¡Cálmate, hombre!

Jonny se revolvió con violencia y uno de los agentes perdió el equilibrio.

—¡Hoy estaba trabajando! No la conocen como yo, siempre se queda hasta tarde. Si no está en casa, ¡aquí es donde estará!

Su voz se quebró en la última palabra, una grieta que reveló algo crudo y desesperado bajo la furia.

Las llamas rugieron más fuerte, alcanzando ya el cielo, saltando de viga en viga mientras el techo gemía y se desplomaba hacia dentro con un estruendo ensordecedor. Las chispas volaron como fuegos artificiales. El humo los envolvió a todos.

Jonny dejó de luchar.

Cayó de rodillas sobre los adoquines mojados, el fuego reflejado en sus ojos, jadeante.

Los demás retrocedieron, como si el dolor que emanaba de él pudiera contagiarse.

Y aun así el fuego trepaba más alto, tiñendo el río de oro y humo, mientras el apellido Warrington se convertía en cenizas.

Cuando la primera luz del amanecer se extendió sobre los muelles, el fuego lo había arrasado todo.

Donde una vez Warrington & Co. se había erguido, orgulloso y sólido, ahora solo quedaba un esqueleto humeante de maderos chamuscados y vigas derrumbadas. El aire estaba cargado de hollín y del hedor a cuerda quemada; el suelo aún crepitaba con el destello ocasional de las brasas moribundas.

Elijah permanecía de pie en el borde de la ruina, con las botas hundiéndose ligeramente en el hollín húmedo y los puños apretados

a los costados.

El agente a su lado hablaba, algo sobre la guardia nocturna, sobre un incendio provocado, sobre inconsistencias, pero Elijah apenas escuchaba. Tenía la mirada fija en el almacén ennegrecido del edificio. En el humo que se elevaba en espirales perezosas.

Lo había sabido antes de llegar.

Había habido algo en el tono de voz del mensajero cuando había aporreado la puerta de Elijah a las tres de la madrugada. Algo tenso. Algo definitivo. Una renuencia a mirarlo a los ojos, como si la noticia fuera demasiado pesada para cargar con ella y sostenerle la mirada al mismo tiempo.

—Almacén Warrington —había jadeado el muchacho—. Quemado hasta los cimientos. Creen que... debería venir.

Dio un paso adelante, cruzando la cuerda que los vigilantes habían tendido para contener a la multitud congregada. Los rostros se fundían unos con otros: estibadores, vendedores callejeros, algunos caballeros ociosos de almacenes cercanos. Todos mirando fijamente. Murmurando.

Y entonces emergió una camilla.

Dos hombres la llevaban con lento y solemne cuidado, los restos envueltos en lona chamuscada en los bordes. Quemados hasta resultar casi irreconocibles, pero aún inconfundiblemente humanos en su forma. Un trozo de tela se aferraba al hombro, verde oscuro, otrora fino: el terciopelo que Nell llevaba la última vez que la vio. Cuando la camilla pasó junto a él, algo pequeño se desprendió y cayó, rebotando por el suelo con un tintineo delicado hasta aterrizar a los pies de Elijah.

Una pequeña horquilla de perlas, ennegrecida en los bordes pero que aún brillaba en el centro.

Había visto esa horquilla antes, cuando le colocó a Nell el rizo suelto detrás de la oreja, la noche en que le dijo adiós. Cuando le dijo que ya no podía ayudarla.

Se le cerró la garganta. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sintió que le dolían los dientes.

Alguien susurró a su espalda, una voz de mujer cargada de un morbo horrorizado:

—Es ella. Tiene que ser ella. Pobre alma.

No se movió. No podía. Tenía los ojos clavados en la horquilla que yacía entre el hollín a sus pies, incapaz de agacharse a recogerla, como si tocarla fuera a convertir aquella pesadilla en realidad.

Un estremecimiento recorrió la multitud, un movimiento de cuerpos y miradas. Las cabezas giraron. Las voces enmudecieron.

Jonny Collins apareció en el borde de la aglomeración, abriéndose paso entre los curiosos con sombría determinación. Tenía el rostro pálido bajo una capa de barba incipiente, los ojos inyectados en sangre y ensombrecidos por profundas ojeras. Los nudillos de la mano derecha, partidos y en carne viva. Permaneció inmóvil, observando cómo pasaba el cuerpo, con los hombros tensos y el gesto indescifrable.

Elijah se volvió por fin y clavó la mirada en Jonny a través del espacio que los separaba.

Durante un latido, nada se movió. Ni la multitud, ni el humo, ni el aire mismo entre ellos, cargado ahora de algo volátil.

Entonces Elijah avanzó un paso. Un pie. Luego otro. Cada paso deliberado, cada uno más cerca del hombre al que consideraba responsable de todo.

Jonny no se movió. Permanecía con los brazos cruzados sin fuerza sobre el pecho, pero su postura distaba mucho de estar relajada. Sus ojos, normalmente vivos con algún destello de picardía o encanto, solo albergaban el presagio de una tormenta.

—Bastardo —masculló Elijah.

Jonny enarcó una ceja, pero su voz era baja y peligrosa.

—No es lo que esperaba oír de un oficial de la ley.

Elijah no se detuvo. Acortó la distancia hasta quedar a apenas un palmo de él.

—Tú hiciste esto —dijo Elijah, cada palabra precisa y cortante—. La arrastraste a tu mundo de mentiras y suciedad. Intentó salir, y no pudiste dejarla ir. Está muerta por tu culpa.

Jonny se estremeció, casi imperceptiblemente. Luego su boca se torció en algo que podría haber sido un gesto de desprecio o una mueca de dolor.

—¿Crees que yo quería esto?

—Creo que preferirías verla muerta antes que libre de ti —dijo Elijah, mientras algo peligroso se desenroscaba en su interior.

Los ojos de Jonny se entornaron.

—No sabes nada de lo que había entre Nell y yo. Nada.

El puño de Elijah salió disparado antes de que pudiera contenerse.

El puñetazo impactó con fuerza en la mejilla de Jonny con un crujido nauseabundo y le hizo girar la cabeza hacia un lado. La multitud jadeó y retrocedió, formando un círculo a su alrededor. La sangre brotó de la boca de Jonny mientras se tambaleaba; recuperó el equilibrio en el suelo resbaladizo y se lanzó contra él con un rugido de furia.

Chocaron con la fuerza del dolor hecho carne. Codos, puños, furia; forcejeos y maldiciones mientras se estrellaban contra una pila de barriles que salieron rodando por los adoquines. Los estibadores se abalanzaron para separarlos, y dos agentes intervinieron de inmediato, metiéndose entre ambos.

—¡Basta! —gritó uno, aferrándose al cuello de la camisa de Jonny mientras este pugnaba por liberarse—. ¡Ya basta!

Elijah se zafó del hombre que lo sujetaba y se quedó de pie, jadeante, con el pecho agitado por la rabia y un corte sobre el ojo del que manaba sangre por su rostro. El sombrero se le había caído en la refriega, y su apariencia habitualmente impecable estaba ahora tan descompuesta como su compostura.

—Ella valía diez veces más que tú —escupió, salpicando sangre y saliva—. Y te pudrirás en el infierno por lo que has hecho.

Jonny se limpió la sangre del labio partido con el dorso de la mano y se embadurnó la mejilla de carmesí. Sus ojos ardían con una intensidad que bordeaba la locura.

—Habría hecho cualquier cosa por ella —dijo con la voz quebrada—. Cualquier cosa que me pidiera.

—Exactamente —dijo Elijah con frialdad—. Y lo hiciste. Lo hiciste todo. Excepto dejarla ir. Excepto salvarla.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, afiladas como cristal roto.

Otro agente se interpuso entre ellos y los separó con más fuerza mientras los murmullos recorrían la multitud.

—Circulen —ladró el agente—. Ya ha habido suficiente tragedia por una mañana.

Arrastraron a los dos hombres hacia la multitud desde lados opuestos, con los ojos aún clavados el uno en el otro hasta el último segundo.

Oculto bajo el alero de una tienda de té cerrada, Mei Ling contemplaba el caos. La multitud se apiñaba más cerca de las ruinas del almacén Warrington, con rostros marcados por la confusión, el dolor y la curiosidad.

La noticia corría ya de boca en boca, propagándose entre la muchedumbre como una corriente invisible: la señorita Nell Warrington había perecido en el incendio. Nadie la había visto desde la noche anterior. Habían recuperado un cuerpo de entre los restos humeantes justo después del amanecer.

Confirmación, susurraba la multitud. Tragedia, murmuraban, incluso mientras se acercaban más.

Mei vio cómo sacaban el cuerpo, envuelto en lona manchada de hollín. Vio el dolor grabado en rostros familiares. No dijo nada.

Su capa oscura se fundía con el callejón tiznado de hollín. Para la mayoría, era solo otra figura, una más de las muchas atraídas por el espectáculo. Nadie reparaba en ella. En esta parte de Londres, la invisibilidad era un arte que dominaba desde hacía mucho.

Observó a Jonny Collins, retenido por dos agentes, con sangre goteándole del labio partido y el pecho agitado como el de un hombre que apenas se contenía.

Vio al inspector, con el rostro ceniciento por la conmoción y aquella rabia apenas contenida bajo la superficie. La fuerza de su dolor le revelaba todo lo que Nell se había negado a admitir en voz alta.

La expresión de Mei no cambió. Pero sus manos, plegadas bajo la capa, estaban tensas.

Habría consecuencias. El dolor dejaba grietas incluso en las mentes más disciplinadas, y a través de esas grietas, la sospecha

podía filtrarse como la escarcha matutina. Seguirían preguntas. Investigaciones. Escrutinio.

Esperó un momento más, con la vista fija en los dos hombres que los agentes mantenían separados: Jonny aún forcejeando mientras el inspector se refugiaba en una fría formalidad. La tensión en la multitud había comenzado a fragmentarse en susurros y miradas de reojo. Ya los rumores se extendían como el humo que aún se enroscaba desde las ruinas del almacén. ¿Había sido realmente un accidente? ¿Por qué había estado la señorita Warrington allí después del anochecer? ¿Quién había sido el último en verla con vida?

Entonces Mei se volvió y desapareció por el callejón estrecho detrás de la tienda de té, con las faldas rozando los ladrillos húmedos mientras se deslizaba entre edificios y salía al laberinto de callejuelas que conducía a la botica.

Sus pasos eran ligeros, el ritmo rápido pero controlado. Se movía como quien ya había hecho aquello antes: aquel acto de desaparición, aquel escurrirse entre las grietas de una ciudad que prefería ignorar su existencia.

Cuando llegó a la botica, entró por la parte trasera. Se quitó la capa y sacudió la ceniza que se adhería al dobladillo; diminutas motas grises se dispersaron por las tablas del suelo.

Nell estaba sentada junto al hogar, con las rodillas recogidas bajo la manta y los ojos fijos en el fuego, como si deseara que las llamas consumieran el peso que le oprimía el pecho. Llevaba el cabello recogido con severidad hacia atrás, lo que la hacía parecer mayor de sus veintiséis años. La luz del fuego acentuaba las sombras bajo sus pómulos, sombras que no estaban allí un mes atrás.

Nell no levantó la vista. No necesitaba hacerlo.

—¿Y bien? —preguntó en un susurro apenas audible.

Mei cruzó la habitación y se agachó junto al fuego, dejando que el calor ahuyentara el frío persistente de la calle.

—Se lo creyeron —dijo en voz baja—. El cuerpo. El incendio. Todo.

Nell no se movió.

Mei continuó, eligiendo las palabras con cuidado.

—El inspector estaba allí. Jonny también. Acudió medio barrio. Entonces Nell se volvió, conteniendo el aliento.

—¿Se vieron?

Mei asintió una sola vez, un gesto breve y preciso.

—Elijah vio a Jonny entre la multitud. Se lanzó hacia él. Se abrió paso entre todos como un poseso. Hubo una pelea. Rápida, pero violenta. Tuvieron que separarlos.

A Nell le escocieron los ojos; las lágrimas brotaron ardientes y rápidas.

—Dios.

—Jonny cree que moriste en ese almacén —dijo Mei con suavidad—. Elijah también. Le vi la cara cuando sacaron el cuerpo. Parecía... destrozado.

—Nunca quise eso —susurró Nell con la voz quebrada—. No quería hacerles daño. A ninguno de los dos.

—No querías nada de esto —dijo Mei, suave pero firme—. Pero sucedió. Todo. Y ahora toca afrontar las consecuencias.

Nell hundió el rostro entre las manos, con los hombros sacudidos por sollozos silenciosos.

—Pensé que podría arreglarlo. Pensé que si salía limpia, no importaría hasta dónde me hubiera metido. Pero lo arruiné todo. Sus vidas. La mía.

Mei se levantó despacio y se dirigió a la mesa del rincón, donde esperaba un gastado bolso de cuero, preparado y listo. Posó una mano sobre él, sintiendo el peso de los documentos falsos, una modesta suma de dinero y las pocas pertenencias de las que Nell no había podido desprenderse.

—Tienes que irte. Pronto.

—Lo sé —dijo Nell, y bajó las manos dejando ver sus ojos enrojecidos—. Solo que... —Se le quebró la voz de nuevo—. Nunca pude despedirme. No como es debido.

—Dijiste lo suficiente —respondió Mei—. Dejaste las piezas atrás para que ellos las recompongan como puedan.

Se hizo un largo silencio.

Finalmente, Nell se limpió la cara con el dorso de la mano.

—¿Tengo que irme esta noche?

La pregunta cargaba con el peso del agotamiento, físico y emocional.

—No —dijo Mei mientras doblaba la capa sobre el brazo—. Puedes quedarte aquí. Unos días más, si hace falta. Te esconderé. Por esa puerta trasera no entra nadie más que yo.

Nell asintió, vacía.

—Gracias.

Las palabras se quedaban cortas para todo lo que Mei había arriesgado.

—Pero luego te vas —añadió Mei con firmeza—. Desapareces por completo. No hay otra opción. La mujer que conocían como Nell Warrington murió en ese incendio.

Nell volvió a asentir, más despacio esta vez, mientras la resignación se apoderaba de ella.

Pero algo se tensó en su pecho. Una atadura que aún resistía, incluso cuando el mundo le exigía que cortara los últimos lazos. Una esperanza tenaz de que quizás, de algún modo, aquel no fuera realmente el final de su historia.

CAPÍTULO 19



El río nunca había parecido tan quieto.

Gris como la pizarra, lamía suavemente el malecón de piedra cerca de Limehouse, su sonido amortiguado por la espesa niebla matutina. La ciudad más allá era poco más que un borrón, tejados difuminados en el cielo, mástiles de barcos medio esbozados en líneas de carboncillo contra el amanecer sin color. Incluso las gaviotas guardaban silencio, como si ellas también se hubieran detenido a guardar luto.

A lo lejos, una pequeña multitud se había reunido frente a la iglesia. Un ataúd descansaba sobre caballetes ante ellos. Era de pino sencillo, sellado herméticamente, con delgadas asas de latón que brillaban débilmente bajo la escasa luz que se filtraba a través de la bruma. Un solo ramo de lirios yacía sobre él. Sus pétalos blancos ya estaban maltrechos en los bordes, pardos por el frío.

El sacerdote, un hombre mayor de rostro redondo y curtido por el viento, permanecía junto al ataúd con vestiduras descoloridas. Su voz era baja y ronca por la humedad, apenas se oía por encima del zumbido persistente de la ciudad, que seguía con sus asuntos.

—Nos reunimos aquí con dolor y solemne recuerdo —dijo—. Para honrar la vida de la señorita Nell Warrington. Una joven arrebatada de este mundo demasiado pronto. Conocida por muchos de ustedes,

admirada por más. Una mujer emprendedora, compasiva y de coraje poco común.

Un murmullo quedó recorrió la multitud. Alguien sorbió por la nariz. Otro cambió el peso de un pie a otro.

—Era —continuó el sacerdote—, según todos los testimonios, incansable. Justa. Ferozmente leal. Dio mucho a esta comunidad, más de lo que la mayoría sabía, y pidió poco a cambio.

Varios asintieron con la cabeza. Algunos se secaron los ojos con manos ásperas o pañuelos empapados.

—Al encomendarla al cuidado del Señor —concluyó con suavidad—, llevemos adelante el ejemplo que nos dejó: de integridad, de valentía y de atención hacia quienes suelen pasar desapercibidos.

Siguió un breve silencio, roto solo por la llamada lejana de la bocina de un barco que atravesaba la niebla.

Entonces bajaron el ataúd.

Las cuerdas crujieron. La tierra se abrió. Y Nell Warrington, al menos de nombre, fue sepultada.

Jonny Collins permanecía al fondo del grupo, justo fuera del alcance de las miradas curiosas, con las botas plantadas en el suelo húmedo y el cuello del abrigo levantado contra el frío.

No se había movido ni una vez durante el oficio.

Tampoco había parpadeado mucho.

Llevaba el sombrero calado sobre los ojos, proyectando una sombra que le sentaba bien, ocultando cualquier pensamiento que pudiera delatarlo. No dijo nada. Se quedó allí como una estatua, observando.

Observó cómo los estibadores se quitaban las gorras y se limpiaban la nariz. Observó cómo las ancianas murmuraban oraciones y los hombres se removían con la incomodidad de un dolor sin salida. Observó a cada persona pasar junto al ataúd y arrojar un puñado de tierra, una flor o un adiós susurrado.

Y aun así, sus ojos se movían.

Buscando.

No a Nell.

Ya no.

Otra cosa.

Otra persona.

Se le tensó la mandíbula cuando el ataúd desapareció en la tierra, con el sonido de la tierra golpeando la madera como una lluvia suave.

Entonces la gente comenzó a dispersarse. Lentamente. En silencio.

Pero Jonny no se movió.

Se quedó donde estaba, la mirada aguda bajo el ala del sombrero, entornando los ojos con cada minuto que pasaba.

Como si algo no encajara.

Un destello de algo —¿decepción? ¿alivio?— cruzó su rostro antes de que volviera a endurecerse en una expresión indescifrable.

Escondida entre una pila de viejas cajas en el callejón de enfrente, Nell permanecía completamente inmóvil, un fantasma en su propio funeral.

El frío le mordía los dedos a través de los guantes, pero apenas lo sentía.

Llevaba allí desde que llegaron los primeros dolientes, oculta en la penumbra, con la capucha bien calada y el aliento formando vaho en el aire. El corazón le latía con fuerza con cada rostro que reconocía, cada voz que flotaba en la brisa trayendo recuerdos sin los que tendría que aprender a vivir.

Allí estaban todos, su gente. Su mundo. A solo unos pasos de distancia, llorándola como si ya fuera un recuerdo.

Los vio llorar.

Los vio asentir durante el discurso del sacerdote, con los labios apretados, los ojos bajos en reverencia por una mujer que en realidad no se había ido.

Observó cómo bajaban el ataúd y supo que no era ella quien yacía dentro, pero algo había muerto de todos modos. Una versión de sí misma, forjada a base de deber, supervivencia y sacrificio, quedaba ahora sellada bajo esa tapa. Ese nombre, *señorita Warrington*, ya no le pertenecía.

Sus ojos recorrieron la multitud de nuevo.

Y de nuevo.

¿Dónde estaba él?

Buscó hasta que le dolió el cuello, conteniendo el aliento cada vez que alguien se giraba, con la esperanza de que fuera él. Pero Elijah nunca llegó. El rostro que más necesitaba ver siguió ausente.

Un dolor frío se instaló en su pecho y se extendió hasta que todo su cuerpo se sintió vacío.

Lo empujé demasiado lejos.

No puede perdonarme.

Está avergonzado.

Tragó saliva con dificultad, parpadeando para contener el escozor en los ojos que amenazaba con traicionarla incluso en soledad.

Quizás nunca me amó tanto como yo esperaba.

Se apartó entonces, antes de que se marchara el último doliente, incapaz de soportar el peso de un adiós más que no iba dirigido a ella. El silencio que la oprimía desde dentro era más ensordecedor que cualquier ruido.

Y por primera vez, Nell se sintió verdaderamente como un fantasma. No porque el mundo la creyera muerta, sino porque la única persona que la hacía sentirse viva no había venido a llorar su partida.

Nell retrocedió desde el borde del callejón mientras la capa se arrastraba sobre los adoquines resbaladizos. Los últimos dolientes se habían marchado, sus pasos engullidos por la niebla y las calles sinuosas.

Estaba hecho.

Su propio funeral.

Y aun así, se sentía clavada en el sitio, con todo el cuerpo pesado de agotamiento. El dolor, la culpa, la certeza del final: todo se cernía sobre ella como la niebla del río.

Se giró, ciñéndose la capa con más fuerza, lista para desvanecerse de nuevo en las entrañas de la ciudad. Volvería con Mei, decidió. Ahora sabía con toda certeza que había poca esperanza en quedarse, no cuando él ni siquiera había podido soportar presentarle sus últimos respetos. El dolor de su ausencia le resultaba más agudo que cualquier cuchilla. Esa noche le diría a Mei lo que se había resistido a admitir durante días:

—Estoy lista para irme.

Se apresuró, ansiosa por pasar inadvertida, con pasos rápidos pero medidos sobre los adoquines húmedos. La ciudad parecía contener el aliento a su alrededor. Entonces una figura que no había visto antes salió de entre dos carruajes. Un hombre con un abrigo oscuro como la medianoche, el sombrero calado sobre el rostro a modo de máscara.

Nell se detuvo en seco y sintió que la sangre se le helaba.

Él no habló al principio. Solo se acercó más, despacio, con movimientos deliberados.

Entonces:

—¿Me estás buscando?

La voz era tranquila, pausada. Familiar.

Se le cortó la respiración. El corazón le dio un vuelco doloroso en el pecho.

—¿Elijah? —susurró, el nombre apenas audible, como si pronunciarlo demasiado alto pudiera hacerlo desaparecer.

Él levantó la mano y echó el sombrero hacia atrás, revelando unos ojos que no había visto desde la noche en que lo vio alejarse, ojos que aún la traspasaban con la mirada, incluso ahora.

El pánico la invadió. Estaba allí para arrestarla. Todo este tiempo había estado preparando un caso contra ella. ¿Por qué no se había ido cuando Mei se lo dijo? ¿Por qué se había quedado, aferrada como una tonta a la esperanza y los recuerdos?

—No quise... —comenzó, con las palabras atropellándose como un alud—. Sé que debería habértelo dicho. No quería mentir, no de verdad, y nunca quise que llegara tan lejos...

Él dio un paso adelante y le posó un dedo en los labios con suavidad, deteniendo el torrente de explicaciones desesperadas. El contacto era cálido sobre su piel fría, y la silenció con más eficacia que cualquier grito.

—No deberías estar aquí fuera —murmuró—. Volvamos a la botica.

Nell lo miró fijamente, atónita, escrutando su rostro en busca de ira, de traición, del desprecio que tanto había temido cuando él supiera la verdad. Pero en sus ojos solo había preocupación, y algo más que no lograba identificar.

La calle estaba en calma, la niebla enroscada a su alrededor como una cinta. A lo lejos, una campana tocó la hora con un sonido amortiguado, como de ensueño.

Nell temblaba de pies a cabeza, y no solo por el frío.

—¿Cómo sabes...? —preguntó, sin volverse del todo hacia él, como si mantener esa pequeña distancia pudiera proteger su corazón en caso de que la respuesta no fuera la que esperaba—. ¿Lo de Mei? ¿Lo de la botica?

—Porque yo soy quien ayudó a organizarlo todo.

Ella se giró lentamente, debatiéndose entre la incredulidad y una esperanza repentina y peligrosa.

—¿Qué?

—Yo soy el «amigo» de Mei —dijo él con suavidad, sin apartar los ojos de los de ella—. El que consiguió tus papeles. El que organizó los permisos de viaje. El que se aseguró de que tuvieras dinero suficiente para empezar de nuevo.

Se le llenaron los ojos al instante, la visión empañada por lágrimas que le quemaban en las mejillas frías.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué me ayudarías? ¿Después de todo lo que hice? ¿Y por qué no me lo dijiste?

Él levantó la mano y le deslizó los dedos por la mejilla, atrapando la lágrima antes de que cayera.

—Porque sabía —dijo en voz baja— que nunca te irías si pensabas que aún te amaba. Te habrías quedado, tratando de enmendarlo todo, exponiéndote al peligro. Y eso no podía soportarlo.

A Nell le tembló el labio, sin apenas atreverse a hacer la pregunta que podría destrozar lo poco que le quedaba de corazón.

—¿Y lo haces? ¿Ahora? ¿Todavía? —Cada palabra le costaba, cada sílaba era un paso hacia lo desconocido.

Él hizo una pausa, pero no apartó la mirada.

—Sí —dijo al fin, con una honestidad tan simple que algo se rompió dentro de ella—. Que Dios me ayude, Nell. Nunca dejé de hacerlo.

Ella se refugió en él sin pensar, hundiendo el rostro en su abrigo mientras la niebla se arremolinaba a su alrededor. Los brazos de él la

envolvieron, fuertes y seguros, estrechándola como si temiera que pudiera desaparecer de nuevo.

Y por fin, acunada contra su pecho, al ritmo de sus latidos, se sintió a salvo. No la falsa seguridad de esconderse, de huir, de mentiras construidas sobre mentiras, sino la verdadera seguridad de saberse conocida por completo y amada a pesar de todo.

—Ven —susurró él contra su cabello—. No tenemos mucho tiempo.

CAPÍTULO 20



La niebla se aferraba baja sobre la dársena de Limehouse, un sudario viviente que se enroscaba alrededor de cuerdas y pilotes y engullía el sonido de los pasos antes de que llegaran a posarse. Era el tipo de niebla que difuminaba los contornos y daba a Londres la extraña ilusión de suavidad.

Nell permanecía al borde del muelle con la capucha bien calada y las manos aferradas al gastado bolso de cuero que llevaba bajo la capa. Su peso le presionaba las costillas. Dentro había papeles con un nombre que no le pertenecía. Todavía no. Pronto, sin embargo, sería el único nombre al que respondería.

La barcaza se mecía suavemente contra el amarre, achaparrada y anodina, cargada con sacos de grano y cajones cubiertos con lonas que relucían de rocío. El agua lamía su casco desgastado. Exactamente el tipo de embarcación que nadie se molestaría en inspeccionar demasiado de cerca. Nadie recordaba lo corriente. Era perfecta.

A su espalda, Elijah ocupó su lugar en silencio, su abrigo rozando el de ella al detenerse a su lado. No habló. Ninguno de los dos había dicho gran cosa desde que salieron del boticario. Las palabras se habían agotado la noche anterior. Promesas hechas, confesiones susurradas, perdón concedido en las horas tranquilas en que el mundo parecía lejano.

En el extremo más alejado del muelle, justo fuera del alcance de la luz del farol, Mei observaba. Llevaba el cabello oscuro recogido en su habitual moño práctico, las manos entrelazadas ante ella con serena precisión. Junto a ella, uno de los chicos del boticario esperaba con un paquete de papel, los ojos fijos en las tablas bajo sus pies. No cruzaría la mirada con Nell, demasiado joven para entender que a veces la salvación requiere engaño.

Nell cruzó el muelle en silencio. Cuando llegó hasta ella, Mei le entregó el paquete. Nell sabía lo que contenía: las últimas cosas que se llevaría de Londres. Monedas, papeles y un puñado de hierbas secas que la ayudarían a dormir.

—Nunca podrás huir del pasado —dijo Mei con voz baja y firme—. Pero puedes elegir quién camina contigo de aquí en adelante.

A Nell se le cerró la garganta.

—Nunca habría podido hacer esto sin ti.

—No es nada.

Los ojos de Mei se suavizaron, apenas una fracción, la única grieta en su cuidadosa compostura.

—Ahora vete, antes de que cambies de opinión. Antes de que alguien vea lo que no debe verse.

No se abrazaron. Nunca lo habían hecho. Esos gestos no formaban parte de su lenguaje. Pero Mei le tocó el brazo brevemente, los dedos presionando la tela de su capa, y ese gesto lo dijo todo sobre la amistad que habían forjado.

Nell asintió y se dio la vuelta.

Ella y Elijah subieron a bordo. La cubierta se meció ligeramente bajo sus botas. El marinero, un muchacho de no más de diecisiete años, uno del equipo de Mei, soltó la amarra sin decir palabra y los impulsó hacia la corriente con eficiencia.

La ciudad se desvaneció casi al instante, como si el propio Londres fuera cómplice de su huida. Cuando la barcaza viró río abajo, las orillas desaparecieron tras un muro gris, y el muelle quedó reducido a una sombra.

Nell permaneció en la popa, los ojos fijos en el lugar donde había estado el amarre.

Solo cuando desapareció respiró.

El río fluía bajo ellos, lento y silencioso. La barcaza trazaba un camino suave a través de la niebla, y su estela se desvanecía antes de alcanzar siquiera las orillas. El cielo sobre ellos comenzaba a palidecer, pasando del gris hollín al más tenue indicio de plata.

Nell permanecía en la popa, con el frío mordiéndole las mejillas hasta teñirlas de rosa contra su piel pálida. El viento le arrancaba mechones de cabello de debajo de la capucha, hilos cobrizos que atrapaban la escasa luz filtrada entre la niebla.

Londres había desaparecido. En algún lugar a sus espaldas, el muelle donde una vez había dirigido hombres y gestionado mercancías era ahora solo otro recuerdo. Un lugar que había reducido a cenizas junto con su nombre.

Dejó escapar un largo aliento tembloroso y lo vio disolverse en el aire.

Elijah se colocó a su lado. No habló. No necesitaba hacerlo.

Se quedaron así durante largo rato, uno al lado del otro, el silencio entre ellos sin peso pero colmado de significado.

Finalmente, Nell dijo:

—Todavía no puedo creer que lo hicieras.

Él la miró.

—¿Que hiciera qué?

—Renunciaste a todo. Tu trabajo. Tu posición. Todo.

Su expresión no vaciló.

—Renuncié a un uniforme que odiaba. A una ciudad que devora a los suyos. Y a un sistema que te habría llevado a la horca por un crimen cometido por lealtad.

Le buscó la mano, y sus dedos encontraron los de ella con la certeza de quien había memorizado el mapa de su piel. Ella dejó que se la tomara, sus dedos fríos entrando en calor entre los de él.

—No renuncié a todo —dijo en voz baja, palabras destinadas solo a ella—. Elegí algo mejor.

Los ojos de Nell se anegaron de un calor repentino, las lágrimas punzantes e inesperadas.

—Nunca podrás volver. Te marcarán como traidor, criminal, peor que yo.

—No quiero volver —dijo simplemente, como si fuera la elección más fácil del mundo. Quizás para él lo había sido.

Ella apoyó la cabeza contra su hombro, la lana de su abrigo áspera contra su mejilla, y juntos contemplaron cómo el río los alejaba de la ciudad, de todo lo que habían perdido, acercándolos a lo que podrían encontrar.

—¿Y ahora qué? —preguntó con un hilo de voz que el viento se llevaba.

Él miró hacia el río abierto.

—Ahora desaparecemos.

Ella negó con la cabeza, una pequeña sonrisa tirando de la comisura de su boca.

—No. Ahora comenzamos.

Él la miró entonces de verdad, y su expresión se suavizó.

—Comenzamos —repitió.

—Una nueva vida —dijo, las palabras cobrando fuerza mientras las pronunciaba—. Donde podamos olvidar el pasado. Donde nadie conozca nuestros nombres ni nuestros pecados. Donde podamos vivir sin cargas al fin.

Él metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó algo. Un pequeño trozo de latón deformado, ennegrecido en los bordes. Estaba retorcido, medio derretido por las llamas que habían devorado un almacén y una vida que ya no existía, pero aún legible.

WARRINGTON & CO.

Ella lo miró fijamente, aquel artefacto de una vida que ya no le pertenecía.

—Lo encontré entre las cenizas —dijo en voz baja—. No podía dejar que te borrarán por completo. Hay cosas que merecen ser recordadas, aunque solo sea por nosotros.

NELL LO TOMÓ DE SUS MANOS, dándole vueltas entre los dedos. El grabado casi había desaparecido.

Se acercó al borde de la barcaza, sostuvo la placa de latón sobre el agua durante un largo instante, una despedida silenciosa a la

mujer que había sido, a la vida que ahora quedaba atrás, y la dejó caer.

Se hundió sin hacer ruido y desapareció en las turbias profundidades donde sin duda descansaban otros secretos.

No miró atrás. Ya no había nada allí para ella.

Mientras la barcaza se deslizaba, extendió la mano hacia Elijah. Él la tomó sin vacilar y entrelazó sus dedos con los de ella.

Y juntos permanecieron de pie, quietos y en silencio, mientras los últimos vestigios de su antigua vida se hundían en el fondo del Támesis y el horizonte comenzaba a abrirse ante ellos.

El sol asomaba, débil y pálido, tras la niebla persistente. Un tenue resplandor dorado se posó sobre los tejados y convirtió el humo de las chimeneas en cintas de luz y sombra.

En un estrecho puente de hierro sobre el Támesis, Jonny Collins aguardaba en soledad.

Se apoyaba en la barandilla con las manos enguantadas sobre el hierro en aparente despreocupación, pero no había nada casual en su expresión. Bajo el ala del sombrero, su mirada afilada seguía el lento avance de la barcaza que surcaba el agua más abajo.

Imposible equivocarse.

Allí estaba ella. Con la capucha baja, pero él reconoció esos mechones rebeldes de cabello cobrizo que escapaban por debajo. Esos hombros rectos y orgullosos, erguida en la proa con la mano en la de él. Ese maldito inspector. El que siempre se las daba de decente para gente como ellos.

Así que así había terminado todo. No con un cuerpo bajo tierra, sino con un truco. Un número de desaparición digno de un teatrillo de mala muerte, con el propio Londres como escenario.

Se le tensó la mandíbula, el músculo palpitando bajo la piel. El cigarrillo entre sus dedos se había consumido hasta la colilla, naranja contra la mañana gris. Lo lanzó al agua y lo vio sisear y apagarse.

—Creíste que eras lista, ¿verdad? —murmuró, y el viento se llevó sus palabras—. Un funeral, un incendio, un nombre nuevo. Como si eso bastara para convertirse en otra persona.

La barcaza pasó justo debajo de él, tan cerca que, si gritara, podrían oírlo. Tan cerca que, si tuviera una pistola, jamás verían otro

amanecer.

No se movió. Solo observó.

Observó cómo se deslizaba río abajo y desaparecía en la niebla, dos figuras erguidas una junto a otra como mascarones tallados en la proa de un barco, como si el pasado no hubiera empezado ya a darles alcance, como si el mundo fuera a dejarlos escapar tan fácilmente.

—No te librarás de mí tan fácilmente, Warrington —murmuró, paladeando su nombre como una promesa—. Nadie lo hace.

Se volvió lentamente mientras la niebla se arremolinaba en torno a su abrigo como dedos fantasmales, y desapareció en ella sin dejar más que el eco de su promesa y la certeza de que algunas historias jamás terminan del todo.

Solo hacen una pausa antes de que comience el siguiente capítulo.

FIN

MANTENTE EN CONTACTO

Sé el primero en conocer mis próximos libros.

Suscríbete a mi lista y recibe GRATIS el libro «A Mother's Hope» en tu Kindle, tableta o lector electrónico.

HAZ CLIC ABAJO

<https://dl.bookfunnel.com/vr7mq3vnjt>

OTROS LIBROS DE LILY BOURNE

La trilogía de las hermanas Bennet

La carga de la hija

La venganza de la hija

La justicia de la hija

[HAZ CLIC AQUÍ PARA SABER MÁS](#)